ANNA KAVAN

HIELO

Seix Barral

HIELO

Hielo puede considerarse, en efecto, una antiutopía de ciencia ficción. Las antiutopías presentan futuros en los que se han radicalizado los males de nuestro presente, en lo social, político o tecnológico (1984, de George Orwell, o El cuento de la criada, de Margaret Atwood, son otros ejemplos). La historia transcurre en un mundo devastado por lo que parece un invierno postnuclear. A través de la nieve y el hielo que van invadiéndolo todo, un personaje sin nombre -ninguno lo tendrá en la novela- nos narra su búsqueda de una mujer -a la que llama siempre la muchacha o la chica- de la que está enamorado, a la que persigue sin descanso a través de países inconcretos, y que sin embargo le rechaza y huye de él. El hielo avanza desde el Norte; el narrador sueña también con escapar a una isla tropical, remota, donde habita una raza casi extinguida de lémures cantores, los Indris: un lugar cálido, luminoso, último refugio frente a la devastación; pero su obsesión por la muchacha le impide lograr ese sueño. Ella, además, se encuentra bajo el dominio de otro hombre, el Magistrado, muy poderoso y que la trata sádicamente; el narrador odia a este enemigo, pero a veces se pregunta si ellos dos no son la misma persona, en un confuso desdoblamiento de personalidad. De hecho, también él es al mismo tiempo enamorado y sádico: 'verla sufrir me produjo un placer indescriptible', dice de ella. La muchacha se convierte así, ante todo y sobre todo, en víctima; lo es física y psicológicamente:

Título Original: *Ice*
Traductor: Mateo, Elsa
©1967, Kavan, Anna
©1987, Editorial Seix Barral, S. A.
ISBN: 9788432245916
Generado con: QualityEbook v0.84
Generado por: oleole, 05/12/2018

Anna Kavan

Hielo

Traducción del inglés por Elsa Mateo

Metadatos

SEIX BARRAL

Título original:*Ice*
Primera edición: mayo 1987
© 1967 Anna Kavan
© 1968 Estate of Anna Kavan and Peter Owen Limited
Derechos exclusivos de edición en castellano reservados para todo el mundo y propiedad de la traducción:
© 1987: Editorial Seix Barral, S. A.
ISBN: 84-322-4591-7
Depósito legal: B. 13.912 − 1987

I

YA era de noche y estaba perdido; llevaba varias horas conduciendo y virtualmente me había quedado sin gasolina. Me horrorizaba la idea de encontrarme desamparado en la oscuridad de estas colinas solitarias y me alegré al ver un poste indicador: me deslicé cuesta abajo hasta un garaje. Cuando abrí la ventanilla para hablar con el encargado, el aire me resultó tan frío que me levanté el cuello del abrigo. Mientras llenaba el depósito, el hombre hizo un comentario sobre el tiempo.

—Jamás había hecho tanto frío durante este mes. Según el pronóstico, vamos a quedar todos congelados —yo había pasado la mayor parte de mi vida en el extranjero, sirviendo como soldado o explorando zonas remotas, pero aunque acababa de llegar del trópico y los congelamientos significaban muy poco para mí, quedé impresionado por el tono siniestro de sus palabras. Ansioso por marcharme, le pregunté cómo llegar al pueblo al que me dirigía—. Con esta oscuridad jamás lo encontrará, está muy apartado. Y los caminos de la colina son peligrosos cuando están helados —pareció dar por sentado que sólo un estúpido conduciría en tales condiciones, cosa que me fastidió bastante. De modo que cortando en seco sus enrevesadas instrucciones, le pagué y me fui, haciendo caso omiso de su último grito de advertencia—: ¡Tenga cuidado con el hielo!

Reinaba la oscuridad, y pronto quedé más irremediablemente perdido que nunca. Supe que tendría que haber escuchado a ese sujeto, pero al mismo tiempo deseé no haber hablado jamás con él. Por alguna razón desconocida, sus observaciones me habían

inquietado; parecían un mal augurio para el resto de la expedición, y empecé a arrepentirme de haberme embarcado en ella.

Desde el principio había tenido mis dudas con respecto al viaje. Había llegado el día anterior, y tendría que haberme ocupado de algunos asuntos en la ciudad, en lugar de visitar a los amigos del campo. Yo mismo no entendía mi impulso por ver a esa chica, que había ocupado mis pensamientos constantemente durante mi ausencia, si bien no era ella la razón de mi regreso. Había vuelto para investigar los rumores de una misteriosa e inminente emergencia en esta zona del mundo. Pero en cuanto llegué, ella se convirtió en una obsesión, sólo podía pensar en ella, sentía que debía verla inmediatamente, ninguna otra cosa importaba. Por supuesto, sabía que esto era absolutamente irracional. Lo mismo que mi actual inquietud: parecía poco probable que algo malo me ocurriera en mi propio país y sin embargo, a medida que avanzaba, me sentía cada vez más angustiado.

La realidad siempre había sido una incógnita para mí. Y a veces esto podía resultar molesto. Ahora, por ejemplo. Había visitado antes a la muchacha y a su marido y guardaba un recuerdo vivido del aire pacífico y bonancible que rodeaba su hogar. Pero al no cruzarme con nadie por el camino, ni ver aparecer ningún pueblo, ni luces, el recuerdo se desvanecía rápidamente, perdía su realidad y se convertía en algo cada vez menos convincente y más confuso. El cielo era negro y contra él se destacaban unos setos informes, más negros aún; ocasionalmente, cuando los faros alumbraban algunos edificios del borde del camino, se veía que éstos también estaban a oscuras, aparentemente deshabitados y más o menos en ruinas. Era exactamente como si durante mi ausencia todo el distrito hubiera quedado devastado.

Empecé a preguntarme si alguna vez la encontraría en este caos generalizado. Daba la impresión de que aquí no podría haber prosperado ninguna vida organizada, ya que alguna catástrofe había destruido los pueblos y destrozado las granjas. Por lo que podía ver, no se había realizado ningún esfuerzo por restablecer la normalidad. No se había vuelto a edificar ni se había labrado la tierra; no se veían animales en los campos. La carretera necesitaba un arreglo a fondo, las cunetas estaban infestadas de maleza que crecía por debajo de los descuidados setos y toda la región parecía

haber quedado abandonada y desierta.

Un puñado de piedrecillas blancas golpeó el parabrisas y me sobresalté. Hacía tanto tiempo que no pasaba un invierno en el norte, que no logré reconocer el fenómeno. El granizo pronto se convirtió en nieve, disminuyendo la visibilidad y haciendo más difícil la conducción. Hacía un frío terrible y tomé conciencia de la relación entre este hecho y mi inquietud. El encargado del garaje había dicho que nunca había hecho tanto frío en esta época y yo tenía la impresión de que era demasiado pronto para que helara y nevara. Súbitamente mi ansiedad se volvió tan acuciante que sentí deseos de girar y volver a la ciudad; pero la carretera era demasiado estrecha y me vi obligado a seguir sus interminables serpenteos, arriba y abajo, en la oscuridad de la colina sin vida. El estado del firme era cada vez peor, cada vez más empinado y más resbaladizo. A causa del frío insólito, mirar para afuera me producía dolor de cabeza, haciéndome forzar la vista para tratar de evitar los tramos helados en los que el coche patinaba incontroladamente. De vez en cuando los faros alumbraban las ruinas del borde de la carretera y esa breve visión siempre me cogía por sorpresa y se desvanecía antes de que pudiera estar seguro de haberla visto realmente.

Un misterioso destello blanco empezó a resplandecer por encima de los setos. Luego de una pausa me dediqué a observar. Durante un instante las luces de mi coche captaron el cuerpo desnudo de la muchacha, menudo como el de una criatura, blanco marfil sobre el blanco sin vida de la nieve, su pelo brillante como lana de vidrio. No me miraba: inmóvil, mantenía la vista fija en los muros que se movían ligeramente hacia ella, un círculo vítreo y reluciente de hielo sólido del cual ella formaba el centro. Desde los acantilados de hielo, muy por encima de su cabeza, llegaban deslumbrantes destellos; por debajo, las franjas exteriores de hielo ya la habían alcanzado, inmovilizándola y solidificándose como el hormigón sobre sus pies y sus tobillos. Vi que el hielo ascendía, cubriéndole las rodillas y los muslos, vi su boca abierta, un agujero negro en el rostro blanco, oí su grito débil y desesperado. No sentí pena por ella. Por el contrario, verla sufrir me produjo un placer indescriptible. Desaprobaba mi propia insensibilidad, pero existía. Era la causa de diversos factores que se conjugaban, aunque no

constituían circunstancias atenuantes.

En una época había estado locamente enamorado y había intentado casarme con ella. Aunque parezca una ironía, mi propósito de entonces había sido protegerla de la insensibilidad del mundo, actitud que parecía provocar con su timidez y fragilidad. Era extremadamente sensible, muy nerviosa y temerosa de la gente y de la vida; su personalidad había quedado dañada por una madre sádica que la mantenía en un estado permanente de sometimiento por medio del temor. Lo primero que tuve que hacer fue ganarme su confianza, de modo que siempre me mostraba amable con ella y tenía cuidado en reprimir mis sentimientos. Era tan delgada que, cuando bailábamos, tenía miedo de hacerle daño si la estrechaba con fuerza. Sus huesos salientes parecían quebradizos y los huesos de sus muñecas tenían para mí un encanto especial. Su pelo era maravilloso, blanco como la plata, como el de una albina, brillante como la luz de la luna, como el cristal de Venecia iluminado por la luna. Yo la trataba como si fuera de cristal; a veces, apenas parecía real. Paulatinamente perdió su temor hacia mí y mostraba un afecto infantil, pero seguía siendo tímida y evasiva. Pensé que le había demostrado que podía confiar en mí, y me contenté con esperar. Ella parecía a punto de aceptarme, aunque a causa de su inmadurez le resultaba difícil juzgar la sinceridad de sus sentimientos. Su afecto tal vez no fuera del todo fingido, pero repentinamente me abandonó por el hombre con el que ahora estaba casada.

Esto era historia antigua. Pero las consecuencias de esa experiencia traumática aún estaban presentes en el insomnio y en los dolores de cabeza que padecía. Los medicamentos que me recetaban me producían sueños horribles en los que ella siempre aparecía como una víctima indefensa, y su frágil cuerpo destrozado y magullado. Estas pesadillas no sólo se limitaban a las horas de sueño, y uno de sus deplorables efectos secundarios era el modo en que había llegado a disfrutar con ellas.

La visibilidad había mejorado, la noche seguía siendo oscura pero había dejado de nevar. Pude ver los restos de una fortaleza en la cima de una ladera escarpada. No era mucho lo que quedaba de ella, salvo la torre que había sido vaciada; los agujeros que habían ocupado las ventanas parecían negras bocas abiertas. El lugar me

resultaba vagamente familiar, una deformación de algo que recordaba a medias. Creí reconocerlo, pensé que lo había visto antes, pero no estaba seguro ya que sólo había estado aquí en verano y todo parecía muy distinto.

En aquel entonces, cuando acepté la invitación del hombre, sospeché que en esa invitación había un motivo oculto. Él era pintor, poco serio, un diletante; una de esas personas que siempre tienen mucho dinero y aparentemente no trabajan en nada. Probablemente vivía de rentas, pero yo sospechaba que era algo distinto de lo que aparentaba. Me sorprendió la cordialidad con que me recibió, no podría haber sido más amistoso. De todos modos, me mantuve en guardia.

La muchacha apenas hablaba, se quedaba junto a él mirándome de soslayo a través de sus largas pestañas. Su presencia me afectaba poderosamente, aunque no sabía en qué sentido. Me resultaba difícil hablar con los dos. La casa se encontraba en medio de un bosque de hayas, tan estrechamente rodeada por infinidad de árboles altos que daba la impresión de que vivíamos realmente en las copas de los árboles y de que las olas de denso follaje verde rompían al otro lado de las ventanas. Pensé en una raza casi extinguida de lémures cantores conocidos como Indris que habitaban en los árboles de la selva de una remota isla tropical. La dulce y afectuosa manera de ser y las extrañas y melodiosas voces de estas criaturas casi legendarias me habían causado una gran impresión y* empecé a hablar de ellas, olvidándome de mí mismo en la fascinación del tema. Él pareció interesado. Ella no dijo nada, y en seguida nos dejó para ocuparse del almuerzo. Después de su marcha, la conversación resultó más fácil.

Estábamos en pleno verano y hacía mucho calor; el movimiento del follaje producía un agradable y refrescante sonido. El hombre seguía mostrándose simpático. Creí haberlo juzgado mal y empecé a sentirme incómodo por mi suspicacia. Me dijo que estaba contento de que hubiera venido y prosiguió hablando de la muchacha.

—Es terriblemente tímida y nerviosa, le conviene ver a alguien de fuera. Aquí se encuentra muy sola.

No pude evitar preguntarme cuánto sabría sobre mí y qué le habría contado ella. Permanecer a la defensiva parecía bastante

absurdo; sin embargo, había cierta reserva en mi respuesta a su amable conversación.

Me quedé con ellos algunos días. Ella me evitaba. Nunca la veía a menos que él estuviera presente. Continuaba el tiempo bueno y caluroso. Ella llevaba vestidos cortos, ligeros y muy sencillos que dejaban desnudos sus brazos y sus hombros, e iba calzada con sandalias de niña y sin calcetines. Su pelo resplandecía bajo el sol. Yo sabía que no sería capaz de olvidar su aspecto. Noté en ella un marcado cambio, una actitud más confiada. Sonreía más a menudo y en una ocasión, estando en el jardín, la oí cantar. Cuando él la llamó, se acercó corriendo. Era la primera vez que la veía feliz. Sólo al hablar conmigo seguía mostrando cierta turbación. Hacia el final de mi visita, él me preguntó si había hablado con ella a solas. Le respondí que no, y me dijo:

—Hágalo antes de marcharse. A ella le preocupa el pasado; teme haberle hecho a usted desgraciado —entonces él lo sabía. Ella debía de haberle contado todo. Aunque, por cierto, no había mucho que contar. Pero no pensaba hablar del tema con él, y respondí con una evasiva. Con mucho tacto, cambió de tema; pero volvió a hablar de ello instantes después—. Me gustaría que la tranquilizara. Buscaré una oportunidad para que hable con ella en privado —no me imaginaba cómo iba a hacerlo, ya que el día siguiente era el último que pasaría con ellos. Me marcharía a última hora de la tarde.

Aquélla fue la tarde más calurosa. La tormenta flotaba en el aire. A la hora del desayuno, el calor ya resultaba opresivo. Para sorpresa mía, me propusieron una excursión. No podía irme sin haber visto uno de los lugares más bonitos de la zona. Mencionaron una colina desde la cual se veía un panorama excepcional: ya la había oído nombrar. Cuando hablé de mi partida, me dijeron que sólo se trataba de un paseo corto, que estaríamos de vuelta con tiempo de sobra para que yo preparara mi equipaje. Comprendí que estaban decididos a hacer la excursión, y acepté.

Llevamos una bolsa con la merienda para comerla cerca de las ruinas de un viejo fuerte que databa de un período remoto, cuando había existido el temor de una invasión. El camino se internaba en la profundidad del bosque. Aparcamos el coche y continuamos a pie. Bajo el calor que aumentaba incesantemente, me negué a ir de

prisa, me quedé atrás, y cuando vi que llegábamos al final del bosque, me senté a la sombra. Él retrocedió y me hizo levantar.

—¡Venga! Ya verá que vale la pena subir.

Su entusiasmo me incitó a subir una cuesta empinada, iluminada por el sol, desde cuya cima admiré adecuadamente el panorama. Aún insatisfecho, insistió en que debía verlo desde la parte más alta de la ruina. Se le veía raro, excitable, en un estado casi febril. En la polvorienta sombra, subí tras él los escalones cortados en el interior de la pared de la torre; su figura maciza me tapaba la luz, de modo tal que no veía nada y podría haberme roto la crisma si me hubiera saltado un escalón. En la parte superior no había ningún parapeto; nos quedamos de pie entre montones de escombros, sin nada que nos separara del precipicio, mientras él balanceaba los brazos señalando diferentes puntos del vasto panorama.

—Esta torre ha servido de mojón durante siglos. Desde aquí se pueden ver todas las colinas. El mar está allí. Y aquélla es la aguja de la catedral. La línea azul que hay más allá es el estuario.

A mí me interesaban más los detalles más cercanos: montones de piedras, rollos de alambre, bloques de hormigón y otros materiales relacionados con la emergencia inminente. Con la esperanza de ver algo que me proporcionara una clave de la naturaleza de la esperada crisis, me acerqué al borde desprotegido y miré el precipicio que se abría a mis pies.

—¡Tenga cuidado! —me advirtió, riendo—. Aquí podría resbalar muy fácilmente, o perder el equilibrio. Siempre pienso que es el sitio perfecto para un asesinato —su risa sonó tan extraña que me giré para mirarlo. Se me acercó, diciendo—: Imagine que le doy un leve empujón… así —retrocedí justo a tiempo, pero apoyé el pie en falso y tropecé, tambaleando hasta un precario saliente de más abajo que empezaba a desmoronarse. Su cara sonriente se cernió sobre mí, negra contra el cielo ardiente—. La caída podría haber sido un accidente, ¿no le parece? Ni un solo testigo. Sólo mi versión de lo ocurrido. Qué poco equilibrio tiene. Parece que la altura lo afecta —cuando llegamos abajo, yo estaba sudando y tenía la ropa cubierta de polvo.

La muchacha había acomodado la comida sobre la hierba, a la sombra de un viejo nogal. Habló poco, como de costumbre. No me

importaba que mi visita estuviera llegando a su fin; la atmósfera era muy tensa y la proximidad de la muchacha muy perturbadora. Mientras comíamos seguí observándola, mirando el brillo plateado de su pelo, su piel pálida y casi transparente, los huesos prominentes y quebradizos de su muñeca. Su marido había perdido la alegría y se había vuelto algo taciturno. Cogió un bloc de dibujo y se alejó. No entendía sus arranques de mal humor. En la distancia aparecieron nubes cargadas; percibí la humedad del aire y supe que pronto se desataría una tormenta. Tenía la chaqueta a mi lado, sobre la hierba; la plegué formando un cojín, la apoyé contra el tronco del árbol y puse la cabeza encima. La muchacha estaba estirada más abajo, sobre la pendiente cubierta de hierba, con las manos cruzadas por encima de la frente, protegiéndose la cara del resplandor. Estaba muy quieta y callada, sus brazos levantados dejaban ver la leve aspereza y oscuridad de las axilas afeitadas, en las que unas diminutas gotas de sudor brillaban como la escarcha. Llevaba puesto un vestido delgado que mostraba las ligeras curvas de su cuerpo de niña: pude ver que no llevaba nada debajo.

Ella estaba agachándose enfrente de mí, un poco más abajo de la pendiente, su piel poco menos blanca que la nieve. Enormes acantilados de hielo nos rodeaban por todas partes. La luz era fluorescente, una luz glacial, sin sombras ni relieves. Ni sol, ni sombras, ni vida, un frío inerte. Nos encontrábamos en el centro del círculo que avanzaba. Tenía que intentar salvarla. La llamé:

—¡Sube hasta aquí… rápido! —volvió la cabeza, pero no se movió; su pelo centelleaba como la plata deslustrada bajo la luz monótona. Bajé hasta donde estaba ella y le dije—: No te asustes. Te prometo que te salvaré. Tenemos que llegar a la parte superior de la torre —parecía no comprender, quizá no me oía a causa del sordo estruendo del hielo que se acercaba. La cogí y la llevé pendiente arriba: resultó fácil, era casi ingrávida. Una vez fuera de la ruina me detuve, la sostuve con un brazo y miré a mi alrededor; en seguida comprendí que era inútil seguir subiendo. La torre iba a venirse abajo; se derrumbaría y quedaría instantáneamente pulverizada bajo millones de toneladas de hielo. El hielo estaba tan cerca que el frío me quemaba los pulmones. Ella temblaba violentamente, ya tenía los hombros helados; la acerqué a mí y la rodeé con mis brazos.

Quedaba poco tiempo, pero al menos compartiríamos el mismo fin. El hielo ya se había tragado el bosque, y los últimos árboles empezaban a partirse. Ella estaba apoyada contra mí, y su pelo plateado me rozó la boca. Entonces la perdí; mis manos ya no volvieron a encontrarla. El tronco de un árbol arrancado danzaba en el aire, catapultado cientos de metros por el impacto del hielo. Hubo un destello y todo se sacudió. Mi maleta estaba sobre la cama, abierta y a medio hacer. Las ventanas de mi habitación aún estaban abiertas de par en par y las cortinas ondeaban dentro de la habitación. Afuera, las copas de los árboles se agitaban y el cielo se había oscurecido. Vi que no llovía, pero los truenos aún resonaban y retumbaban, y cuando miré hacia fuera volvió a relampaguear. La temperatura había descendido varios grados desde la mañana. Me puse la chaqueta deprisa y cerré la ventana.

Después de todo, había seguido el camino correcto. Luego de recorrer una especie de túnel formado por unos setos sin podar que se unían por encima, el camino se internaba en un oscuro bosque de hayas y terminaba frente a la casa. No se veía ninguna luz. La casa parecía abandonada, desierta, igual que las que había visto por el camino. Hice sonar la bocina varias veces y esperé. Era tarde, debían de estar en la cama. Si ella se encontraba en la casa, tenía que verla, y eso era todo. Un momento más tarde apareció el hombre y me hizo pasar. Esta vez no parecía contento de verme, lo cual era comprensible ya que lo había despertado: llevaba puesta la bata.

En la casa no había electricidad. Él entró delante, alumbrando con una linterna. Me dejé el abrigo puesto, aunque el fuego de la sala proporcionaba un poco de calor. Al verlo a la luz del farol, me sorprendí de lo mucho que había cambiado durante mi ausencia. Parecía más pesado, más tosco, más rudo; su expresión amable había desaparecido. Lo que llevaba puesto no era una bata sino un abrigo de un uniforme, que le daba un aspecto extraño. Renació mi antigua sospecha: me encontraba ante alguien que sacaba provecho de una emergencia incluso antes de que ésta se hubiera producido. Su expresión no parecía amistosa. Me disculpé por llegar tan tarde, y expliqué que me había perdido. Él se estaba emborrachando. Encima de una mesa pequeña había varios vasos y botellas.

—Brindemos por su llegada —no había cordialidad en sus

modales ni en su voz, que tenía un tono sardónico, nuevo para mí. Me sirvió un trago y se sentó, el abrigo largo le cubría las rodillas. Busqué con la mirada el bolsillo abultado, las culata saliente, pero no vi nada semejante. Bebimos juntos. Yo hablé de mis viajes mientras esperaba que la muchacha apareciera. No había ni rastro de ella, ni se oía el más mínimo ruido en el resto de la casa. Él no la mencionó y por su expresión de malicioso regocijo pude ver que se abstenía deliberadamente. La sala que yo recordaba como un lugar encantador, ahora estaba descuidada y sucia. El yeso del cielorraso se había caído, en las paredes había profundas grietas que parecían producidas por una explosión, manchas negras por donde se filtraba la lluvia, y en el exterior la devastación. Perdí la paciencia y le pregunté por ella.

—Se está muriendo —sonrió malévolamente en respuesta a mi exclamación—. Igual que todos —era la manera que tenía de hacer un chiste a mi costa. Comprendí que quería evitar que nos encontráramos.

Necesitaba verla; era vital para mí. Le dije:

—Ahora me iré y lo dejaré en paz. ¿Pero antes podría darme algo para comer? No he probado bocado desde el mediodía.

Se fue y en tono brusco y autoritario le gritó a la muchacha que trajera comida. La destrucción exterior era contagiosa y lo había contaminado todo, incluyendo la relación de ambos y el aspecto de la sala. Ella trajo una bandeja con pan, mantequilla y un plato de jamón; aproveché para mirarla de cerca y ver si su aspecto también había cambiado. Simplemente parecía más delgada y más transparente que nunca. Guardaba silencio absoluto y se la veía asustada y retraída, igual que la primera vez que la vi. Ansiaba hacerle preguntas, hablar con ella a solas, pero no se presentó la oportunidad. El hombre nos observaba constantemente, sin dejar de beber. El alcohol lo volvía pendenciero; se puso furioso cuando me negué a seguir bebiendo y estaba decidido a tener una pelea conmigo. Sabía que debía marcharme, pero me dolía terriblemente la cabeza y no tenía deseos de moverme. Me apreté la frente y los ojos con la mano. Evidentemente, la muchacha lo notó, porque salió de la habitación y un instante después regresó con algo en la palma de la mano; murmuró:

—Una aspirina, para el dolor de cabeza.

Él gritó en tono provocador:

—¿Qué le estás susurrando?

Me sentí conmovido por la atención que ella me dispensaba y me habría gustado hacer algo más que darle las gracias; pero él frunció el ceño con expresión tan furiosa que me levanté para marcharme.

Él no salió a despedirme. Avancé a tientas apoyándome en las paredes y en los muebles y al abrir la puerta me topé con el pálido brillo de la nieve. Sentí tanto frío que me encerré a toda prisa en el coche y encendí la calefacción. Levanté la vista del tablero de instrumentos y oí que la muchacha pronunciaba suavemente una frase de la que sólo capté las palabras «promesa» y «no lo olvides». Encendí los faros y la vi de pie en el hueco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho. Su rostro mostraba una expresión de víctima, lo cual, por supuesto, era un problema psicológico, el resultado de los malos tratos recibidos durante la infancia; yo la consideraba como la sombra más leve posible de una magulladura sobre la piel extremadamente delicada, fina y blanca de la zona de los ojos y la boca. En cierto modo me resultaba terriblemente atractiva. Apenas lo noté antes de que el coche arrancara; apreté automáticamente el arranque, con el frío que hacía no era previsible que funcionara. Al mismo tiempo, en lo que consideré una ilusión óptica, el oscuro interior de la casa se extendió formando un brazo y una mano negra que sacudió a la muchacha y la cogió tan violentamente que su conmocionado rostro blanco se partió en pedazos y ella se fundió en la oscuridad.

No podía pasar por alto el deterioro de la relación de ambos. Cuando ella era feliz, yo me separaba, me mantenía al margen de la situación. Ahora me sentía implicado, comprometido con ella una vez más.

II

Me enteré de que la muchacha había abandonado su hogar repentinamente. Nadie sabía dónde estaba. Su esposo pensaba que podría haberse marchado al extranjero. Sólo era una suposición, no tenía ninguna información. Yo estaba preocupado e hice infinidad de averiguaciones, pero no obtuve ningún dato concreto.

—No sé más de lo que sabe usted. Sencillamente se esfumó; supongo que tiene derecho a irse, si eso es lo que quiere… es libre, blanca y tiene veintiún años —adoptó un tono jocoso y no pude descifrar si lo que decía era la verdad. La policía no sospechaba nada raro. No había razón para pensar que le había ocurrido algo malo, que no se había ido voluntariamente. Era bastante mayor para saber lo que quería. Siempre había alguien que desaparecía, cientos de personas abandonaban sus hogares y nunca más se las veía, la mayoría de ellas eran mujeres desgraciadas en su matrimonio. Era sabido que su matrimonio iba camino del fracaso. Seguramente estaba mejor lejos de su casa, y sólo quería que la dejaran en paz. Una investigación más exhaustiva podría ser contraproducente y ocasionar más problemas.

Éste era un punto de vista muy conveniente para ellos, los eximía de tomar medidas. Pero yo no lo acepté. Ella estaba acostumbrada a obedecer desde la más tierna infancia y su independencia había sido destruida por una represión sistemática. No la creía capaz de tomar una decisión tan drástica por su cuenta: sospechaba que existía alguna presión externa. Deseaba hablar con alguien que la conociera bien, pero no parecía tener amigos íntimos.

Su esposo bajó a la ciudad por algún asunto misterioso, y lo invité a almorzar en el club. Hablamos durante dos horas, pero al final de la charla seguía sin enterarme de nada. Él insistía en tratar todo el asunto a la ligera, y dijo que estaba contento de que ella se hubiera ido.

—Su conducta neurótica estaba a punto de enloquecerme a *mí*. Hice todo lo que pude. Se negó a consultar a un psiquiatra. Finalmente me abandonó sin decir ni una palabra. Sin dar explicaciones. Sin avisar —se expresaba como si él fuera el perjudicado—. Hizo lo que le dio la gana, sin pensar en mí, así que no voy a preocuparme por ella. No regresará, de eso estoy seguro.

Mientras él estaba en la ciudad, aproveché la oportunidad para ir hasta su casa y revisar la habitación de ella, pero no encontré nada que me proporcionara una pista, sólo la habitual colección de porquerías: un pájaro de porcelana, un collar roto de perlas de imitación, algunas fotos dentro de una vieja caja de bombones. En una de ellas se veía su rostro y su pelo brillante perfectamente reflejados en un lago: me la guardé en la cartera.

Tenía que encontrarla, fuera como fuese y a pesar de todo. Sentí el mismo impulso que me había llevado hacia ella el día de mi llegada. No existía una explicación racional, ni tenía justificación. Era como un deseo ardiente que satisfacer.

Dejé de lado mis asuntos personales. De ahora en adelante, mi única ocupación era buscarla. Ninguna otra cosa importaba. Aún tenía a mi alcance ciertas fuentes de información: las peluqueras, los empleados que llevaban los registros de reserva de billetes, todos esos personajes marginales. Fui a los lugares que frecuentaba esa gente y me dediqué a jugar en las máquinas tragaperras hasta que encontré la oportunidad de hablar. El dinero representó una gran ayuda, lo mismo que la intuición. Ninguna pista me parecía desechable. La emergencia inminente hacía aún más urgente la necesidad de encontrarla. No podía quitármela de la cabeza. No había comprendido todos los detalles que recordaba sobre ella. Durante mi primera visita, yo me encontraba en la sala hablando de los Indris, mi tema favorito. Él me escuchaba. Ella iba de un lado para otro, arreglando las flores. Impulsivamente dije que ellos dos me recordaban a los lémures, los dos tan afables y encantadores, compartiendo una vida feliz en medio del bosque. Él

rió. Ella pareció horrorizada y salió corriendo por la puertaventana, su pelo plateado flotando tras ella, sus piernas desnudas despidiendo pálidos destellos. El jardín secreto y umbrío, aislado y silencioso, era un agradable refugio del calor del verano. En aquel momento, de repente, pareció terrible y anormalmente frío. Las masas de denso follaje parecían los muros de una cárcel, paredes de hielo verde, circulares e infranqueables, que se cernían sobre ella. Exactamente antes de que se cerraran, percibí un destello de pánico en sus ojos.

Un día de invierno ella estaba en el estudio, posando desnuda para él, con los brazos levantados en una graciosa postura. Permanecer así durante un rato debía de requerir un gran esfuerzo, y me pregunté cómo se las arreglaba para estar tan quieta. Entonces vi las cuerdas atadas a sus muñecas y a sus tobillos. La habitación estaba fría. Los cristales de la ventana estaban cubiertos por una gruesa capa de escarcha y la nieve se amontonaba en el alféizar. Él llevaba puesto el abrigo largo del uniforme. Ella temblaba.

Por fin, le preguntó:

—¿Puedo descansar? —el estremecimiento de su voz resultó patético.

Él frunció el ceño y antes de soltar la paleta miró el reloj.

—De acuerdo. Ya está bien por ahora. Puedes vestirte.

La desató. Las cuerdas habían dejado profundos e inflamados círculos rojos sobre su carne blanca. Se movió torpe y lentamente a causa del frío, y toqueteó desmañadamente botones y ligas. Él se enfadó y le volvió la espalda bruscamente, con expresión irritada. Ella lo miró, nerviosa; le seguían temblando los labios y las manos.

En otra ocasión, ambos estaban en una habitación fría. Como de costumbre, él llevaba el abrigo largo. Era de noche y estaba helando. Él tenía un libro en la mano y ella no hacía nada. Se la veía temblorosa y desgraciada, y estaba acurrucada dentro de un grueso abrigo de loden gris con forro de cuadros rojos y azules. Reinaba un tenso silencio. Se notaba que ninguno de los dos había pronunciado una sola palabra durante un buen rato. Al otro lado de la ventana, una rama golpeó contra la capa de escarcha de manera tal que sonó como una palmada. Él dejó el libro y se levantó para poner música. Instantáneamente, ella empezó a protestar.

—¡Oh, no! No pongas esa horrible canción, por favor.

Él la ignoró y continuó con lo que estaba haciendo. El plato empezó a girar. Era una cinta con las canciones de los lémures, que yo había grabado y les había regalado. Para mí, la extraordinaria música de la selva era encantadora, misteriosa y mágica. Evidentemente, para ella era una especie de tortura. Se tapó los oídos; con cada nota aguda hacía una mueca de dolor y cada vez parecía más enloquecida. Cuando la grabación terminó y él volvió a ponerla sin hacer la más mínima pausa, ella gritó como si él la hubiera golpeado:

—¡No! ¡No quiero oírla otra vez! —se lanzó contra el aparato y lo paró tan bruscamente que las voces se apagaron en un extraño lamento. Él la miró con expresión furiosa.

—¿Qué demonios estás haciendo? ¿Has perdido la cabeza?

—Sabes que no soporto esa horrible música —parecía haber perdido los estribos—. Sólo la pones porque sabes que la detesto… —las lágrimas salían de sus ojos a raudales y se las secaba descuidadamente con la mano.

Él la miró airadamente y dijo:

—¿Por qué tengo que quedarme en silencio durante horas, sólo porque a ti no te da la gana de abrir la boca? —su tono iracundo estaba impregnado de resentimiento e indignación—. Además, ¿qué cuernos te pasa últimamente? ¿No puedes comportarte como una persona normal? —ella no respondió y ocultó la cara entre las manos. Las lágrimas le mojaban los dedos. Él la observó con expresión disgustada—. Más me valdría estar incomunicado que estar aquí a solas contigo. Pero te advierto que no soportaré esto mucho tiempo más. Estoy harto. Cansado y hasta las narices de tu manera de actuar. Será mejor que te tranquilices, porque de lo contrario… —salió con expresión amenazadora, dando un portazo. Se hizo el silencio, y ella se quedó con la expresión de una criatura perdida, las mejillas humedecidas por las lágrimas. Empezó a pasearse por la habitación, se detuvo junto a la ventana, apartó la cortina y entonces lanzó un grito de asombro.

En lugar de la oscuridad, se encontró con una formidable conflagración celeste, una increíble y fantástica escena glacial. En lo alto vibraban fríos destellos de un arco iris de fuego, lanzados por rayos de pura incandescencia, despedidos por montañas de

hielo sólido que se elevaban por todas partes. Más cerca, los árboles de alrededor de la casa, cubiertos de hielo, brillantes y chorreados de raras joyas prismáticas, reflejaban las vivas cascadas cambiantes de más arriba. En vez del cielo nocturno conocido, la aurora boreal formaba un techo resplandeciente y vibrante de frío y color intensos, debajo del cual la tierra quedaba atrapada con todos sus habitantes, cercada por los infranqueables y relucientes acantilados de hielo. El mundo se había convertido en una cárcel de hielo de la que resultaba imposible escapar, todas sus criaturas atrapadas tan irremediablemente como los árboles, ya sin vida dentro de sus resplandecientes corazas.

Ella miró a su alrededor, desesperada. Estaba completamente rodeada por los enormes muros de hielo que se volvían fluidos con las explosiones de luz cegadora, moviéndose y cambiando con un constante movimiento líquido, avanzando en torrentes de hielo, avalanchas inmensas como océanos inundando el mundo condenado a la destrucción. Mirara donde mirase, veía el mismo cerco espantoso, altísimas almenas de hielo, un círculo amenazante de olas frígidas, llameantes y colosales a punto de derrumbarse sobre ella. Aterida por el frío mortal que irradiaba el hielo, deslumbrada por el resplandor de la cristalina luz glacial, sintió que se convertía en parte de la visión polar y que su estructura se fundía en la estructura del hielo y la nieve. Aceptó el mundo de hielo brillante, reluciente y desprovisto de vida, tal como aceptaba su destino; se resignó al triunfo de los glaciares y a la muerte de su mundo.

Me resultaba imprescindible encontrarla en seguida. La situación era alarmante, la atmósfera tensa, la emergencia inminente. Corría el rumor de una agresión secreta por parte de alguna potencia extranjera, pero nadie sabía realmente lo que había ocurrido. El gobierno no revelaría ningún dato. Me informaron confidencialmente de un increíble aumento de la contaminación radiactiva que apuntaba a la explosión de un dispositivo nuclear de tipo desconocido, cuyas consecuencias no se podían prever con precisión. Cabía la posibilidad de que a causa de ello se produjeran alteraciones polares que conducirían a un cambio climático considerable, debido a la refracción del calor del sol. Si el casquete antàrtico que empezaba a derretirse inundaba el

océano Pacífico y el Atlántico, se crearía una inmensa masa de hielo que reflejaría los rayos del sol y volvería a lanzarlos al espacio exterior, privando a la tierra de calor. En la ciudad, la situación era caótica y contradictoria. Se aplicaba la censura a las noticias que llegaban del extranjero, pero no había restricciones en cuanto a los viajes. La confusión aumentaba a causa de un torrente de reglamentaciones nuevas y conflictivas, y por el modo arbitrario en que se imponían o se levantaban los controles. Lo único que habría aclarado la situación era una visión global de los acontecimientos en todo el mundo; pero esto resultaba imposible por la decisión de los políticos de rechazar las noticias del extranjero. Yo tenía la impresión de que habían perdido la cabeza, que no sabían cómo abordar el peligro inminente y que pretendían mantener al público desinformado con respecto a la naturaleza exacta del problema hasta haber desarrollado un plan.

Sin duda, la gente se habría ocupado más y habría hecho mayores esfuerzos por descubrir lo que ocurría en el resto de los países, de no haberse visto obligada a luchar contra la escasez de combustible, los cortes de electricidad, la interrupción del transporte y la rápida desviación de las provisiones hacia el mercado negro.

No había ningún indicio de que el frío fuera a disminuir. Mi habitación estaba razonablemente caliente, pero incluso los hoteles estaban reduciendo la calefacción al mínimo; afuera, la irregularidad y la restricción en los servicios obstaculizaba mis investigaciones. El río llevaba varias semanas helado y la parálisis total del puerto constituía un serio problema. Escaseaban todos los artículos esenciales; el racionamiento —al menos el de combustible y alimentos— no podía aplazarse mucho tiempo más, a pesar de que los gobernantes eran reacios a tomar medidas impopulares.

Los que tenían la posibilidad de hacerlo, se marchaban en busca de mejores condiciones. Ya no se conseguían pasajes, ni en barco ni en avión: las listas de espera eran larguísimas. Yo no tenía pruebas de que la muchacha ya estuviera en el extranjero. Considerando la situación, parecía poco probable que se las hubiera arreglado para abandonar el país, y luego de mucho pensarlo se me ocurrió que podría haber embarcado en cierto buque.

El puerto estaba muy alejado, y llegar a él supuso un largo y

complicado viaje. Me había retrasado, pero después de viajar toda la noche llegué sólo una hora antes del momento de la partida. Los pasajeros ya estaban a bordo, y los muelles repletos de amigos que iban a despedirlos. Lo primero que tenía que hacer era hablar con el capitán, que resultó ser exasperantemente locuaz. Mientras me ponía cada vez más impaciente, él se quejó con todo detalle por el modo en que las autoridades permitían las aglomeraciones: resultaba peligroso para su barco, injusto con él, con la compañía, con los pasajeros y con la compañía aseguradora. Ése era un problema suyo. En cuanto conseguí el permiso para ocuparme del mío, realicé un metódico registro del barco, pero no encontré ni una sola pista de la persona que buscaba.

Finalmente, desesperado, renuncié y bajé al muelle. Demasiado cansado y descorazonado para abrirme paso entre la multitud de personas que se apiñaban allí, me quedé junto a la barandilla, asaltado por una necesidad súbita de renunciar a todo el asunto. Nunca había tenido una razón realmente válida para suponer que la muchacha estaría en ese barco. Súbitamente, me pareció que no era acertado ni sensato continuar una búsqueda basada únicamente en una vaga conjetura, sobre todo cuando mi actitud hacia el suido de ésta era tan indefinida. Cuando consideraba la imperiosa necesidad que sentía de ella como una parte perdida de mí mismo, la veía más como una aberración inexplicable que como amor, como un fallo de la personalidad que tenía que eliminar en lugar de dejar que me dominara.

En ese momento pasó volando una enorme gaviota de dorso negro y casi me rozó la mejilla con la punta del ala, como si intentara atraer mi atención y mi mirada hacia la cubierta del barco. Miré a cierta distancia y de repente la vi allí, donde antes no había nadie; todo lo que había estado pensando quedó borrado de mi mente por una ola de excitación, y volví a experimentar un ardiente deseo por ella. Estaba convencido de que era ella, incluso sin haberle visto la cara; ninguna otra chica en el mundo tenía una cabellera tan deslumbrante, ni era tan delgada que su fragilidad podía percibirse a través de un grueso abrigo gris. Simplemente tenía que alcanzarla, era lo único que podía pensar. Sintiendo envidia de la facilidad de la gaviota para volar, me zambullí entre la sólida masa de gente que se interponía entre nosotros y me abrí

paso. Apenas me quedaba tiempo, el buque partiría en unos instantes. Los visitantes ya se marchaban, formando una densa contracorriente contra la que tuve que luchar. Mi única intención era llegar a la cubierta del barco antes de que fuera demasiado tarde.

Arrastrado por mi ansiedad, debí de empujar a algunas personas. Oí algunos comentarios hostiles, y alguien me amenazó con el puño. Intenté explicar mi urgencia a los que me impedían pasar, pero no me escucharon. Tres jóvenes de aspecto rudo se cogieron del brazo y me interceptaron el paso en actitud agresiva y con expresión provocadora. Yo no tenía la intención de ofender a nadie, apenas sí sabía lo que hacía. Sólo pensaba en ella. Súbitamente, un oficial anunció por un altavoz:

—¡Todos los visitantes a tierra! La pasarela se levantará exactamente dentro de dos minutos.

El sonido de la sirena del barco fue ensordecedor. A continuación se produjo un gran bullicio. Era casi imposible resistir la marea humana que se agitaba en dirección a la pasarela. Fui alcanzado por la desbandada y arrastrado por ella fuera del barco, hasta el muelle.

De pie junto al agua, vi que ella estaba muy arriba y considerablemente lejos. El barco ya se había apartado de la costa y ganaba velocidad segundo a segundo; ya estaba separado de mí por una franja de agua demasiado ancha para saltar. Desesperado, grité y agité los brazos, intentando llamar la atención de ella. Fue inútil. Un mar de brazos se agitaba a mi alrededor e infinidad de voces gritaban frases ininteligibles. Vi que se giraba para hablar con alguien que acababa de acercarse a ella, y que al mismo tiempo se ponía una capucha, ocultando así su cabellera.

Instantáneamente me invadió la duda y creció dentro de mí a medida que la observaba. Después de todo, tal vez no fuera la chica que yo buscaba; ésta parecía demasiado dueña de sí misma. Pero no estaba seguro.

El barco empezaba a dar la vuelta para quedar de cara a la boca del puerto, dibujando tras de sí una estela de agua, como la ringlera que deja una guadaña. Me quedé contemplando el barco, a pesar de que, a causa del frío, los pasajeros habían abandonado la cubierta y ya no tenía la posibilidad de reconocer a la muchacha.

Recordé vagamente lo que había estado pensando poco antes de divisarla, pero de la misma manera que uno podría recordar un incidente de un sueño. Una vez más me asaltó la urgencia de la búsqueda; estaba totalmente absorbido por esa necesidad obsesiva con respecto a una parte perdida y esencial de mi propio ser. Absolutamente todo lo demás me parecía inmaterial.

La gente que estaba a mi alrededor empezaba a marcharse, golpeando el suelo con los pies para quitarse el frío. Apenas lo noté. No se me ocurrió apartarme del borde del agua y continué mirando fijamente la silueta del barco que se hacía cada vez más pequeña. Había sido un perfecto idiota. Estaba furioso conmigo mismo por haber dejado que zarpara sin descubrir la identidad de la muchacha que iba a bordo. Jamás estaría seguro de si era ella o no. Y si lo era, ¿cómo haría para encontrarla? Un lúgubre toque de sirena atravesó el agua: el barco abandonaba la protección del puerto, rumbo a alta mar. Hendiendo las olas, mar adentro, siguió desapareciendo detrás de las masas grises de agua que se alzaban en el horizonte. Parecía absurdamente pequeño, como un barco de juguete. Lo perdí de vista y no volví a encontrarlo. Estaba irremediablemente perdido.

No me di cuenta de que todos se habían ido y de que me había quedado solo, hasta que dos policías se me acercaron marcando el paso y señalaron un cartel en el que se leía:

«Estrictamente prohibido pasear por el muelle: Departamento de Guerra.»

—¿Por qué está rondando por aquí? ¿No sabe leer?

Huelga decir que se negaron a creer que no lo había visto. Con los cascos parecían altísimos; se colocaron a mi lado, tan cerca que me tocaban con las armas, y me pidieron los documentos. Estaban en regla. No tenían nada contra mí. De todos modos, mi conducta había sido sospechosa e insistieron en apuntar mi nombre y mi domicilio. Había vuelto a comportarme como un estúpido, esta vez llamando la atención sobre mi persona. Ahora que habían tomado nota de mi nombre, éste aparecería en los archivos; sería conocido por la policía de todo el país y todos mis movimientos serían observados, lo cual constituía un serio obstáculo para mi investigación.

Mientras los dos hombres me empujaban en dirección a la

salida, algo atrajo mi mirada hasta una hilera de gaviotas de dorso negro que estaban posadas sobre un muro, de cara al viento y señalando hacia el mar, tan inmóviles como si las hubieran disecado y colocado allí arriba para que sirvieran de mensaje. En ese mismo momento decidí abandonar el país antes de que alguno de mis visados caducara o quedara anulado. Ningún lugar parecía ni más ni menos prometedor que otro para empezar la búsqueda. Pero intentar actuar desde aquí, encontrándome bajo sospecha, seguramente me conduciría al fracaso.

Tenía que irme de inmediato, antes de que empezara a circular el informe de la policía. No podría hacerlo a través de los canales normales. Recurriendo a otros métodos, me las arreglé para embarcar en un buque de carga que iba en dirección al norte llevando unos pocos pasajeros y que estaba completo hasta el final de la travesía. A cambio de una gratificación, el contador se mostró dispuesto a dejar libre su camarote. Al día siguiente, en la primera escala del viaje, salí a la cubierta para observar nuestra llegada. Recuerdo las quejas que me vi obligado a escuchar acerca del exceso de pasajeros y vi un montón de personas que se apretaban en la cubierta inferior, esperando para desembarcar. El cupo autorizado de pasajeros era de doce. Me pregunté cuántos más habría a bordo.

El frío era insoportable. El agua arrastraba fragmentos sueltos de bancos de hielo. Todo era nebuloso y confuso. Aunque el desembarcadero estaba bastante cerca, los edificios que se encontraban al final de la escollera parecían inconsistentes, amorfos. Vi a una muchacha vestida con un grueso abrigo gris con capucha que estaba un poco apartada de los otros pasajeros, apoyada en la barandilla. De vez en cuando se le volaba un pliegue del abrigo, mostrando el forro de cuadros. Fue el abrigo lo que me llamó la atención; aunque sabía perfectamente bien que con el frío, esos abrigos casi se habían convertido en un uniforme para las mujeres, y que los vería por todas partes.

La bruma empezó a levantarse y a disiparse, y pronto brillaría el sol. Pudimos ver una costa sinuosa con muchas calas y rocas melladas, y detrás las montañas cubiertas de nieve. Había una serie de islas pequeñas, algunas de las cuales flotaban convertidas en nubes, mientras cúmulos de nubes o niebla descendían hasta el mar

y quedaban ancladas. Abajo, un paisaje blanco y nevado; arriba, un dosel de luz blanca y nebulosa que producía el efecto de una pintura oriental de trazos etéreos. La ciudad parecía compuesta por ruinas que se derrumbaban desordenadamente una sobre otra, una ciudad de castillos de arena destruidos por la marea. El enorme muro que le había servido de protección estaba roto en diferentes puntos y los dos extremos inútilmente hundidos en el agua. Alguna vez había sido una ciudad importante. Sus fortificaciones habían permanecido en ruinas durante siglos; aún poseía cierto interés histórico.

Repentinamente se hizo el silencio. Los motores se habían detenido. El barco seguía avanzando bajo su propio impulso. Oí el débil chasquido del agua contra los costados del barco y el grito plañidero de las aves marinas con su triste sonido norteño. Por lo demás, todo era silencio, y ni siquiera se oía el tránsito de la ciudad, ni bocinas ni voces. La ciudad en ruinas aguardaba en absoluto silencio bajo las montañas que se cernían sobre ella. Pensé en los barcos antiguos, largos y estrechos, en la infinidad de botines ocultos en las colinas, en los cascos con alas, en los cuernos para beber, en los recargados adornos de oro y plata, en los montones de huesos fosilizados. Parecía un lugar del pasado, un lugar de muerte.

Desde el puente llegó el sonido de un grito. En la escollera apareció un grupo de hombres de rostro hosco. Iban armados y vestían uniformes: túnicas negras y acolchadas, ceñidas a la cintura, botas altas y gorros de piel. Los cuchillos que llevaban en los cinturones relampagueaban cada vez que ellos se movían. Tenían un aspecto extravagante, incluso amenazador. Oí que alguien decía que se trataba de los hombres del magistrado local, lo cual no significaba nada para mí: nunca había oído hablar de ese magistrado. Su presencia me sorprendió porque los ejércitos particulares estaban prohibidos por ley. Alguien arrojó unas cuerdas; ellos las cogieron y las ataron. La pasarela cayó produciendo un gran estrépito. Se produjo un murmullo entre los pasajeros, que recogían las maletas, sacaban pasaportes y papeles y avanzaban lentamente, arrastrando los pies en dirección a una barrera.

La muchacha del abrigo gris fue la única' que no se molestó en desembarcar y ni siquiera se movió. A medida que los demás

avanzaban y ella se iba quedando sola, aumentaba mi interés; no podía apartar mi atención de ella y seguí mirándola. Lo que más me asombraba era su absoluta quietud. Una actitud tan pasiva, que sugería al mismo tiempo resistencia y resignación, no parecía muy normal en una muchacha joven. Si hubiera estado atada a la pasarela no se habría quedado más inmóvil, y pensé lo fácil que habría resultado ocultar unas cadenas debajo del voluminoso abrigo.

Un brillante mechón de pelo rubio, casi blanco, se escurrió fuera de la capucha y se agitó al viento. Sentí una repentina excitación, pero me recordé que muchas mujeres norteñas tenían el pelo extremadamente rubio. De todos modos, mi interés se volvió compulsivo y sentí un ardiente deseo por ver su rostro. Pero para eso era necesario que ella levantara la vista hacia mí.

El avance de los pasajeros quedó interrumpido. Los hombres de uniforme subieron a bordo y se abrieron paso, exigiendo que dejaran sitio para el magistrado local y gritando órdenes en tono perentorio. Apareció un hombre alto, rubio y elegante, de aspecto duro y estilo norteño; su estatura hacía que sobresaliera entre los demás. Su actitud arrogante y su absoluta desconsideración hacia los sentimientos de los demás me produjeron una impresión desagradable. Como si hubiera percibido mi crítica, echó una breve mirada a su alrededor. Sus ojos parecían trozos brillantes de hielo azul. Vi que se acercaba a la muchacha del abrigo gris, la única que no lo había visto. Todos los demás lo mirábamos fijamente. El hombre gritó:

—¿Qué haces ahí parada? ¿Te has quedado dormida? —ella dio media vuelta, terriblemente asustada—. ¡Date prisa! El coche espera —se acercó y la tocó. Sonreía, pero en su voz y en su manera de actuar había un tono de amenaza.

Ella vaciló, parecía reacia a irse con él. Él la copió del brazo, aparentemente en actitud amistosa, pero en realidad forzándola a moverse contra su voluntad y arrastrándola consigo entre la gente que se apiñaba y los miraba fijamente. Ella seguía sin levantar la mirada y no pude ver su expresión, pero imaginé el fuerte apretón del hombre sobre su delgada muñeca. Abandonaron el barco antes que los demás y seguidamente se alejaron en un enorme coche negro.

Yo me había quedado allí, petrificado. Repentinamente tomé una decisión. Valía la pena correr el riesgo. Aunque sin haber visto su rostro… De todos modos, no tenía ninguna otra pista para seguir.

Bajé corriendo al camarote, mandé buscar al contador y le comuniqué que había cambiado mis planes.

—Voy a desembarcar aquí.

Me miró como si me hubiera vuelto loco.

—Como le parezca.

Se encogió de hombros en actitud indiferente, pero no logró ocultar una incipiente sonrisa burlona. Él ya había recibido el dinero. Ahora podría cobrarle a alguien más por el resto del viaje.

Guardé de prisa en la maleta las pocas cosas que había sacado.

III

CAMINÉ por la ciudad con la maleta en la mano. El silencio era sobrecogedor, y todo estaba inmóvil. La devastación era aún más grandiosa de lo que parecía desde el barco. No quedaba ni un edificio intacto. Los escombros se amontonaban en los espacios vacíos donde una vez habían estado las casas. Los muros se habían derrumbado; las escaleras ascendían hasta detenerse en el aire; los arcos se abrían sobre cráteres profundos. Se había hecho muy poco para reparar la destrucción masiva. Las calles principales eran las únicas que estaban limpias de escombros; las demás se encontraban destruidas. Unas huellas borrosas, como huellas de animales pero hechas por seres humanos, serpenteaban entre los escombros. Busqué en vano a alguien que me guiara. El lugar parecía desierto. Por fin, el silbato de un tren me guió hasta la estación, un pequeño edificio improvisado con materiales salvados de las ruinas que me recordó un plato de cine abandonado. Ni siquiera en la estación había señales de vida, aunque seguramente el tren acababa de partir. Resultaba difícil creer que aquel lugar funcionaba realmente y que cualquier cosa funcionaba realmente. Fui consciente de la incertidumbre de lo real, tanto en mi entorno como en mi propio interior. Nada de lo que veía poseía solidez, todo era de bruma y nilón; y detrás, la nada.

Caminé hasta el andén. Debían de haber dinamitado parte de las ruinas para tender las vías. Pude ver la única vía que partía de la ciudad cruzando una franja de terreno abierto antes de internarse en el bosque de abetos. Este frágil vínculo con el mundo no inspiraba confianza. Tuve la sensación de que se acababa

exactamente detrás de los primeros árboles. A poca distancia de allí se alzaban las montañas. Grité:

—¿Hay alguien aquí?

De algún lugar salió un hombre haciendo un gesto amenazador.

—Está violando… ¡fuera!

Le expliqué que acababa de bajar del barco y que quería encontrar una habitación. Me miró fijamente con expresión hostil, suspicaz y tosca, y no respondió. Le pregunté cómo llegar a la calle principal. En un tono malhumorado que apenas pude comprender murmuró unas pocas palabras sin dejar de mirarme fijamente, como si yo acabara de caer de Marte.

Seguí caminando con mi maleta y llegué a una plaza en la que la gente iba y venía. Las túnicas negras de los hombres eran variaciones de las que yo ya había visto y la mayoría de los que las vestían llevaban cuchillos o pistolas. Las mujeres también iban de negro, lo cual daba una impresión deprimente. Todos tenían el rostro inexpresivo y serio. Por primera vez tuve indicios de que había edificios ocupados, algunos incluso tenían cristales en las ventanas. Había puestos de mercado y pequeñas tiendas: sobre algunas ruinas reparadas se alzaban chozas de madera y cobertizos. En el otro extremo de la plaza había un café abierto y un cine cerrado que mostraba un anuncio hecho jirones de un programa del año anterior. Evidentemente, éste era el núcleo vital de la ciudad; el resto no era más que los vestigios de un pasado muerto.

Invité al propietario del café a que bebiera conmigo, esperando entablar buenas relaciones antes de pedirle una habitación. Toda esta gente parecía estrecha de miras y suspicaz, enemiga de los desconocidos.

Bebimos el brandy del lugar, hecho con ciruelas, fuerte y abrasador, una bebida ideal para un clima frío. Él era un hombre grande y robusto, más que un campesino. Al principio apenas pude sacarle una palabra, pero con la segunda copa se relajó lo suficiente para preguntarme cuál era el motivo de mi visita.

—Nunca viene nadie por aquí; no tenemos nada que atraiga a los forasteros… sólo ruinas.

Le respondí:

—Las ruinas de esta ciudad son famosas. Por esa razón he venido. Estoy haciendo un estudio sobre ellas para una asociación

cultural —había decidido de antemano dar esta excusa.

—¿Quiere decir que la gente de otros países está interesada?

—Ya lo creo. Esta ciudad es un sitio de gran importancia histórica.

Tal como yo pretendía, el hombre se sintió halagado.

—Es verdad. Tenemos un glorioso historial de guerra.

—Y también un historial de descubrimientos. ¿Sabía que recientemente se descubrió un mapa que indica que las chalupas de esta ciudad atravesaron el Atlántico y fueron las primeras en llegar al nuevo mundo?

—¿Y usted espera encontrar pruebas de ello en estas ruinas?

No se me había ocurrido, pero asentí.

—Por supuesto, sé que debo conseguir los permisos: todo debe hacerse correctamente. Por desgracia, no sé a quién debo dirigirme.

Respondió sin vacilar:

—Tiene que hablar con el magistrado. Él lo controla todo.

Esto era un inesperado golpe de suerte.

—¿Y cómo puedo ponerme en contacto con él? —conservaba la imagen de una mano férrea apretando la delgada muñeca de la muchacha, triturando sus huesos quebradizos y prominentes.

—Es fácil. Arregle un entrevista con los secretarios de la Gran Casa.

Estaba encantado por mi buena suerte. Me había preparado para esperar y planificar la posibilidad de ver a ese hombre; y la oportunidad se me presentaba por sí sola y sin hacerse esperar.

La cuestión de la habitación también se resolvió sin problemas. Tenía una racha de buena suerte. Aunque el propietario no podía albergarme en su establecimiento, su hermana —que vivía cerca de allí— tenía una habitación disponible para alquilarme.

—Es viuda y le vendrá bien ganarse un dinero extra, ¿comprende?

Fue a telefonearla; luego de un buen rato regresó y me dijo que estaba todo arreglado. Él me serviría las dos comidas principales en el café y me llevarían el desayuno a la habitación.

—Nadie lo molestará mientras trabaja, es un sitio tranquilo. La casa está apartada de la calle y de cara al agua; jamás va nadie por *allí.*

Su ayuda me resultaba muy valiosa, y para prolongar la conversación le pregunté por qué la gente evitaba la zona del fiordo.

—Porque tienen miedo del dragón que vive en el fondo.

Lo miré, pensando que bromeaba, pero tanto su rostro como su voz eran absolutamente serios. Nunca había conocido a alguien que tuviera teléfono y creyera en los dragones. Me divirtió y contribuyó a mi sentido de lo irreal.

La habitación resultó ser oscura y carente de comodidades, y no muy caliente. De todos modos, tenía una cama, una mesa y una silla, elementos indispensables. Había tenido suerte al encontrarla, pues era difícil conseguir alojamiento. La mujer parecía mayor y mucho menos sofisticada que su hermano que, durante la prolongada charla telefónica debía de haberla convencido de que me aceptara contra su voluntad. Evidentemente, ella era reacia a albergar a un extraño en la casa en la que vivía sola; percibí su aversión y su recelo. Para evitar conflictos, pagué sin protestar y con una semana de anticipación el exorbitante precio que pedía.

Le pedí las llaves y le dije que haría un duplicado de la puerta de la calle: necesitaba ser independiente. Ella trajo las dos llaves, pero sólo me dio la de la puerta de mi habitación y ocultó la otra en la palma de su mano. Le pedí que me la diera y se negó. Insistí. Ella se obstinó y se refugió en la cocina. La seguí y le saqué la llave por la fuerza. No me importó demasiado adoptar esta actitud, y así senté un precedente: no volvería a oponerse a mí.

Salí a pasear y a explorar la ciudad: las callejuelas desiertas y silenciosas entre las figuras informes de la destrucción, las fortalezas en ruinas que resaltaban contra un mar color ciruela, los enormes escalones de una gigantesca escalera del muro que se había derrumbado cayendo en sólidos trozos. Por todas partes se veía destrucción, fortificaciones en ruinas, testimonios de un pasado belicoso y sediento de sangre. Busqué edificios más modernos, pero no encontré ninguno. Los miembros de la menguante población vivían como ratas entre las ruinas de una perdida supremacía militar. Si una casa se volvía inhabitable, sus ocupantes se mudaban a otra. La comunidad desaparecía progresivamente, el número de miembros disminuía año tras año. Había demasiados edificios destruidos como para que resistieran. Al

principio resultaba difícil distinguir los que estaban habitados; aprendí a buscar los indicios de ocupación, las puertas reforzadas, las ventanas tapadas.

Concerté una cita para ver al magistrado en la Gran Casa, que dominaba la ciudad con su estructura semejante a una fortaleza construida en la zona más alta. A la hora convenida subí por una calle empinada, la única que conducía a la casa. Desde afuera ésta parecía un fuerte armado, enorme e imponente, de paredes gruesas, sin ventanas y con estrechas aberturas en la parte más alta que debían de estar destinadas a las ametralladoras. La entrada se encontraba flanqueada por baterías que apuntaban a la calle. Supuse que eran restos de alguna antigua campaña, aunque no parecían especialmente anticuadas. Yo había hablado por teléfono con un secretario; pero fui recibido por cuatro guardias armados, vestidos con túnicas negras, que se colocaron por parejas delante y detrás de mí y me escoltaron por un largo corredor. Estaba oscuro. A través de las aberturas del muro exterior, por encima de nuestras cabezas, se filtraban unos delgados haces de luz que dejaban entrever vagamente otros pasillos, galerías, escaleras y descansillos en forma de puente a diferentes niveles, que partían en distintas direcciones. El cielorraso, que no se veía, debía de ser terriblemente alto, tanto como todo el edificio, porque las confusas ramificaciones se encontraban a gran altura. Algo se movió en el extremo de una de las perspectivas: la figura de una muchacha. Me precipité tras ella, que empezaba a subir unas escaleras; su pelo plateado ondeaba y brillaba en la oscuridad.

La corta y empinada escalera conducía a una única habitación, amplia y escasamente amueblada, cuyo suelo encerado se veía tan gastado como el de una pista de baile. De inmediato quedé impresionado por el anormal silencio y la curiosa quietud que flotaba en el aire y reducía sus movimientos a arañazos de ratón. No llegaba ningún sonido del exterior ni de otras partes del edificio. Quedé desconcertado, hasta que caí en la cuenta de que la habitación había sido insonorizada, de modo que cualquier cosa que ocurriera en ella resultaría inaudible fuera de sus cuatro paredes. De inmediato se hizo evidente por qué le habían asignado a la muchacha esta habitación en particular.

Ella estaba en la cama, pero no dormía: estaba esperando. Una

lámpara colocada a su lado emitía un débil resplandor rosado. La amplia cama estaba instalada sobre una plataforma, y una y otra se hallaban cubiertas por una piel de cordero, de cara a un enorme espejo, casi tan grande como la pared. Aquí, a solas, donde nadie podía oírla, donde nadie *quería* oír, estaba privada de todo contacto, totalmente vulnerable, a merced del hombre que entraba sin golpear, sin pronunciar una sola palabra, y cuyos ojos fríos de color azul brillante se abalanzaban sobre los de ella en el cristal. Se quedó inmóvil, acurrucada, con la vista fija en el espejo, como hipnotizada. El poder hipnótico de los ojos del hombre podía destruir su voluntad, ya debilitada por la madre que durante años la había aplastado persistentemente hasta lograr su sumisión. Forzada desde niña a un modelo de pensamiento y conducta típicos de una víctima, se encontraba indefensa ante la agresiva voluntad del hombre, que era capaz de poseerla por completo. Y vi que así ocurría.

Él se acercó a la cama con paso lento. La chica no se movió hasta que él se inclinó sobre ella; entonces se apartó bruscamente, como si intentara escapar, y hundió la cara en la almohada. Él la cogió, le pasó la mano por el hombro y con sus robustos dedos le tocó la mandíbula, apretándola, forzándola, obligándola a levantar la cabeza. Ella se resistió violentamente, aterrorizada, se retorció y se revolvió con movimientos salvajes, luchando contra la fuerza del hombre. Él no hizo absolutamente nada y la dejó que continuara luchando. Los débiles esfuerzos de la muchacha le divertían y sabía que no durarían mucho más. La observó en silencio, con una semisonrisa, sin dejar de cogerle el rostro con ligera pero ineludible presión, mientras ella se agotaba por su cuenta.

Repentinamente, ella renunció, agotada y vencida; jadeaba y tenía el rostro húmedo. Él aumentó ligeramente la presión y la obligó a mirarlo a la cara. Para concluir, clavó la mirada en los ojos dilatados de la chica, metiendo implacablemente en ellos su propia mirada gélida y arrogante. En ese momento ella se rindió; su resistencia se derrumbó al llegar a ese punto y pareció caer y hundirse en las frías y azules profundidades hipnóticas. Había quedado despojada de voluntad. Él podía hacer de ella lo que quisiera.

Él se inclinó un poco más y se arrodilló sobre la cama, dejando

caer a la chica pero sin quitarle las manos de los hombros. Sin voluntad, ella se sometió a él incluso hasta el extremo de realizar ligeros y dóciles movimientos adaptando su cuerpo al de él. Estaba aturdida, apenas sabía lo que pasaba, su estado normal de conciencia había quedado interrumpido, perdido, y no comprendía la naturaleza de su sumisión. A él sólo le interesaba su propia diversión.

Luego ella no se movió ni mostró indicios de vida, quedó tendida sobre la cama deshecha, como si estuviera encima de la plancha de un depósito de cadáveres. Las sábanas y las mantas formaban una pila sobre el suelo, colgadas del borde de la tarima. La cabeza de la chica colgaba del borde de la cama en una postura anormal, con el cuello ligeramente torcido en una posición que daba muestras de violencia y el pelo brillante retorcido en una especie de cuerda. Él dejó la mano derecha sobre el cuerpo de su víctima. Cuando sus dedos recorrieron la desnudez de la muchacha, deteniéndose sobre los muslos y los pechos, ella se sacudió con un prolongado estremecimiento de dolor; luego volvió a quedar inmóvil.

Él le levantó la cabeza con una mano, clavó la mirada en su rostro durante un instante y se la dejó caer sobre la almohada; quedó en la misma posición en la que había caído. Se puso de pie y se apartó de la cama; se enganchó un pie en el pliegue de una manta, la apartó de una patada y caminó hasta la puerta. No había pronunciado ni una sola palabra desde que entrara en la habitación, y se fue sin hacer 11 más mínimo ruido aparte del leve chasquido de la puerta al cerrarse. Para ella, el silencio era una de las cosas que más la aterrorizaban de él, y en cierto modo estaba asociado al poder que ejercía sobre su persona.

Me pregunté a dónde me llevaban. La casa era gigantesca y los pasadizos trazaban curvas y más curvas. Pasamos junto a las trampillas de unas mazmorras, unas celdas abiertas en la roca. Las paredes de estas conejeras estaban impregnadas de agua y de alguna exudación fétida. Unos peligrosos escalones bajaban hasta unas mazmorras aún más profundas. Atravesamos varias puertas enormes: los guardias que iban delante las abrían y los otros las cerraban violentamente.

El magistrado me recibió en una habitación normal. Era

espaciosa y proporcionada, el suelo de madera reflejaba tenuemente la antigua araña del techo. Las ventanas daban la espalda a la ciudad, y miraban a un terreno semejante a un parque que descendía hasta el alejado fiordo. Su túnica negra, que le sentaba a la perfección, era de un material magnífico y sus botas altas brillaban como espejos. Llevaba puesta una cinta de colores de alguna orden que yo no conocía. Esta vez me produjo una impresión más favorable; la arrogante mirada que tanto me había disgustado era menos evidente, aunque resultaba obvio que era un gobernante nato, dictaba sus propias leyes y no se lo podía juzgar según los criterios normales.

—¿Qué puedo hacer por usted? —me saludó con formal amabilidad, mirándome a la cara. Le expliqué la historia que tenía preparada. En seguida accedió a tener redactados y firmados los permisos necesarios, podría contar con ellos al día siguiente. Por iniciativa propia sugirió agregar una nota con el fin de que me prestaran ayuda en mis investigaciones. Me pareció superfluo. Él comentó—: No conoce a esta gente. Son anárquicos por naturaleza y sienten una aversión innata hacia los desconocidos; su manera de ser es arcaica y violenta. He intentado introducir actitudes más modernas. Pero es inútil, han quedado estancados en el pasado como la esposa de Lot en su estatua de sal; es imposible cambiarlos.

Le di las gracias; y al mismo tiempo pensé en los guardias, que no parecían encajar demasiado con este novedoso concepto.

Comentó que había elegido una época extraña para hacer la visita. Le pregunté por qué.

—Muy pronto tendremos el hielo aquí. El puerto se congelará y quedaremos aislados —me dedicó una relampagueante mirada. Quedaba algo en el tintero. Tenía la costumbre de pestañear de tal manera que sus ojos brillantes parecían emitir llamas azules. Prosiguió—: Puede quedar anclado aquí más tiempo del que tiene previsto —volvió a dedicarme una mirada penetrante, como si quedara implicado algo más.

Le respondí:

—Sólo voy a quedarme una semana, aproximadamente. No creo que encuentre nada nuevo. Más que nada intento ambientarme —a pesar de mi aversión del primer momento, súbitamente tuve la rara sensación de contactar con él, casi como si entre nosotros existiera

algún vínculo personal. Fue una sensación tan inesperada, inexplicable y confusa, que agregué—: Por favor no me malinterprete —sin saber muy bien lo que quería decir. Él pareció satisfecho, sonrió y de inmediato se volvió más amable.

—Veo que hablamos el mismo lenguaje. Bien. Me alegro de que haya venido. Necesitamos un contacto más estrecho con las naciones desarrolladas. Esto es un comienzo.

Aún algo confundido por nuestra charla, me levanté para marcharme y volví a darle las gracias. Me estrechó la mano.

—Tiene que venir una noche a cenar. Mientras tanto, hágame saber si puedo hacer algo más por usted.

Me sentí alborozado. Seguía mi racha de buena suerte. Me pareció que casi había alcanzado mi objetivo, estaba seguro de que tendría ocasión de ver a la chica. Si la invitación a cenar no se materializaba, siempre tenía la posibilidad de recurrir a su último ofrecimiento.

IV

LOS permisos firmados llegaron al día siguiente. El magistrado había rubricado una frase adicional en la que decía que yo debía recibir todo tipo de ayuda. Esto impresionó al propietario del café, y le dejé el escrito para que hiciera circular el mensaje.

Empecé a tomar notas sobre la ciudad: mi actuación debía ser convincente y perfecta. En diversas ocasiones había pensado vagamente en escribir sobre los fascinantes lémures cantores; en ese momento se me presentaba una oportunidad perfecta para hacerlo antes de que mis recuerdos se desvanecieran. Todos los días escribía un poco sobre mi entorno y mucho más sobre el otro tema. No tenía nada más que hacer; me habría aburrido sin esta tarea, que se convirtió en un interés absorbente y me mantuvo ocupado durante horas. Resultaba sorprendente la rapidez con que pasaba el tiempo. En cierto modo, aquí estaba mejor de lo que habría estado en mi país. El frío era extremo pero mi habitación se mantenía caliente gracias a que me había organizado un suministro diario de leña para la chimenea. Aquí, cerca de estos enormes bosques, no existían problemas de combustible. La idea de que el hielo se acercaba cada vez más, resultaba perturbadora. Pero de momento el puerto permanecía abierto, y de vez en cuanto entraban y salían barcos. Gracias a éstos, en ocasiones lograba conseguir algunos manjares para complementar mis comidas en el café, que eran abundantes pero carentes de variedad. Dispuse que me sirvieran la comida en una especie de nicho apartado de la habitación principal, donde no me molestaban el ruido ni el humo, y disfrutaba de cierta intimidad.

El trabajo que yo supuestamente realizaba entre las ruinas me permitía observar la Gran Casa de cerca y discretamente. No vi a la chica ni una sola vez, aunque en repetidas ocasiones vi que el magistrado salía, como siempre acompañado por sus guardaespaldas. Por lo general, entraba directamente en su enorme coche y se alejaba a toda velocidad. Deduje que las amenazas de sus rivales políticos justificaban tales precauciones.

Al cabo de dos o tres días empecé a impacientarme. No hacía ningún progreso, y me quedaba poco tiempo. Dado que aparentemente ella nunca abandonaba la Gran Casa, yo tendría que entrar. Pero no me llegó ninguna invitación. Estaba intentando decidir cuál sería la mejor excusa para acceder otra vez al magistrado, cuando él me envió a uno de sus guardias para que me llevara a almorzar. El hombre me cortó el paso un mediodía, mientras iba camino del café. Me desagradó el hecho de que no me lo hubiera notificado, así como el estilo autoritario de su invitación y el modo de formularla. Más que una invitación, parecía una orden, y me sentí obligado a protestar: dije que era casi imposible anular la comida, que ya estaba preparada y esperándome en ese mismo momento. En lugar de responderme, el guardia me gritó. Aparecieron otras dos túnicas negras, como surgidas de la nada: uno de los que las llevaban fue a explicarle la situación al dueño del café, mientras el otro se instalaba a mi lado. No me quedaba más alternativa que irme con esta doble escolta. Por supuesto, estaba contento de hacerlo, era lo que yo quería. Pero habría preferido un tratamiento menos despótico.

El magistrado me condujo directamente a un espacioso comedor en el que había una larga mesa preparada para veinte personas. Tomó asiento en la cabecera; su figura resultaba imponente. Me acomodaron a su lado. Frente a mí había un tercer servicio i»reparado. Al ver que yo lo observaba, comentó:

—Tengo en mi casa a una jovencita de su país; pensé que le gustaría conocerla.

Me dedicó una de sus penetrantes miradas y le respondí serenamente que me encantaría. Para mis adentros estaba alborozado; casi me parecía demasiado bueno para ser cierto, era el colmo de la buena suerte haberme ahorrado el complicado asunto de preguntar por ella.

Trajeron unos martinis secos en una jarra helada. Inmediatamente después entró alguien, susurró algo y le entregó una nota al magistrado. Mientras la leía, este cambió su expresión y rompió el papel, reduciéndolo a diminutos fragmentos.

—Parece que la joven se siente indispuesta.

Oculté mi decepción murmurando algo amable. Él frunció el ceño con furia; evidentemente, no soportaba ser contrariado en lo más mínimo; su ira impregnó el ambiente. Sin dirigirme la palabra, hizo señas para que retiraran el servicio que sobraba, y las copas y los cubiertos desaparecieron de la vista. La comida fue servida, pero él apenas la tocó; se dedicó a hacer papilla los trozos de papel con el puño apretado. Cuanto él más me ignoraba, más incómodo me sentía, ofendido sobre todo por esta grosería adicional después del estilo autoritario con que me había enviado a buscar. Sentí deseos de levantarme e irme, pero sabía que sería fatal romper nuestras relaciones en ese momento. Para distraerme pensé en la muchacha, y decidí que tal vez yo era responsable de su ausencia: ella debía de haber adivinado quién era yo, si es que no lo sabía desde el principio. Intenté imaginarla a solas en la silenciosa habitación del piso superior. Pero parecía encontrarse a varios kilómetros de distancia, como la figura de un sueño, inaccesible e irreal.

Poco a poco, el magistrado se serenó, aunque no perdió la expresión amenazadora. Yo no quería romper el silencio, esperaba que él tomara conciencia de mi presencia. Trajeron un excelente asado de cordero lechal y, mientras comíamos, súbitamente mencionó mis investigaciones.

—Veo que las limita a las ruinas de los alrededores de mi casa.

Quedé desconcertado, no sabía que había sido observado. Afortunadamente, tenía preparada una respuesta.

—Como usted sabe, éstos siempre han sido los edificios de la administración, de modo que es más probable que aparezca algo interesante aquí y no en otro sitio.

No respondió pero emitió el sonido de un jugador cuyo contrincante reclama un punto dudoso en la partida. No supe si mi respuesta le había resultado satisfactoria o no.

Trajeron el café y, para sorpresa mía, todos se retiraron del comedor. Sentí cierta aprensión, no lograba imaginar qué era lo

que tenía que decirme en privado. Su humor parecía haber empeorado; parecía terrible, frío y distante. Me resultaba difícil creer que alguna vez se hubiera mostrado amable; en ese momento comentó en tono inquietante:

—La gente que intenta embaucarme, generalmente se arrepiente; no me dejo coger fácilmente.

Su tono de voz era controlado y sereno, pero la amenaza que había percibido en él en alguna ocasión anterior, se hizo evidente. Le dije que no comprendía lo que quería decir; la obvia implicación no se aplicaba a mí. Me sometió a una prolongada mirada y yo se la devolví con más frialdad de la que sentía. Percibí en él un aura de peligro y duplicidad, y me puse en guardia.

Apartó su copa y, apoyando los codos en la mesa, acercó su rostro al mío y siguió mirándome fijamente sin pronunciar una sola palabra. Sus ojos brillaban de un modo asombroso, sentí que intentaban dominarme, y me resultó difícil no bajar la mirada. Alguna vez debía de haber practicado la hipnosis: tuve que hacer un esfuerzo supremo para poder resistirme. Me sentí aliviado cuando se echó un poco hacia atrás y dijo, sin rodeos:

—Quiero que haga una cosa por mí.

—¿Qué diablos podría hacer yo por usted? —estaba azorado.

—Escuche. Éste es un país pequeño, pobre, atrasado y sin recursos. Si se presentara una emergencia, quedaríamos perdidos y sin la ayuda de las grandes potencias. Desgraciadamente, las grandes potencias nos consideran demasiado insignificantes como para interesarse por nosotros. Quiero que convenza a su gobierno de que podemos ser útiles, al menos por nuestra posición geográfica. Supongo que tiene la influencia necesaria.

Yo suponía lo mismo; pero estaba sorprendido, no esperaba una cosa así. Mi instinto se oponía a ello, y empecé a decir:

—Ese tipo de cosas no es en absoluto de mi competencia…

Me interrumpió, en tono impaciente:

—Simplemente le estoy pidiendo que les haga notar a sus políticos la conveniencia de cooperar con nosotros. Sería sencillo. Sólo tendrían que mirar el mapa —antes de que pudiera pensar en una respuesta, volvió a presionarme con impaciencia creciente—: Bien, ¿lo hará? —su hábito de dominación y su magnetismo personal hacían que fuera prácticamente imposible negarse; casi

involuntariamente emití un sonido de asentimiento—. Bien. Trato hecho. Por supuesto, recibirá una recompensa adecuada —como quien cierra un trato, se puso de pie y me tendió la mano mientras decía—: Será mejor que escriba inmediatamente para ir preparando el terreno —cogió una campanilla de plata, la hizo sonar enérgicamente, y en la habitación entraron varias personas en tropel. Mientras iba a su encuentro, me despidió con un saludo informal. Yo me sentía confundido e incómodo, y me alegré de poder salir de allí. No me gustaba el nuevo curso que adoptaban los acontecimientos y tuve la impresión de que mi suerte estaba cambiando.

Uno o dos días más tarde, su enorme coche se detuvo junto a mí; él se asomó por la ventanilla luciendo un suntuoso abrigo forrado con piel. Quería hablar un momento conmigo. ¿Podía ir a la Gran Casa? Subí al vehículo, que se lanzó a toda velocidad hasta la entrada.

Entramos en una sala llena de personas que esperaban para hablar con él, y los guardias las apartaron para que él pudiera pasar hasta la habitación que estaba al otro lado. Oí que antes de despedir a sus hombres, murmuraba:

—Dentro de cinco minutos libradme de este tipo —se volvió hacia mí y me dijo—: Supongo que habrá escrito a alguien sobre nuestro trato —yo murmuré una evasiva. En un tono muy distinto, me espetó—: La oficina de correos me informa que usted no se ha comunicado con la persona adecuada. Creí que era un hombre de palabra, pero veo que estaba equivocado.

Para evitar una disputa, hice caso omiso del insulto y respondí en tono sereno:

—Aún no me he enterado de qué conseguiré con este trato —en tono seco me dijo que fijara mis condiciones. Decidí responderle llana y francamente, con la esperanza de que se mostrara menos hostil—. Después de tantos preparativos, mi petición casi parece demasiado trivial —le dediqué una sonrisa con la que pretendía desarmarlo—. Se trata sencillamente de lo siguiente: creo que su invitada podría ser una antigua conocida mía, y me gustaría verla con el fin de aclarar la duda —me cuidé de no mostrar demasiado interés.

No dijo nada, pero en su silencio percibí el desacuerdo.

Evidentemente, desde el día que propusiera presentarnos durante el almuerzo, su actitud había cambiado.

Estaba casi seguro de que en ese momento no estaba de acuerdo con el encuentro.

De pronto pensé en la hora y miré el reloj. Habían pasado casi cinco minutos. No tenía intención de esperar a que entraran los guardias y me echaran, según la orden que habían recibido, y empecé a moverme para salir. Él me acompañó hasta la puerta y puso la mano en el picaporte para impedir que saliera.

—Ella ha estado enferma y la pone nerviosa ver gente. Le preguntaré si quiere verlo.

Estaba convencido de que él no permitiría que se produjera el encuentro; volví a mirar el reloj. Sólo quedaba un minuto.

—Ahora de verdad debo irme. Ya le he robado demasiado tiempo.

Su inesperada carcajada me tomó por sorpresa; debía de saber lo que yo pensaba. Pareció cambiar de humor repentinamente, de pronto adoptó una actitud afable. Una vez más tuve conciencia de una extraña sensación de contacto íntimo con él. Abrió la puerta y dio una orden a los hombres que estaban afuera, que le hicieron un saludo y se alejaron pasillo abajo golpeando el suelo encerado con las botas. Entonces se volvió hacia mí y, en un alarde de buena voluntad, dijo:

—Si quiere, podemos ir a verla ahora. Pero primero tendré que prepararla.

Volvió a conducirme por la atestada sala de espera, donde todos se arremolinaron a su alrededor, ansiosos por hablarle. Sonrió y dedicó palabras amables a los que estaban más cerca, levantó la voz para disculparse con todos en general por hacerlos esperar y les rogó que tuvieran unos minutos más de paciencia, prometiéndoles que todos serían escuchados a su debido tiempo. En un tono de voz que se oyó en toda la sala, preguntó:

—¿Por qué no hay música? —y luego dijo bruscamente a uno de sus subordinados—. Ya sabe que estas personas son mis invitados. Lo menos que podemos hacer, ya que tienen que esperar, es intentar distraerlos —las notas de un cuarteto de cuerdas empezaron a sonar en la sala y nos acompañaron hasta que nos marchamos.

Me condujo a lo largo de sinuosos pasillos por los que pasamos junto a varios guardias, él dando largas zancadas delante de mí, subiendo y bajando a toda prisa varios tramos de escaleras. Era poco lo que yo podía hacer para seguir su ritmo. Él estaba en mejor forma física que yo y parecía disfrutar demostrándolo, dándose vuelta para mirarme, riéndose y jactándose de su fantástico físico. No me fie de este repentino cambio de humor. Pero sentí admiración por su duro cuerpo de atleta, sus hombros anchos y la elegante y estrecha cintura. Los pasillos parecían no tener fin. Yo ya estaba sin aliento y finalmente él tuvo que esperarme en lo alto de otra corta escalera. El rellano estaba totalmente a oscuras, sólo pude distinguir el rectángulo de una única puerta y comprendí que la escalera conducía solamente a esta habitación.

Me dijo que esperara un momento allí mismo mientras él le explicaba la situación a la chica y, con una sonrisa maliciosa, agregó:

—Eso le permitirá descansar un poco —mientras ponía la mano en el picaporte, prosiguió—: Como usted comprenderá, la decisión está absolutamente en manos de la muchacha. Si ella prefiere no verlo, yo no puedo hacer nada —abrió la puerta sin golpear y desapareció en el interior de la habitación.

Abandonado en la semioscuridad, me sentí deprimido e irritado. Me había jugado una mala pasada. No obtendría nada satisfactorio de una entrevista arreglada por él. Lo más probable era que no se materializara; o ella se negaría a verme, o él le prohibiría que lo hiciera. En cualquier caso, yo no quería hablar con ella en presencia de él, porque actuaría condicionada.

Presté atención, pero no logré oír nada a través de la pared insonorizada. Un instante después bajé la escalera y recorrí los pasillos sin rumbo fijo hasta que encontré a un sirviente que me indicó el camino de salida. Mi racha de buena suerte parecía haber terminado

V

Mi ventana daba a un paisaje desierto en el que nada se movía jamás. No se veían casas, sólo los escombros del muro derrumbado, una desolada extensión de terreno nevado, el fiordo, el bosque de abetos y las montañas. Ni un solo color, sólo las monótonas sombras que iban del negro al gris hasta llegar al blanco definitivamente inerte de la nieve. El agua inmóvil y en calma absoluta, las filas de árboles oscuros marchando por todas partes en la penumbra uniforme. Súbitamente se produjo un movimiento, un estallido de rojos y azules en la monotonía gris y silenciosa. Cogí el abrigo y luché dentro de él mientras me precipitaba hacia la puerta; cambié de idea y volví hasta la ventana, que estaba completamente atascada. Logré levantarla, salí pisando una pila de escombros y volví a cerrarla cogiéndola con las puntas de los dedos. Arrastrándome por la hierba helada, bajé corriendo la pendiente; era el camino más rápido, y además había eludido a la dueña de casa que, según sospechaba, vigilaba mis movimientos. No había nadie en el estrecho sendero que bordeaba el fiordo, pero la persona a la que yo perseguía no podía estar lejos. El sendero se internaba en el bosque. El aire era más frío y todo estaba más oscuro bajo los árboles, que crecían muy juntos, sus ramas negras enredándose en densas marañas y entrelazándose con la maleza del suelo. Cerca de mí podría haber habido veinte personas invisibles, pero vi el fantasmal abrigo gris moviéndose entre los abetos y en más de una ocasión llegué a ver su forro de cuadros. La cabeza de quien lo llevaba estaba descubierta: su brillante pelo relucía como fuego plateado, un fuego fatuo que resplandecía en el bosque. Se

apresuró tanto como pudo, ansiosa por librarse de los árboles. Se ponía nerviosa en el bosque, que siempre parecía lleno de amenazas. Los árboles apiñados la acobardaban, transformándose en negras paredes que la cercaban. Era tarde, ya se había puesto el sol; ella había llegado demasiado lejos y debía volver a toda prisa. Miró a su alrededor buscando el fiordo, pero no lo vio; se desorientó y de inmediato se sintió realmente asustada, aterrorizada al haber sido sorprendida por la noche en el oscuro bosque. Vivía rodeada de temor; si alguna vez hubiera conocido la amabilidad, todo habría sido diferente. Los árboles parecían obstruirle el paso con deliberada malicia. Toda la vida se había considerado como una víctima condenada de antemano, y ahora el bosque se convertía en la maligna fuerza que la destruiría. Desesperada, intentó correr, pero una raíz oculta la hizo tropezar y estuvo a punto de caer. Las ramas se enredaron en su pelo, haciéndola retroceder y golpeándola furiosamente mientras se desenredaban. Los plateados cabellos arrancados de su cabeza brillaban entre las negras agujas; eran la pista que sus perseguidores seguirían y que los conduciría a su víctima. Finalmente logró escapar del bosque y vio el fiordo frente a ella, esperándola. Del agua surgía una emanación nociva, algo primitivo, salvaje, que clamaba por una víctima, ávido de una víctima humana.

Durante un segundo se quedó inmóvil, horrorizada por el absoluto silencio y la soledad que reinaban en el lugar. Con la proximidad de la noche, el paisaje se impregnaba de una nueva ferocidad. Vio los ejércitos concentrados de árboles que acampaban por todas partes, y más arriba el muro de la montaña repleto de árboles como armas. Abajo, el fiordo era un imposible volcán helado que arrojaba el fuego siniestro del sol que se había tragado.

En la creciente oscuridad podía surgir cualquier horror. Ella tenía miedo de mirar, intentó no ver las formas espectrales que se elevaban desde el agua, pero sintió que se acercaban hacia ella y huyó despavorida. Algo la alcanzó y la envolvió en sus miembros blandos, húmedos y pegajosos como ectoplasma. Ahogando un grito salvaje, luchó hasta liberarse y corrió a ciegas, frenética y jadeante. Su cerebro estaba encerrado en una pesadilla, ya no pensaba. Mientras se extinguían las últimas luces, tropezó con rocas

ocultas, lastimándose las rodillas y los codos. Las espinas le laceraban las manos y le arañaban el rostro. Al saltar quebró el delgado hielo del borde del fiordo y quedó empapada de agua helada. Cuando respiraba sentía un gran dolor, como si un cuchillo afilado se hundiera repetidas veces en su pecho. No se atrevió a detenerse ni a disminuir la velocidad, aterrorizada por el ruido sordo de unos pasos que la perseguían a corta distancia, incapaz de reconocer sus propios latidos agónicos. De pronto resbaló sobre un montículo de nieve, no pudo detenerse y cayó boca abajo, quedando sepultada. Tenía la boca llena de nieve, estaba perdida, acabada, nunca más volvería a levantarse, no podía seguir corriendo. Unos músculos cruelmente tirantes la obligaron de manera despiadada a levantarse, ella tuvo que luchar, empujada por el irresistible imán del destino. La sistemática intimidación en su momento de mayor vulnerabilidad había deformado la estructura de su personalidad convirtiéndola en una víctima que sería destruida por las cosas o por los seres humanos, por las personas o los fiordos y los bosques; no tenía ninguna importancia; de todos modos, no podía escapar. El irreparable daño causado tiempo atrás había marcado su inevitable destino.

Una masa rocosa negra como el carbón surgió amenazadoramente, una colina, una montaña, una fortaleza sin luz reforzada por regimientos de abetos negros. Sus débiles manos temblaban demasiado como para manipular una puerta, pero las acechantes fuerzas del destino la arrastraron hacia el interior.

Estirada sobre su cama, logró percibir la hostil, extraña y congelante oscuridad apretada contra la pared como la oreja de un enemigo que escucha. En el silencio y la soledad más absolutos, ella contemplaba el espejo, mientras esperaba que su destino se cumpliera. No faltaba mucho tiempo. Sabía que algo espantoso iba a ocurrir en la habitación insonorizada, a donde nadie querría ni podría ir a rescatarla. La habitación era tan antagónica como lo había sido siempre. Ella sabía que las paredes se negaban a protegerla, era consciente de la frígida hostilidad del aire. No podía hacer nada, no tenía a quien recurrir. Abandonada, desamparada, sólo podía esperar el fin.

Una mujer entró sin golpear y se quedó en la puerta, hermosa, imponente, completamente vestida de negro, alta y amenazadora

como un árbol, seguida por otras formas confusas que quedaban como sombras detrás de ella. La chica reconoció de inmediato a su verdugo, cuya enemistad siempre había percibido sin comprenderla, demasiado inocente o demasiado preocupada con su propio mundo de ensueño como para adivinar la causa obvia. Ahora, unos fríos y brillantes ojos despiadados danzaban en las cristalinas profundidades del espejo, lanzándose hacia su víctima. *Sus* ojos estaban enormemente dilatados y negros a causa del pavor, dos abismos de terror, de intuitiva pesadilla adivinatoria. Entonces quedó sobrecogida por una sensación de fatalidad; experimentó una regresión y se convirtió en una niña sumisa y aterrorizada, acobardada por persistentes malos tratos. Intimidada, obediente a la voz dominante de la mujer, se levantó y con paso vacilante abandonó la plataforma; tenía el rostro blanco como un papel. Cuando le cogieron los brazos gritó y luchó débilmente. Una mano le tapó la boca. Varias figuras se cernieron sobre ella. La sujetaron por todas partes, manipulándola bruscamente, y la empujaron fuera de la habitación, con las manos atadas a la espalda.

Bajo los árboles, la oscuridad era cada vez mayor y seguí perdiendo de vista el sendero. Finalmente lo perdí por completo y salí en un lugar diferente. Estaba cerca del muro. Éste era imponente, estaba intacto, sin grietas; vi las negras siluetas de los centinelas apostados a lo largo de la parte superior. Dos de ellos se acercaban entre sí y se cruzarían cerca de mí. Me quedé quieto bajo la sombra de los árboles negros, donde nadie me vería. Los hombres avanzaban con paso ruidoso y la dura escarcha amplificaba el sonido. Se encontraron, golpearon el suelo con el pie, intercambiaron las contraseñas y volvieron a separarse. Cuando el sonido de los pasos se desvaneció, seguí avanzando. Tenía la extraña sensación de estar viviendo en varios planos al mismo tiempo; la superposición de los planos era desconcertante. Inmensos cantos rodados del tamaño de una casa, semejantes a las cabezas de gigantes decapitados, se hallaban en el suelo, donde habían caído desde la ladera de la montaña, tiempo atrás. De pronto oí voces; miré a todas partes pero no vi a nadie. El sonido parecía salir de entre los cantos rodados, y fui a investigar. Una luz amarilla surgió en la oscuridad azul: estaba ante una choza, no ante una masa rocosa. En el interior de ésta, alguien hablaba.

Oí gritos, estallidos, el relincho de caballos espantados, todos los sonidos de una batalla. Se veían pasar infinidad de flechas; se oían palos que entrechocaban y el ruido metálico del acero. Hombres extrañamente vestidos llegaban hasta el muro en tropel y trepaban por él sirviéndose de los pies y las manos, mientras sujetaban los machetes entre los dientes. Ágiles como gorilas, llegaban a millares; algunos eran rechazados, pero siempre aparecía un nuevo grupo. Finalmente, los defensores del muro quedaron aniquilados y la segunda línea defensiva fue obligada a retroceder. Una vez dentro, los invasores abrieron las puertas y los demás entraron violentamente, como un maremoto. La gente se parapetaba en sus casas. La ciudad era un caos total. En los callejones tenían lugar luchas cuerpo a cuerpo; entre las paredes resonaban feroces gritos sin sentido, como los gritos de animales salvajes. Los forasteros corrían por la ciudad como locos, atragantándose con vino y asesinando a todo el que se cruzaba en su camino: hombres, mujeres, niños, animales. El vino corría a chorros por sus rostros, mezclado con sudor y sangre, dándoles la apariencia de demonios. Caía una débil nevada que parecía excitarlos hasta el frenesí, y reían insensatamente, intentando atrapar los copos de nieve con la boca. Los jinetes llevaban enormes lanzas con gallardetes o plumas. Las cabezas cortadas eran atravesadas por las lanzas, a veces eran cabezas de niños o de perros. Por todas partes se originaban incendios y producían tanta luz que parecía de día. El aire estaba impregnado de humo, de olor a madera chamuscada y cenizas. A medida que la gente abandonaba sus hogares huyendo del humo, caía asesinada por el enemigo. Muchos preferían morir entre las llamas.

Yo no tenía armas y busqué algo con que defenderme. En la calle donde me encontraba, los caballos muertos se apilaban formando barricadas, y entre ellos un hombre que había sido asesinado con su cabalgadura. Ni siquiera había tenido tiempo de sacar su espada, que aún seguía dentro de la vaina tallada con intrincados dibujos, una pieza maravillosa. Tiré de la empuñadura que sobresalía, pero, al caer, la hoja se había atascado y no pude moverla. Las bestias muertas se habían amontonado tan de prisa que mis persistentes esfuerzos sacudían toda la construcción; las reses se soltaban y caían rodando, formando una brecha. Antes de

que pudiera reparar el daño, un grupo de jinetes apareció galopando por la calle armando un horrible estrépito, agitando las lanzas y profiriendo gritos sin sentido. Me arrojé al suelo con la esperanza de que no me hubieran visto, preparado para lo peor. Mientras se acercaban, uno de ellos clavó su larga lanza en el jinete muerto arrancando el cuerpo tan violentamente que éste cayó encima de mí, probablemente salvándome la vida. Me quedé totalmente inmóvil mientras la tropa pasaba a la carrera, girando los ojos inyectados en sangre con expresión demente y salvaje.

Cuando se marcharon, aparté el cadáver y me levanté para ir en busca de la muchacha. No tenía muchas esperanzas de encontrarla; sabía cuál era el destino de las mujeres en una ciudad saqueada. Ahora la espada estaba suelta y pude sacarla fácilmente. Nunca había usado un arma de ese tipo y la probé azotando algunos de los cadáveres que encontré a mi paso. Era pesada y difícil de manipular, pero encontré el equilibrio y a medida que caminaba empecé a cogerle el truco, ganando así algo de la mucha confianza que necesitaba. Mientras esto ocurría, nadie me atacó. La lucha más encarnizada tenía lugar en las calles de más abajo, alrededor de las fortalezas del puerto, que aún parecían resistir. Cuando veía a alguien me ocultaba, y en la confusión general logré pasar inadvertido. La Gran Casa ya estaba ardiendo, sólo el armazón se mantenía en pie. El humo y las llamas se elevaban hacia el cielo, y todo el interior era incandescente. Me acerqué tanto como pude, pero el humo y el intenso calor me obligaron a retroceder. Era casi imposible entrar. De todos modos, nadie habría sobrevivido en semejante infierno. Yo tenía la cara abrasada, algunas chispas me quemaban el pelo y las aplasté con las manos.

La encontré de casualidad, no muy lejos de allí, tendida boca abajo sobre las piedras. De su boca chorreaba un hilillo de sangre. Tenía el cuello torcido de un modo anormal; nadie que estuviera con vida podría haber girado la cabeza de ese modo: tenía el cuello roto. La habían arrastrado cogiéndola por el pelo, y las manos que se lo habían retorcido formando una especie de cuerda habían apagado sus brillos plateados. En algunos puntos de su espalda, la sangre aún estaba fresca, húmeda y brillante; en otras partes se había vuelto seca y dura sobre la carne blanca. Me llamó la atención un brazo, sobre el cual se veían claramente las marcas de

unos dientes. Tenía rotos los huesos del antebrazo y los extremos puntiagudos del hueso sobresalían a la altura de la muñeca, atravesando el tejido desgarrado. Me sentí defraudado: yo sólo lo habría hecho con tierno amor; yo era el único que tenía derecho a causar heridas. Me incliné hacia delante y toqué su piel fría.

Fui a mirar por la ventana de la choza, con cuidado de no acercarme demasiado para que no me vieran desde el interior. Un montón de gente se apiñaba en una pequeña sala llena de humo y la lumbre parpadeaba sobre sus rostros, recordándome una escena medieval. Al principio no pude comprender lo que decían, hablaban todos al mismo tiempo. Reconocí a una mujer excepcionalmente alta, elegante e imponente; la había visto en la Gran Casa. Ahora estaba con un hombre al que llamaba padre, que se encontraba sentado justo al lado de la ventana. Estaba tan cerca de mí que la suya fue la primera voz que entendí. Estaba relatando la leyenda del fiordo, y cómo cada año durante el solsticio de invierno una bella muchacha debía ser ofrecida como sacrificio al dragón que vivía en las profundidades. Las otras voces fueron apagándose poco a poco cuando él empezó a describir el rito.

—La desatamos en cuanto la subimos a la roca. Ella debe luchar un poco, porque de lo contrario el dragón podría pensar que le hemos encajado a una chica muerta. Abajo, el agua hace espuma. Aparecen los enormes anillos escamosos del monstruo. Entonces derribamos a la muchacha. Todo el fiordo se convierte en un torbellino de sangre y espuma que saltan en todas las direcciones.

Se sucedió una animada discusión sobre el sacrificio en la que intervinieron varias personas. Cualquiera diría que estaban hablando de un partido de fútbol entre su equipo y el de la ciudad rival. Alguien comentó:

—No nos sobran las chicas bonitas. ¿Por qué tenemos que entregarle una al dragón? ¿Por qué no sacrificamos a una extranjera, alguna forastera que no signifique nada para ninguno de nosotros?

El tono de voz sugería que estaba refiriéndose a una persona determinada cuya identidad era conocida por todos los presentes. El padre empezó a poner objeciones pero fue silenciado por su hija, que expresó su acuerdo a los gritos lanzando una violenta diatriba de la que sólo capté frases aisladas.

—Pálidas niñas que parecen tan puras como si fueran de cristal… destrozarlas hasta hacerlas pedazos… Y yo la *destrozaré*… —el final fue pronunciado a gritos—. ¡Yo misma la derribaré de la roca si ninguno de vosotros tiene agallas para hacerlo!

Me alejé, disgustado. Esta gente era peor que los salvajes. Tenía la cara y las manos dormidas y me sentí casi congelado; no supe por qué me había quedado tanto tiempo escuchando ese absurdo galimatías. Tuve la vaga sensación de que me pasaba algo, aunque no pude definirlo. Por un momento me resultó perturbador, pero luego lo olvidé. En el cielo brillaba una luna pequeña, fría y resplandeciente que mostraba claramente el paisaje. Reconocí el fiordo, pero no la escena. Altas rocas se elevaban en línea perpendicular al agua, sujetando una roca plana y horizontal como una plataforma de salto de palanca. Aparecieron algunas personas arrastrando a la chica, que llevaba las manos atadas. Cuando pasó junto a mí, alcancé a ver su lastimero rostro blanco de niña-víctima, aterrorizada y traicionada. Di un salto hacia delante, intentando llegar a ella y cortar sus ataduras. Alguien se lanzó sobre mí. Lo aparté, e intenté una vez más llegar a ella, que se alejaba. Me abalancé sobre el grupo, gritando:

—¡Asesinos! —antes de que pudiera alcanzarlos, arrastraban a la muchacha por la roca.

Me encontraba cerca de ella, en la plataforma. Estábamos solos aunque una mezcla de vagos sonidos a mis espaldas me indicaban la presencia de numerosos mirones. No me importaban. Yo me hallaba totalmente concentrado en la temblorosa figura medio arrodillada, medio acurrucada en el extremo de la roca que sobresalía de las oscuras aguas. Su pelo relucía como cubierto de polvo de diamantes bajo la luna. Ella no me miraba, pero yo podía ver su rostro, siempre pálido pero ahora completamente desprovisto de color. Observé su extrema delgadez y pensé que con mis dos manos podía rodear todo su cuerpo, incluso el tórax que albergaba su corazón. Su piel parecía de raso blanco, desprovista de sombras bajo la brillante luz de la luna. Las marcas circulares que las cuerdas habían dejado en sus muñecas habrían sido rojas a la luz del día, pero ahora parecían negras. Logré imaginar la impresión que produciría coger sus muñecas y partir los frágiles huesos con las manos.

Me incliné hacia delante y toqué su fría piel, el pequeño hueco de sus muslos. La nieve había caído entre sus pechos.

Se acercaron unos hombres armados, me empujaron y la cogieron a ella de sus frágiles hombros. De sus ojos brotaban enormes lágrimas como carámbanos, como diamantes, pero permanecí impasible. No me parecían lágrimas de verdad. Ella misma no parecía del todo real. Estaba pálida y casi transparente, como la víctima que deleitaba mis sueños. La gente que estaba detrás de mí murmuraba, impaciente por la demora. Los hombres no esperaron más, la derribaron, y tras ella cayó su último grito patético. Entonces la noche estalló como una bolsa de papel. Brotaron enormes chorros de agua; las olas rompían salvajemente contra las rocas, reventando en cascadas de rocío. Apenas noté la lluvia glacial; miré atentamente el borde de la plataforma y vi que un círculo de anillos escamosos surgía de las agitadas aguas, en las que algo blanco luchaba frenéticamente ante el crujido de unas mandíbulas blindadas.

Tenía prisa por volver a mi habitación. Los pies y los dedos se me habían dormido, sentía la cara rígida, y empezaba a dolerme la cabeza a causa del frío. En cuanto me descongelé un poco en mi habitación caliente, empecé a escribir. Por supuesto, mi tema principal eran los Indris, aunque seguía fingiendo, como desde un primer momento, que tomaba notas sobre todo lo que resultaba interesante de la ciudad. Creía que el servicio de seguridad no se molestaría en leer mis notas, aunque podían hacerlo fácilmente mientras yo estaba fuera de la habitación. La forma infantil y simple que utilizaba, mezclando frases sobre los lémures con otras sobre cuestiones locales, al menos desalentaría a la dueña de casa, que metía las narices en todo.

Obtuve una gran satisfacción describiendo las amables y misteriosas criaturas cantoras y, a medida que escribía, me sentía más profundamente unido a ellas. Con sus voces encantadoras y paradisíacas y su modo de ser alegre, cariñoso e inocente, se habían convertido para mí en el símbolo de lo que debía ser la vida en la tierra si se eliminaban la destructividad, la violencia y la crueldad humanas. Disfrutaba escribiendo regularmente, las frases brotaban sin esfuerzo, como si se formaran en mi mente de manera espontánea. Pero ahora era diferente, no lograba encontrar las

palabras adecuadas: sabía que no me estaba expresando con lucidez, que mis recuerdos no eran precisos, y unos minutos después abandoné la pluma. De inmediato me vino a la mente una escena en la que muchas personas se apiñaban en una habitación llena de humo, y sentí que debía informar al magistrado de lo que había logrado oír. Al mismo tiempo, había una extraña irrealidad con respecto al recuerdo de la escena, como si la hubiera soñado. Cuando se me ocurrió que la chica podía correr verdadero peligro, no lo creí. De todos modos me puse de pie para ir a telefonear. Entonces, reprimido por la peculiar incertidumbre con respecto a lo que era real, más que por la idea de que la mujer escucharía todas mis palabras, decidí no telefonear hasta llegar al café.

Mientras dejaba la casa, mi sentido de la irrealidad se volvió abrumador. Una intensa luz incolora —que no logré ver de dónde provenía— hacía que afuera todo estuviera tan claro como si fuera de día. Mi asombro aumentó cuando noté que esta extraordinaria luz revelaba detalles que no se percibían a simple vista. Nevaba débilmente, y la compleja estructura de cada copo de nieve parecía poseer una claridad cristalina, y sus delicadas formas estrelladas y floríferas eran perfectamente definidas y brillantes como joyas. Busqué con la mirada las ruinas conocidas, pero ya no estaban. Me había acostumbrado a la visión de la destrucción, pero esto era diferente. No quedaba absolutamente nada de la ciudad en ruinas; sus estructuras se habían desintegrado, los restos estaban aplastados, esparcidos, como si una apisonadora gigantesca hubiera pasado sobre ellos. Los dos o tres fragmentos verticales que quedaban parecían haber sido dejados deliberadamente, con la intención de enfatizar el aplanamiento general. Seguí caminando como en sueños y no vi a nadie, ni muerto ni vivo. El aire estaba impregnado de un olor dulzón, nada desagradable, que noté en mis manos y en mi ropa, y supuse que era despedido por algún gas. Me sorprendió el hecho de que no hubiera ningún incendio; aparentemente nada ardía, y no vi humo. Sólo vi delgados hilillos de un fluido blanco lechoso que se deslizaba entre los escombros, acumulándose en charcos aquí y allá. Estos charcos blancos se agrandaban constantemente a medida que el líquido desgastaba sus bordes, carcomiendo todo lo que entraba en contacto con ellos; el que toda la masa de escombros quedara consumida de este modo,

sólo era una cuestión de tiempo. Me quedé quieto un momento, observando el proceso, fascinado por ese método de limpieza tan práctico y minucioso.

Recordé que tenía que encontrar a la chica y la busqué desesperadamente entre la infinidad de escombros. Creí verla a mucha distancia de allí, le grité y corrí; ella se transformó y desapareció. La vi aún más lejos, como un espejismo; volvió a esfumarse. De una pila de detritos sobresalía el brazo de una muchacha; lo cogí de la muñeca y tiré suavemente; se me escapó de las manos. De pronto percibí ruidos y movimientos a mis espaldas, me giré rápidamente y vi unos objetos animados que avanzaban deslizándose y emitían una especie de gorjeo. Tenían formas extrañas, parcialmente humanas, y me recordaban a los mutantes de los relatos de ciencia ficción. No repararon en mí, ignoraron mi existencia por completo y aceleraron el paso sin acercarse siquiera.

Llegué a un sitio en el que había varios cadáveres. Me detuve a examinarlos por si alguno era el de ella. Me acerqué al que estaba más cerca y lo estudié detenidamente. No era fácilmente reconocible, el esqueleto y lo que quedaba de la carne se habían vuelto fosforescentes. Revisar los otros habría sido una pérdida de tiempo, así que los dejé.

VI

LA dueña de casa me oyó pasar junto a su puerta, la abrió y se asomó frunciendo el ceño. Yo fingí no verla y aceleré el paso; pero la puerta de afuera no se movía, algo la obstruía. Empujé con fuerza, esparciendo la nieve apilada contra ella y haciendo que entrara un viento helado que hizo que algo se agitara a mis espaldas. Se oyó un grito furioso:

—¡Tenga cuidado con lo que hace! —pero lo ignoré.

Una vez fuera, quedé asombrado por la cantidad de nieve que había caído. La ciudad de siempre había sido reemplazada por una muy distinta, blanca y espectral. Las pocas y tenues luces mostraban cómo las formas de las ruinas estaban alteradas por el espeso manto blanco, los detalles de la destrucción ocultos y los contornos tapados y borrosos. Como resultado de la densa nevada, todas las estructuras quedaban privadas de solidez y de localización precisas; volví a experimentar la sensación de que la escena era de nilón y que detrás de éste no había nada. Al principio, en el aire sólo había algunos copos de nieve; luego se produjo una fuerte nevada que, a causa del fuerte viento, caía en línea paralela al suelo. Bajé la cabeza para protegerme de ese viento helado y vi los pequeños copos de nieve, secos y congelados, que se arremolinaban a la altura de mis piernas. La nevada se volvió más espesa e incesante y cubría el aire: me resultaba imposible ver dónde me encontraba. Sólo captaba visiones intermitentes de lo que me rodeaba, que parecía ser vagamente familiar y al mismo tiempo distorsionado e irreal. Mis ideas se volvieron confusas. De un modo peculiar, la irrealidad del mundo exterior parecía una prolongación

de mi perturbado estado mental.

Hice un esfuerzo por ordenar mis ideas y recordé que la muchacha estaba en peligro y debía advertirla de ello. Renuncié al intento de encontrar el café y decidí acudir directamente al magistrado local. Apenas logré distinguir su casa, que se cernía sobre la ciudad como una fortaleza.

Salvo la plaza principal, después del anochecer las calles quedaban desiertas, razón por la cual me sorprendió ver unas cuantas siluetas que trepaban por la empinada colina. Recuerdo que un momento después oí, aunque no presté demasiada atención, algunos comentarios sobre una cena o una celebración pública en la Gran Casa que, evidentemente, tendría lugar esa misma noche. Llegué a la entrada poco después que un grupo de gente al que me alegré de encontrar: sin ellos no habría tenido la seguridad de que ése era el lugar correcto, ya que la nieve hacía que todo pareciera diferente. Dos montecillos, uno a cada lado, podrían haber sido las baterías; pero había otros montículos blancos que no logré reconocer. Un racimo de carámbanos largos y puntiagudos, afilados como espadas, colgaban de un farol de encima de la enorme puerta principal, brillando ferozmente bajo la débil luz. Cuando dejaron entrar a los que iban delante de mí, yo avancé y entré con ellos. Lo más probable era que, aun yendo solo, los guardias me hubieran dejado pasar, pero éste parecía el sistema más fácil.

Nadie notó mi presencia en absoluto. Debería de haber sido reconocido, pero no recibí señales de que alguien lo hiciera y me sentí cada vez más confundido al comprobar que algunos conocidos se me acercaban y pasaban de largo sin mirarme siquiera. Aquel lugar tenebroso ya estaba atestado de gente, el grupo con el que yo había entrado debía de ser uno de los últimos. Si se trataba de una celebración, era muy deprimente. Todos mostraban una expresión severa, como de costumbre; nadie reía y apenas hablaban. Y los que conversaban lo hacían en un tono de voz tan bajo que prácticamente no se oía lo que decían.

Dejé de observar a la gente y pensé cómo iba a llegar hasta la muchacha. El magistrado me había llevado hasta la puerta de su habitación, pero sabía que nunca sería capaz de volver a encontrarla sin la ayuda de un guía. Alguien tendría que ayudarme. Mientras me preguntaba cuál sería la persona más indicada, me

paseé por las distintas habitaciones y fui a parar a una amplia sala abovedada en la que se habían instalado varios caballetes, y sobre éstos se veían jarras y botellas de vino y bebidas alcohólicas colocadas a intervalos entre enormes fuentes con carne y pan. De pie en un rincón oscuro donde nadie me vería, observé a los sirvientes que entraban con más fuentes de comida y las acomodaban en las mesas. A pesar de mi ansia casi febril por ver a la muchacha, en lugar de intentar encontrarla me quedé allí, sin hacer nada en absoluto; tomé conciencia de la extraña especie de fragmentación a que se veían sometidas mis ideas.

Cientos de antorchas llameaban iluminando la gran sala; el banquete había sido organizado para celebrar la victoria. Primero fui con uno de mis ayudantes a echar un vistazo a los prisioneros. Era el privilegio que por tradición le correspondía al comandante, una rutina. Las mujeres se apiñaban detrás de una barrera. Ya se habían apartado de los demás tanto como podían, pero al vernos llegar lograron retroceder aún más, apretándose contra la pared. No me resultaron atractivas. No podía distinguir una de otra; el sufrimiento las volvía a todas iguales. En otras partes de la sala había mucho ruido, pero aquí reinaba el silencio; ni súplicas, ni blasfemias, ni lamentos; simplemente miradas fijas y el rojo parpadeo de la luz de las antorchas sobre miembros y pechos desnudos.

Las antorchas estaban clavadas como manojos de cohetes en los enormes pilares que sostenían el alto techo arqueado. Una joven muchacha se encontraba apoyada contra uno de estos pilares, un poco apartada, y totalmente desnuda si exceptuamos su brillante cabellera. El fin de toda esperanza había serenado su cara blanca. Era poco más que una niña. No nos vio; sólo miraba la intimidad de sus sueños. Brazos como varitas desconchadas, pelo plateado y ondeante… una luna joven entre nubes… Quería quedarme a contemplarla. Pero vinieron para escoltarme hasta su presencia.

Su espléndido sillón de oro estaba tallado con los rostros y las hazañas de héroes antepasados suyos. Su magnífica capa, forrada con piel de marta cebellina y bordada en oro, le cubría las rodillas formando rígidos pliegues escultóricos. Las chispas caían de las antorchas dando vida al blanco glacial de sus manos largas, delgadas e inquietas. Sus ojos emitían un destello azul: un destello

azul que hacía juego con la grandiosa joya que llevaba en la mano. No supe cómo se llamaba esa piedra. Sus manos y sus ojos jamás estaban en reposo, produciendo un constante bombardeo azul. No me dejó moverme de allí, me hizo permanecer de pie a su lado. Dado que yo había ostentado el mando de un ejército glorioso, me concedió una brillante condecoración que yo no quería: ya tenía demasiadas. Le dije que sólo quería a la muchacha. Se oyó un grito de asombro. La gente que lo rodeaba esperaba verme fulminado. Yo permanecí indiferente. Había vivido la mitad de mi vida, había visto cuanto quería. Estaba harto de guerras, harto de servir a este difícil y peligroso jefe que amaba la guerra y la muerte, y nada más. Había algo de demencia en su manera de hacer la guerra. La conquista no era suficiente. Quería una guerra de exterminio en la que quedaran brutalmente muertos todos sus enemigos sin excepción, en la que nadie quedara con vida. Quería matarme a mí. Pero, aunque no podía vivir sin la guerra, era incapaz de planificar una campaña, de tomar una ciudad; era yo quien tenía que hacerlo. Por eso no podía matarme. Quería mis técnicas bélicas y quería verme muerto. Me dedicó una terrible mirada y me obligó a permanecer a su lado; al mismo tiempo, hizo señas a los que estaban a su alrededor para que se acercaran. Ellos formaron un cerrado círculo adulatorio, cuyo único hueco era el punto en el que yo me encontraba. Un hombre menudo se deslizó en el interior, se arrastró por debajo de mis brazos y levantó su cara nariguda de perro feroz preparado para morder, humillándose ante su amo y gruñéndome a mí. El círculo quedó cerrado. Pero aún podía observar el anillo que despedía destellos azules, las gesticulaciones de sus inquietas manos, sus dedos alargados, delgados y blancos, y sus largas y puntiagudas uñas. Los dedos se curvaban hacia dentro de un modo extraño, como los de un estrangulador, la piedra azul quedaba sujeta por el hueso curvado. Se impartieron órdenes, en voz demasiado baja para que yo pudiera oírlas. Un rato antes había elogiado exageradamente mi habilidad y mi coraje, me había prometido grandes recompensas, yo era su invitado de honor. Lo conocía bien y me resultaba fácil imaginar qué tipo de recompensa había ideado para mí. Yo ya tenía la cara preparada.

Seis guardias la trajeron ante él, envuelta en la capa de un soldado. Estos hombres habían aprendido un truco para golpear sin

dejar magullones. Yo nunca lo había aprendido y tampoco vi cómo lo hacían. Hubo una pausa momentánea. Me pregunté si, después de todo, podría haber muestras de generosidad… dadas las circunstancias parecía posible.

Entonces vi que su mano se movía hacia ella, vi los depredadores dedos curvados, el azul resplandeciente. Ella dejó escapar un débil grito ahogado mientras el enorme anillo le sacudía la cabellera: fue la única vez que oí su voz. También oí el apagado ruido metálico de los anillos que rodeaban sus muñecas y sus tobillos cuando cayó violentamente sobre las rodillas de él. Me quedé inmóvil, mirando con rostro inexpresivo. Un tipo frío, duro, loco, asesino… el cuerpo débil de la joven y los ojos soñadores… una pena… un triste…

Había decidido acercarme a uno de los sirvientes que seguía ocupado con las largas mesas. Observé a una joven campesina de expresión asustada, una de las más jóvenes, lenta, torpe y obviamente nueva en ese trabajo. Parecía espantada, oprimida, los demás la atormentaban, la abofeteaban, se mofaban de ella, la llamaban imbécil. Ella lloriqueaba, cometía errores constantemente, vi que varias veces se le caían las cosas de las manos. Cabía la posibilidad de que tuviera un defecto en la vista. Avancé hasta la puerta por la que ella tenía que pasar, la cogí y la arrastré, tapándole la boca con la mano. Afortunadamente, no había nadie. Mientras le decía que no le haría daño, que sólo quería ayudarla, me miró horrorizada, con los ojos enrojecidos por las lágrimas; pestañeaba y temblaba, parecía demasiado estúpida para comprender. Quedaba poco tiempo, en unos minutos vendrían a buscarla, pero no dijo ni una palabra. Le hablé suavemente, razoné con ella, la sacudí, le mostré un manojo de billetes. Ni la más mínima respuesta, ninguna reacción. Aumenté la suma de dinero, le pasé los billetes por la nariz y le expliqué:

—Ésta es tu oportunidad de librarte de la gente que te trata mal. Con esto no tendrás que volver a trabajar en mucho tiempo — finalmente comprendió y estuvo de acuerdo en llevarme hasta la habitación.

Empezamos a caminar, pero ella se movía lentamente y seguía dudando, por lo que me pregunté si realmente conocería el camino. Tenía los nervios de punta, quería golpearla, me resultaba difícil

dominarme. Tuve miedo de que fuera demasiado tarde. Le dije que tenía que hablar con el magistrado, lo cual sería imposible una vez que la fiesta hubiera comenzado. Sentí un gran alivio al oírle decir que él nunca aparecía durante la primera parte de la velada, sino sólo cuando la comida y la bebida se habían terminado, aproximadamente dos horas después. Por fin reconocí el último tramo de escalera. Ella señaló la parte superior, agarró el dinero que yo tenía preparado y se largó por el mismo camino por el que habíamos llegado.

Subí y abrí la puerta. La habitación insonorizada estaba a oscuras, pero por detrás de mí entraba algo de la débil luz del rellano. Vi a la chica tendida en la cama, completamente vestida, con un libro a su lado; se había quedado dormida mientras leía. Pronuncié su nombre quedamente. Se incorporó de golpe; su pelo emitió algunos destellos.

—¿Quién es? —su voz expresaba temor. Me moví y dejé que la tenue luz iluminara mi rostro; me conoció de inmediato y dijo—: ¿Qué haces aquí?

Le respondí:

—Estás en peligro; he venido a buscarte.

—¿Y por qué iba a irme *contigo*? —parecía asombrada—. No hay ninguna diferencia…

En ese momento, ambos oímos un ruido; las pisadas empezaban a subir las escaleras. Di un paso atrás y me quedé inmóvil, conteniendo la respiración. La débil luz de la entrada estaba apagada. Permanecí oculto en las sombras, allí estaba seguro; a menos que ella me delatara.

El hombre la cogió con sus bruscas manos.

—Vístete de prisa para salir. Nos vamos en seguida —le dijo en voz baja y autoritaria.

—¿Nos vamos? —ella le clavó la mirada y lo vio como una sombra negra contra la oscuridad de la habitación. Sus fríos labios murmuraron—: ¿Por qué?

—No hables. Y haz lo que te digo.

Ella se levantó, obediente; la corriente de aire que entraba por la puerta la hacía temblar.

—¿Cómo voy a encontrar algo en esta oscuridad? ¿No podemos

encender una luz?

—No. Alguien podría vernos —encendió brevemente la linterna y vio que ella cogía un cepillo y empezaba a pasárselo por el pelo; se lo arrebató violentamente—: ¡Deja eso! Ponte el abrigo… ¡rápido! —la impaciencia y la irritabilidad de él hacían que ella se moviera con mayor lentitud y torpeza. Buscando a tientas en la habitación a oscuras, encontró el abrigo pero no logró ponérselo porque lo había cogido al revés. Furioso, él lo cogió, le dio vuelta y le metió los brazos violentamente dentro de las mangas—. ¡Y ahora vámonos! No hagas el más mínimo ruido. Nadie debe saber que nos vamos.

—¿A dónde vamos? ¿Por qué tenemos que marcharnos a estas horas de la noche?

Ella no esperaba respuesta, incluso dudó de si había oído bien cuando él murmuró:

—Es la única oportunidad —y agregó algo acerca del hielo que se acercaba.

Entonces la cogió del brazo y la empujó por el rellano hasta la escalera. El haz de luz de la linterna cortaba intermitentemente la oscuridad mostrando la sombra de él, amenazadora y represiva, a la que ella seguía como una sonámbula a través de todas las ramificaciones del inmenso edificio y hasta la gélida noche cubierta de nieve.

Aunque la nevada era abundante, en el coche negro no había ni uno solo copo: acababan de limpiarlo; sin embargo, ellos no se cruzaron con nadie, ni había nadie a la vista. Ella subió al coche tiritando y permaneció en silencio mientras él daba un rápido repaso a las cadenas. Los rectángulos amarillos de las ventanas manchaban la blancura del paisaje. Al pasar junto a la luz, la nieve se transformaba en lluvia dorada. El confuso ruido de voces y platos que entrechocaban, proveniente del comedor, ahogó el sonido que produjo el coche al arrancar, e impulsó a la muchacha a preguntar:

—¿Y qué pasa con toda esa gente que te está esperando? ¿No vas a ir a verlos?

A causa de la gran tensión nerviosa, y exasperado por la pregunta, él levantó una mano del volante en gesto amenazador:

—¡Te dije que no hablaras! —el tono de su voz era espantoso,

sus ojos destellaron en el oscuro interior del coche. Ella se apartó para evitar el golpe pero no logró ponerse fuera de su alcance; se encogió, levantó un brazo para protegerse y no dijo una palabra cuando el golpe le azotó el hombro y la aplastó contra la puerta; a partir de ese momento se quedó acurrucada y en silencio, intentando evitar la rabia muda del hombre.

Afuera, reinaba un silencio amortiguado por la nieve; dentro del coche, todo era silencio. Él conducía sin luces, sus ojos gatunos eran capaces de ver en la nevada oscuridad. Un coche fantasma, invisible, silencioso, que huía de la ciudad en ruinas. Las antiguas fortificaciones cubiertas de nieve quedaban atrás, fundiéndose en la nieve, y más atrás el muro derrumbado. Delante se perfilaba el negro muro viviente del bosque, una blancura espectral cuyas copas echaban humo, como el rocío salpicado desde la cresta de una ola. Ella esperó a que la negra masa se estrellara contra ellos, pero no hubo ninguna caída, afuera sólo el silencio de la nieve y el bosque, en el coche el silencio de él, la aprensión de ella. Él no hablaba, ni la miraba, conducía el poderoso coche temerariamente por el camino helado y desigual, lanzándolo a toda velocidad sobre cualquier obstáculo,
como si lo condujera con su voluntad. Los violentos bandazos del coche hacían saltar a la chica; no era lo suficientemente pesada para permanecer quieta en el asiento. Lanzada contra él y obligada a tocarle el abrigo, se apartó haciendo una mueca de dolor, como si la tela la hubiera quemado. Él no se dio cuenta. Ella se sintió olvidada, abandonada.

A ella le resultaba increíble esta fuga interminable. El bosque no se acababa nunca. El silencio persistía. Dejó de nevar, pero el frío continuaba, incluso aumentaba, como si una helada exudación de los árboles negros se congelara debajo de ellos. Durante horas y horas pasaron ante la tenue y vacilante luz del día que se filtraba a través del techo formado por las ramas, revelando tan sólo las tenebrosas masas de abetos, árboles vivos y muertos enmarañados unos con otros, a menudo un pájaro muerto cogido entre las ramas, como si el árbol lo hubiera cogido deliberadamente. Ella se estremeció, identificándose, como una víctima, con el pájaro muerto. Era ella quien había sido cazada entre las redes de las negras ramas. Ejércitos de árboles la rodearon por todos lados,

marchando en todas las direcciones hacia la infinidad. La nieve volvió a pasar junto a la ventanilla, agitando banderas blancas. Era ella quien mucho tiempo atrás se había rendido. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo. El coche daba saltos en el aire, ella era dolorosamente lanzada sobre su hombro magullado e intentaba inútilmente protegerlo con la otra mano.

El hombre condujo brutalmente durante todo el día. A ella le pareció que nunca había conocido nada más que este espantoso viaje en la débil penumbra; el silencio, el frío, la nieve, la arrogante figura junto a ella. Los ojos de él, fríos como los de una estatua, eran los ojos de Mercurio, frígidos, hipnotizadores y amenazantes. Deseó odiarlo. Habría resultado más fácil. Los árboles empezaban a ralear, se veía un poco más de cielo y con éste los últimos rayos de la luz que se desvanecía. Súbitamente, quedó sorprendida al ver dos cabañas de troncos con una puerta en medio, que bloqueaban la carretera. No podrían pasar, a menos que se abriera la puerta. Vio que corría hacia ellos, reforzada con alambre de púas y metal. El coche estalló con un tremendo estrépito de destrozos, rasgaduras y desgarrones, y un frenético chirrido metálico. Ella fue golpeada por una lluvia de cristales rotos y se agachó instintivamente mientras una larga, afilada y puntiaguda astilla cortaba el aire por encima de su cabeza y el coche se sacudía desesperadamente sobre dos ruedas antes de volcar. Entonces, en el último momento, como por un milagro de habilidad o de fuerza o de mera voluntad, el conductor volvió a colocarlo sobre su eje y siguió conduciendo como si nada hubiera sucedido.

Detrás de ellos estalló un griterío. Se oyeron algunos disparos que no dieron en el blanco. Ella echó un vistazo hacia atrás y vio varios uniformes que corrían; la agitación cesó, tapada por los árboles negros. A este lado de la frontera, la carretera estaba en mejores condiciones y el coche avanzó más rápida y suavemente. Ella cambió de posición, apartándose de la corriente de vapor helado que entraba por la ventanilla rota, y se sacudió los trocitos de cristales de la falda. Tenía sangre en las muñecas, las dos manos cortadas y llenas de sangre; se las miró, lejanamente sorprendida.

Corrí por la escalera y por los pasillos. Al ver la puerta principal me oculté en las sombras y observé a los hombres que la custodiaban. Los ruidos de la fiesta, cada vez más animada,

llegaban desde el comedor, donde evidentemente la bebida corría a raudales.

Alguien les gritó a los guardias que estaban en el frío pasillo. Los hombres a los que yo observaba juntaron las cabezas, y abandonaron su puesto pasando cerca de mí mientras iban a unirse a los demás. Sin ser visto por nadie, me deslicé por la puerta que supuestamente ellos custodiaban.

Nevaba intensamente. Apenas pude distinguir las ruinas más cercanas, blancas e inmóviles sombras al otro lado de la tela blanca en constante movimiento. Los copos de nieve se volvían amarillos como enjambres de abejas al pasar junto a las ventanas iluminadas. Ante mí se abría una amplia extensión de nieve, y un hueco marcaba el lugar en el que había estado aparcado el coche del magistrado. Me di cuenta de que los montículos blancos debían de ser otros coches, probablemente pertenecientes a esta casa, y me abrí paso hacia ellos entre la espesa nieve. Intenté abrir la puerta del primero, pero estaba cerrada con llave. El vehículo estaba totalmente enterrado en la nieve, que se había amontonado en las ruedas y en el parabrisas. Cuando abrí la puerta, me cayó toda la nieve encima y me llenó la manga mientras intentaba limpiar el cristal. Pensé que el arranque no funcionaría, pero finalmente el coche empezó a moverse lentamente hacia delante. Aceleré sólo lo suficiente para que los neumáticos se aferraran al suelo y seguí las huellas apenas visibles del coche del magistrado, que empezaban a quedar borradas por la nieve fresca. Al otro lado del muro estaban prácticamente desdibujadas. Las perdí por completo en el límite del bosque y conduje a ciegas hasta chocar con un árbol al que le arranqué parte de la corteza. El coche se detuvo y se negó a moverse. Las ruedas giraban sobre sí mismas, agitando la nieve inútilmente. Cuando bajé, me cayó encima un montón de nieve de las ramas. En dos segundos mis ropas quedaron endurecidas por la torrencial nevada. Arranqué algunas ramas de abeto, las puse junto a las ruedas, volví a subir al coche y puse en marcha el motor. No sirvió de nada; las ruedas no se agarraban al suelo y seguían girando y silbando. Me estaba deslizando de costado, de modo que apreté el freno y salté sobre un montón de nieve.

quedando hundido hasta las axilas. Mientras me movía, la nieve seguía cayéndome encima, escurriéndose por mi cuello, mi camisa,

e incluso sentí la nieve en mi ombligo; seguir luchando era agotador. Después de arrancar algunas ramas más y apilarlas debajo del coche sin el más mínimo resultado, comprendí que estaba derrotado y que tendría que renunciar. Las condiciones climáticas eran insoportables. De algún modo logré poner el coche en marcha y volví lentamente a la ciudad. Dadas las circunstancias, era lo único que podía hacer.

En cuanto llegué al muro, el coche empezó otra vez a patinar, y esta vez no pude dominarlo. De pronto vi que las ruedas delanteras estaban deshaciendo el borde de un hoyo producido por una bomba; un segundo más y habría sido hombre muerto: el desnivel tenía varios metros. Seguí apretando el freno y el coche patinó, describió un círculo completo antes de que yo bajara de un salto, y el morro se hundió, desapareciendo bajo la nieve.

Estaba congelado, muy cansado y temblaba tanto que apenas podía caminar. Afortunadamente, mi alojamiento no se encontraba lejos. Me arrastré y me tambaleé hasta allí y me acurruqué delante de la estufa tal como estaba, cubierto de nieve congelada; me castañeteaban los dientes. Temblaba tan violentamente que no podía desabrocharme el abrigo, la única forma fue sacármelo lentamente y por etapas. Con la misma dificultad y mediante un prolongado y doloroso esfuerzo, finalmente me libré del resto de mi ropa congelada y logré penosamente ponerme la bata. Fue entonces cuando vi el telegrama: rompí el sobre y lo abrí.

Mi informante me anunciaba que la crisis se produciría pocos días después. Todos los servicios aéreos y marítimos habían dejado de funcionar, pero se habían tomado medidas para recogerme con un helicóptero a la mañana siguiente. Con el fino papel aún en la mano, me acurruqué dentro de la cama y seguí temblando debajo de una pila de mantas. El magistrado debía de haber recibido la noticia a primera hora del día. Había huido para salvar su propio pellejo, abandonando a la gente a su suerte. Por supuesto, semejante conducta era altamente reprobable, escandalosa, pero yo no lo condenaba. No sabía si en su lugar habría actuado de otro modo. Él no podría haber hecho nada para salvar al país. Si hubiera revelado lo crítico de la situación, habría cundido el pánico, las carreteras habrían quedado bloqueadas y nadie habría podido escapar. En cualquier caso, a juzgar por lo que yo acababa de

experimentar, sus posibilidades de alcanzar la frontera eran absolutamente remotas.

VII

EL helicóptero me dejó en un puerto alejado, justo antes de que el barco zarpara. Yo padecía de una especie de fiebre, temblaba, tenía dolores y me encontraba en un estado de apatía. Me senté en la parte posterior del coche que me trasladó a toda velocidad hasta el muelle, y ni siquiera miré hacia fuera; cuando embarqué estaba aturdido. El barco empezó a moverse en el momento en que yo subía por la pasarela con la intención de ir directamente a mi camarote. Pero la escena me llamó la atención y me impresionó enormemente; me detuve a observar. Junto a mí se deslizaba un puerto iluminado por el sol, una ciudad en plena actividad; vi calles amplias, personas bien vestidas, edificios modernos, coches, y embarcaciones en las aguas azules. Ni nieve, ni ruinas, ni guardias armados. Era un milagro, la escena recurrente de un sueño. Luego otra conmoción, la sensación de un despertar violento, como si cayera en la cuenta de que ésta era la realidad, y todo lo demás un sueño. De pronto, todo lo que había vivido últimamente parecía irreal: simplemente ya no parecía plausible. Sentí un enorme alivio, fue como salir a la luz desde un largo y frío túnel negro. Quería olvidar lo que había estado ocurriendo, olvidar a la chica y la absurda y frustrante persecución que había emprendido, y pensar sólo en el futuro.

Más tarde, cuando la fiebre desapareció, mis sentimientos seguían siendo los mismos. Agradecido al hecho de haber escapado del pasado, decidí ir a las Indris, hacer de esa isla tropical mi hogar, y de los lémures el trabajo de mi vida. Dedicaría el resto del tiempo a estudiarlos, a escribir su historia y a grabar sus extrañas

canciones. Por lo que sabía, nadie más lo había hecho. Parecía un proyecto satisfactorio, un objetivo que valía la pena.

En la tienda del barco compré una libreta grande y un surtido de bolígrafos. Estaba preparado para planificar mi trabajo. Pero no podía concentrarme. Después de todo, no había huido del pasado. Mis pensamientos volvían a centrarse en la muchacha; era increíble que hubiera deseado olvidarla. Semejante olvido habría sido monstruoso, imposible. Ella era como una parte de mí, no podía vivir sin ella. Pero ahora quería ir a las Indris, y ahí estaba el conflicto. Ella me lo impedía reteniéndome con sus delgados brazos.

Intenté dejar de pensar en ella y fijar mi mente en aquellas inocentes y amables criaturas y en su canto dulce y misterioso. Pero ella me distraía insistentemente con pensamientos nada inocentes. Su rostro me perseguía: el movimiento de sus largas pestañas, su tímida y encantadora sonrisa; y luego un cambio de expresión que yo podía producir según mi voluntad, un cambio repentino, una expresión herida, un rápido cambio al terror, a las lágrimas. El poder de la tentación me alarmó. El brazo negro y descendente del ejecutor; mis manos cogiendo sus muñecas… Tuve miedo de que el sueño pudiera convertirse en realidad… Había en ella algo que pedía persecución y terror, y así corrompía mis sueños conduciéndome a oscuros rincones que no deseaba explorar. Ya no sabía cuál de los dos era la víctima. Tal vez éramos víctimas el uno del otro.

Sentí una preocupación desesperante cuando pensé en la situación que dejaba a mis espaldas. Vagabundeé por las cubiertas, preguntándome qué había ocurrido, si el magistrado había logrado huir, si ella estaba con él. A bordo del barco no se recibía ninguna noticia. Lo único que podía hacer era esperar, con gran ansia e impaciencia, a llegar a algún puerto en el que pudiera desembarcar y obtener alguna información. Por fin llegó el día. El camarero me había planchado el traje. Me lo trajo con una flor en el ojal, un clavel rojo que no sé cómo había conseguido. Su color vivo hacía un bonito contraste con la tela gris.

En el momento en que me disponía a salir del camarote, llamaron perentoriamente a la puerta y un policía vestido con traje de paisano entró sin esperar mi respuesta. No se quitó la gorra,

pero se abrió la chaqueta para mostrarme la insignia oficial y la pistola dentro de la pistolera. Le entregué mi pasaporte. Pasó rápidamente las páginas con gesto despectivo, me miró de arriba abajo de un modo descarado y observó el clavel rojo con expresión severa y con especial desaprobación. Evidentemente, mi aspecto confirmaba el mal concepto que ya se había formado de mí. Le pregunté qué quería y, en lugar de una respuesta, recibí un insultante silencio: no volví a preguntárselo. Sacó unas esposas y las balanceó delante de mí. No dije nada. Cuando se cansó del tintineo las guardó y comentó que, por respeto a mi país, no las usaría. Se me permitía abandonar el barco con él. Pero sería mejor que no se me ocurriera nada raro.

Brillaba el sol y todos los pasajeros desembarcaban. Según lo convenido, me quedé junto a él. No estaba preocupado. Este tipo de cosas ocurría. Supuse que era requerido para un interrogatorio, y me pregunté qué me preguntarían y cómo habrían conseguido mi nombre. En una calle lateral, apartada del muelle, nos esperaban unos policías uniformados. Me ordenaron que subiera a un coche blindado con ventanillas de cristales negros. Luego de un corto recorrido, nos detuvimos frente a un enorme edificio municipal, en una tranquila plaza. Los pájaros cantaban. Después de tantos días en el mar, lo noté en seguida.

Los pocos transeúntes que se veían no nos prestaron atención. Pero una muchacha que se encontraba en la esquina, a pocos metros de distancia, mostró cierto interés, a juzgar por las repetidas miradas que me dedicó. Vi que vendía flores: junquillos, lirios, tulipanes silvestres y, entre ellas, un ramillete de claveles rojos, iguales al que yo llevaba. Las figuras armadas formaron filas a mi alrededor y me llevaron dentro del edificio y luego por un largo pasillo.

—Dese prisa —una poderosa mano me cogió del codo y me hizo subir algunos escalones. Arriba había unas puertas dobles que daban a una sala en la que se encontraban varias personas sentadas en fila, como en un teatro, y un juez sentado frente a ellas—. ¡Entre! —varias manos bruscas me empujaron y me metieron en una especie de banco de iglesia—. ¡Alto! —a izquierda y derecha, los pies golpearon el suelo violentamente y yo miré a mi alrededor, desconcertado por la situación. Un cielorraso alto, ventanas

cerradas, ni sol ni pájaros cantores, a mi izquierda y a mi derecha hombres armados, por todas partes rostros de mirada fija. La gente susurraba o se aclaraba la garganta. El jurado parecía cansado o aburrido. Alguien leyó mi nombre y mis datos personales, todo perfectamente correcto. Los confirmé y presté juramento.

El asunto era que una chica había desaparecido, supuestamente secuestrada, probablemente asesinada. Se había sospechado de una persona muy conocida, la habían interrogado y había acusado a alguien a quien era imposible encontrar. Se mencionó el nombre de la chica. Me preguntaron si la conocía. Respondí que hacía muchos años que la conocía.

—¿Tenía relaciones íntimas con ella?

—Éramos viejos amigos.

Estalló una carcajada general. Alguien preguntó:

—¿Cuál era su relación con ella?

—Ya se lo he dicho; éramos viejos amigos.

Se oyó otra carcajada, que un funcionario se ocupó de silenciar.

—¿Y espera que creamos que cambió sus planes repentinamente y dejó todo lo que estaba haciendo para seguir a una amiga hasta el extranjero? —parecían saberlo todo acerca de mí.

Repuse:

—Es la verdad.

Me senté en la cama a fumar y a observar su rostro en el espejo mientras ella se cepillaba el pelo, el suave resplandor de la reluciente masa de pelo, una cascada plateada sobre sus hombros. Ella se inclinó hacia delante y se miró, el espejo reflejaba el comienzo de sus menudos pechos. Los vi moverse a medida que respiraba, me acerqué y me quedé a su lado, la rodeé con mis brazos y los cubrí con mis manos. Ella se apartó de mí. No quise ver su expresión asustada y le tiré el humo en la cara. Ella siguió resistiéndose, y sentí el impulso de hacer ciertas cosas con el cigarrillo encendido, lo tiré al suelo y lo aplasté con el pie. Entonces la atraje hacia mí. Ella luchó y gritó:

—¡No! ¡Déjame en paz! ¡Te odio! Eres cruel y falso… traicionas a la gente, rompes tus promesas…

Yo estaba impaciente; la solté y fui a cerrar la puerta con llave. Antes de llegar a ella, oí un ruido y me giré. Ella sostenía un

enorme frasco de agua de colonia por encima de su cabeza, con la intención de arrojármelo. Le dije que lo soltara; no me hizo caso, así que me acerqué y se lo arrebaté de las manos. Ella no era lo suficientemente fuerte para pelear. Sus músculos no tenían más fuerza que los de una criatura.

Mientras se vestía, seguí sentado en la cama. No nos hablamos. Ya estaba lista, abrochándose el abrigo, cuando de pronto la puerta se abrió: en mi impaciencia había olvidado cerrarla con llave. Entró un hombre. Me levanté de un salto para echarlo, pero pasó junto a mí como si yo fuera invisible o no estuviera.

Era un hombre alto, atlético, de aspecto arrogante, con un aire de seguridad casi paranoico. Sus ojos, azules y muy brillantes, lanzaron una peligrosa señal y aparentemente no me vio. La chica quedó petrificada, no hizo absolutamente nada. Yo tampoco hice nada, simplemente me dediqué a observar. Era impropio de mí; pero el hombre había entrado con un revólver, con un propósito determinado, y era imposible evitar que lo cumpliera. Me pregunté si nos dispararía a ambos, y en ese caso a cuál de los dos primero, o si sólo a uno de los dos, y a cuál. Estas cuestiones me parecían interesantes.

Era evidente que él la consideraba de su propiedad. Yo consideraba que me pertenecía a mí. Entre ambos, ella quedaba reducida a la nada; su única función podría haber sido la de unirnos. El rostro de él tenía la expresión de arrogancia absoluta que siempre me había repugnado. Sin embargo, súbitamente sentí una indescriptible afinidad con él, una especie de contacto sanguíneo que me perturbaba, de modo que empecé a preguntarme si *éramos* dos…

Me preguntaron:

—¿Qué ocurrió cuando encontró a su amiga?

—No nos encontramos.

Estalló la gran excitación contenida y un funcionario tuvo que poner orden. La voz que sonó a continuación parecía la de un actor, educada para la declamación.

—Deseo manifestar que el testigo es un psicópata, probablemente esquizoide, y por lo tanto no se le puede creer.

Alguien se opuso:

—Presente la confirmación de un psiquiatra.

La teatral voz continuó:

—Repito, con todo el énfasis posible, que es sabido que este hombre es un psicópata y una persona totalmente inestable. Estamos investigando un crimen atroz cometido contra una joven pura e inocente; les ruego que observen su anormal insensibilidad, su expresión indiferente. ¡Qué cinismo presentarse aquí con esa flor en el ojal! ¡Qué arrogantemente exhibe su absoluto desprecio por la santidad de la vida familiar, por todos los sentimientos decentes! Su actitud no solamente es anormal sino depravada, infame, una profanación de todo lo que consideramos sagrado…

En algún lugar de la habitación que yo no alcanzaba a ver, sonó una campana. Una voz altanera e imparcial afirmó:

—Un psicópata no es un testigo válido.

Me sacaron de allí y me encerraron en una celda durante diecisiete horas. Por la mañana temprano me soltaron sin darme ninguna explicación. Entretanto, el barco había zarpado llevándose mi equipaje. Quedé desamparado, sin más ropa que la que llevaba puesta. Afortunadamente, no había sido privado de mi pasaporte ni de mi cartera, y tenía mucho dinero.

Me afeité, me limpié y me arreglé, y me miré atentamente al espejo. Necesitaba una camisa limpia, pero las tiendas aún no estaban abiertas; compraría una más tarde y me la cambiaría. De momento, mi aspecto era aceptable, o lo sería cuando me hubiera despojado del clavel marchito. Al salir de la barbería tuve la intención de tirarlo en la cuneta, pero un chico que estaba en la puerta se ofreció a limpiarme los zapatos; mientras lo hacía le pregunté cuál era el mejor café. Me señaló uno que estaba más adelante, en la misma calle. Me acerqué, me gustó su aspecto y me senté en una de las mesas de afuera, al sol. A esa hora el lugar estaba desierto. El único camarero que atendía me trajo una bandeja con café y panecillos y volvió al interior oscuro, dejándome solo. Bebí el café y me pregunté qué haría; mientras tanto observaba a los transeúntes, que a esa hora de la mañana no eran muchos.

Pasó una muchacha con un cesto con flores, lo cual me recordó que, finalmente, no me había deshecho del clavel. Intenté quitármelo del ojal, pero el camarero había sujetado el tallo muy firmemente. Me di vuelta la solapa, bajé la mirada y busqué el

alfiler. Alguien dijo:

—Permítame que yo lo haga.

Levanté la mirada; la florista me dedicó una sonrisa. Me pareció haber visto su rostro en alguna parte, sentí que ya la conocía y que me gustaba. Luego de quitar hábilmente el clavel, se dispuso a reemplazarlo por uno exactamente igual de su cesto. Estaba a punto de decirle que no lo quería, cuando se me ocurrió algo y guardé silencio. Me puso la flor fresca en el ojal y se quedó de pie junto a mí, pero no como si simplemente esperara a que le pagara. Parecía que mi idea era acertada, pero no dije nada por si estaba equivocado. Supe que estaba en lo cierto cuando me preguntó:

—¿Quiere que haga alguna otra cosa?

Eché un vistazo a mi alrededor. Las otras mesas seguían vacías y la gente que estaba en la calle se encontraba fuera del alcance del oído. Ella había dejado su cesto sobre una silla; fingí examinar las flores, cogiendo un ramillete tras otro. Para cualquiera que mirara, incluso con unos gemelos, daríamos la sensación de estar realizando una transacción normal. Le dije:

—Ya lo creo —aunque me pregunté si ella… Pero tenía que averiguar sin demora lo que había estado ocurriendo en el mundo —. He estado en el mar, aislado. Hay un montón de cosas que puedes contarme.

Le hice preguntas prudentes, intentando no revelar hasta qué punto ignoraba los últimos acontecimientos. Parecía que la situación en mi país era confusa y alarmante, no llegaba ninguna información precisa, aún no se conocía la auténtica magnitud del desastre. El magistrado de un país del norte se había escapado al interior y había unido sus fuerzas a uno de los diversos jefes militares, entre los que se habían roto las hostilidades.

Seguí interrogándola. Ella siempre se mostraba amable y cordial, e intentaba ser servicial. Pero sus respuestas eran cada vez más vagas, parecía tener miedo a comprometerse. Cuando una o dos personas se acercaron al café y se sentaron cerca de nosotros, ella dijo en un susurro:

—Tendrá que hablar de estas cuestiones con alguien de más alto nivel. ¿Quiere que yo me ocupe?

Accedí de inmediato, aunque era más bien escéptico con respecto a su poder para hacerlo. Me dijo que esperara, cogió su

cesto y se precipitó calle abajo, casi corriendo. Pensé que probablemente no volvería a verla, pero pedí más café y esperé: no tenía otra cosa que hacer. Hasta cierto punto, las noticias que me había dado sobre la huida del magistrado me habían aliviado; parecía probable, aunque en absoluto seguro, que se hubiera llevado a la chica consigo. Los minutos pasaban. Ahora se veían montones de personas. Contemplé la calle esperando el regreso de mi informante. En el mismo momento en que había decidido que no volvería, la vi correr hacia mí entre los transeúntes. Cuando se acercó a mi mesa, dijo en voz alta:

—Aquí están las violetas que quería. Tuve que ir hasta el mercado de flores para conseguirlas. Me parece que son bastante caras.

Se había quedado sin aliento, pero hizo que su voz sonara clara y vivaz de cara a la gente que nos rodeaba. Comprendí que no tendría sentido intentar convencerla de que se quedara, y le pregunté:

—¿Cuánto?

Mencionó una suma y le entregué el dinero. Me dio las gracias con una encantadora sonrisa, salió como una flecha y desapareció entre la multitud.

Los tallos de las violetas estaban envueltos en un papel escrito. En él se me comunicaba dónde encontrar al hombre que podía ayudarme. El mensaje debía ser destruido inmediatamente. Compré una bolsa de lona con asas y tiras de cuero para guardar algunas cosas de primera necesidad, y me registré en un hotel. Después de bañarme y cambiarme, me dirigí a la oficina del hombre mencionado en el papel, que me recibió en seguida. Él también llevaba un clavel rojo. Tendría que tener cuidado.

Fui directamente al grano, no tenía sentido andar con rodeos. Mencioné la ciudad desde la que operaba el magistrado y pregunté si me resultaría posible llegar hasta allí.

—No. Las luchas continúan en la zona y se producen ataques nocturnos sobre la ciudad. No se permite la entrada de extranjeros.

—¿No hay excepciones?

Sacudió la cabeza.

—De todos modos, no hay transporte,

Después de todas estas negativas, sólo pude decir:

—¿Entonces me aconseja que desista de la idea?

—Oficialmente, sí —me miró con malicia—. Pero no necesariamente —su expresión se volvió más alentadora—. Existe la posibilidad remota de que yo pueda ayudarle. De todos modos, veré lo que se puede hacer. Pero no cuente con ello. Probablemente pasen unos cuantos días antes de que pueda darle una respuesta.

Le di las gracias. Nos pusimos de pie y nos dimos la mano. Prometió avisarme en cuanto tuviera alguna novedad.

Me sentía aburrido e intranquilo. No tenía nada que hacer. Superficialmente, la vida de la ciudad parecía normal, pero en el fondo iba gradualmente hacia un estancamiento. Las noticias que llegaban del norte eran escasas, confusas y espantosas. Comprendí que la destrucción debía de haber alcanzado una magnitud gigantesca. Poca cosa habría subsistido. Los locutores locales se mostraban alegremente tranquilizadores. Ésa era la política oficial: debía mantenerse en calma a la población. Pero estos hombres realmente parecían creer que su país se libraría del cataclismo. Yo sabía que ningún país estaba a salvo, no importaba cuán apartado estuviera de la devastación presente, porque ésta se propagaría cada vez más y terminaría por cubrir todo el planeta. Entretanto, el malestar universal era inevitable. Era el peor signo posible de que la guerra ya había empezado, aunque en menor escala. El hecho de que los gobiernos más responsables estaban haciendo todo lo posible por pacificar a las partes beligerantes sólo acentuaba la naturaleza explosiva de la situación, y la siniestra amenaza de guerra total aumentaba la presente catástrofe. Mi angustia con respecto a la muchacha —que había disminuido ligeramente— volvió a aumentar. No había ganado nada huyendo de la destrucción de un país a otro que estaba a punto de participar en una guerra a gran escala. Traté de creer que el magistrado la había puesto a salvo, pero sabía demasiadas cosas sobre él como para estar seguro. Me resultaba absolutamente imprescindible ver a ese hombre; de lo contrario, jamás descubriría lo que le había ocurrido a ella. Pasé la tarde en diferentes bares, escuchando las conversaciones. Su nombre era mencionado a menudo, a veces como el de alguien que había traicionado a su propio pueblo, y más frecuentemente como el de una influencia nueva, poderosa y

desconocida en la cuestión de la guerra, una figura significativa, un hombre al cual observar.

Lo primero que oí por la mañana fue el teléfono de mi habitación: alguien quería verme. Respondí que la persona podía subir, y abrigué la esperanza de que se tratara de un mensaje del funcionario.

—Hola —la florista entró, sonriente y despreocupada. Notó mi asombro—. ¿Ya me ha olvidado? —le respondí que no esperaba verla aquí. Entonces la sorprendida fue *ella*—. Pero ya sabe que traerle la flor todas las mañanas forma parte de mi trabajo.

Me quedé quieto mientras me ponía el clavel. Era terriblemente fácil demostrar mi ignorancia con respecto a la organización a la que ella pertenecía. Sentía curiosidad, pero tenía miedo de delatarme. Se me ocurrió que si pasaba más tiempo con ella, podría obtener más información sin necesidad de hacer preguntas. Además, ella era joven y atractiva, me gustaba su modo de ser natural y práctico. Aliviaría mi aburrimiento.

La invité a cenar esa noche. Su actitud fue encantadora, y actuó con su habitual estilo simpático y sincero. Más tarde fuimos a dos clubs nocturnos a bailar. Era una compañera deliciosa, parecía serena y hablaba con franqueza, pero no me dijo nada que yo no supiera. La llevé al hotel conmigo; cuando entramos, el portero miró para otro lado. Yo estaba un poco borracho. Su amplia falda cayó sobre el suelo de mi habitación formando un círculo perfecto. Por la mañana muy temprano, mientras yo todavía dormía, ella se marchó al mercado de flores; a la hora del desayuno estaba de vuelta con un clavel fresco; tenía los ojos brillantes, estaba alegre y llena de vida, más atractiva que por la noche. Quise que se quedara conmigo, amarrarme al presente a través de ella. Pero me explicó:

—No, ahora debo irme, tengo que trabajar —me sonrió amistosamente y prometió ir a bailar conmigo esa noche. Nunca más volví a verla.

Mientras leía los periódicos, el funcionario me mandó llamar. Me dirigí a toda prisa a su despacho. Él me recibió con expresión misteriosa y conspiradora.

—He logrado arreglar ese asunto suyo. Resultará fácil —sonrió abiertamente, contento consigo mismo, encantado de mostrarme cómo podía transformar los acontecimientos. Yo estaba sorprendido

y excitado.

Prosiguió—: Da la casualidad de que hoy sale un camión con importantes recambios para el nuevo transmisor que se instalará en nuestro lado de la frontera. Está bastante cerca de la ciudad a la que usted quiere ir. Lo he contratado como asesor extranjero. En el camino podrá hacer su trabajo. Está todo aquí —me entregó una gruesa carpeta llena de papeles y encima de ésta un permiso de viaje, y me dijo que me presentara media hora después en la oficina central de correos.

Le di las gracias efusivamente. Me palmeó el brazo.

—No tiene importancia. Me alegro de poder serle útil —apartó la mano y me tocó la flor del ojal, lo cual me asustó. ¿Sospechaba algo? Si bien yo no había descubierto nada más acerca de su organización, ahora al menos sabía que tenía un poder considerable. Me sentí aliviado cuando me sonrió y dijo—: Vuelva de prisa y recoja sus cosas. Bajo ningún concepto debe llegar tarde. El conductor tiene orden de salir puntualmente y no esperará a nadie.

La habitación se había ido oscureciendo y repentinamente se había desencadenado una tormenta. Mientras él movía la mano para encender la luz, se produjo un lívido destello y un estrépito, las gotas de lluvia golpearon la ventana y alguien vestido con el largo abrigo de un uniforme entró y le indicó con un gesto que no tocara el interruptor. Yo sólo pude distinguir a un hombre grande y corpulento cuya maciza silueta me resultó vagamente familiar. Se quedó en el otro extremo de la habitación, hablando con el funcionario en tono bajo, mientras yo trataba infructuosamente de escuchar la acalorada discusión; por las miradas que ambos me dirigían, comprendí que yo era el sujeto de la conversación. Era obvio que me estaban denigrando. Aunque el rostro del recién llegado no se veía claramente, entre un trueno y otro logré oír el tono acusador de su voz, pero no pude captar las palabras. Pareció tener éxito en la tarea de desacreditarme ante el otro hombre, que permanecía junto a la luz y daba muestras de inquietud y desconfianza.

Yo también empezaba a sentirme inquieto. Si él se volvía contra mí, mi situación sería de lo más desagradable. No sólo perdería toda esperanza de llegar al magistrado, sino que quedaría de

manifiesto que había hecho uso fraudulento del clavel rojo. Corría el serio peligro de que volvieran a arrestarme y encerrarme en la cárcel.

Miré el reloj. Habían transcurrido varios minutos de la media hora y, sintiendo que debía abandonar la habitación rápidamente, hice un discreto movimiento hacia la puerta, abriéndola a mis espaldas.

Un aterrador destello hendió el aire, produciendo un súbito frenesí de movimientos, los pliegues del abrigo se agitaron y su portador me apuntó con un arma. Mientras levantaba las manos, él se giró un poco para decir —elevando la voz por encima de los truenos— al hombre con el que había estado hablando:

—¿Qué te dije?

Su momentánea distracción me dio tiempo para lanzarme contra sus piernas en un placaje que había aprendido en la escuela, mientras el disparo pasaba por encima de mi cabeza. No logré derribarlo pues me lo impidió la largura de su abrigo, pero sí hacerle perder el equilibrio. Antes de que pudiera volver a apuntarme, yo le había quitado el revólver de la mano y lo había arrojado al otro lado de la habitación. Él vino directamente hacia mí, lanzó todo su peso contra mí en un violento ataque, golpeándome fuertemente con ambos puños. Era mucho más pesado que yo, y estuve a punto de caer. Me salvó la puerta; me aferré a ella y en ese momento oí unos pasos que se acercaban por el pasillo. Mi contrincante volvió a atacarme furiosamente, mientras le gritaba al funcionario que recogiera el arma. Una vez que la cogiera, yo estaría perdido. Desesperado, lo empujé contra la puerta, lo pateé con todas mis fuerzas y, antes de dar media vuelta, tuve la satisfacción de ver cómo se doblaba. Dos nuevas figuras se interpusieron en mi camino. No los miré, simplemente los aparté, uno tras otro: uno de ellos cayó lanzando un grito e hizo crujir la puerta al desplomarse contra ella. Nadie más intentó detenerme; sin volver la vista atrás, me precipité pasillo abajo hasta salir del edificio. Gracias a los truenos, el disparo sólo se habría oído en el despacho contiguo.

La tormenta seguía ayudándome. Afuera nadie reparó en mí, todos se habían puesto a cubierto de la lluvia torrencial. Las calles estaban inundadas; quedé empapado en un segundo y seguí

corriendo lo más rápido que pude, salpicándolo todo como si saltara sobre una corriente poco profunda. Afortunadamente, sabía dónde estaba la oficina central de correos y me dirigí directamente a ella. Seguramente habían telefoneado a mi hotel dando instrucciones de que me detuvieran, y de todos modos no tenía tiempo de ir hasta allí. Cuando llegué, el conductor del camión estaba poniendo en marcha el motor; agité mis documentos de viaje para que los viera. Me miró frunciendo el ceño y movió el pulgar hacia la parte trasera del vehículo. Hice un último esfuerzo, trepé al camión y caí sobre algo terriblemente duro. La lluvia y la luz del día quedaron fuera de la vista; se produjo una fuerte sacudida; habíamos partido. Yo estaba sin aliento, totalmente magullado y calado hasta los huesos, pero me sentía triunfante.

Dentro del camión éramos cuatro. Estaba oscuro, era ruidoso e incómodo, como si estuviéramos en una especie de tienda de campaña, con tablones que servían de asiento, pero no había suficiente altura para mantenerse erguido. Nos colocamos dos en cada tablón y nos acurrucamos frente a frente en la congestionada oscuridad, entre montones de cajas de diferentes formas y tamaños. Apenas noté el doloroso traqueteo, tan aliviado me sentía por estar allí, realmente en camino, encerrado dentro de esa apretada, incómoda y movediza tienda de campaña en la que nadie podía verme. La tormenta amainaba poco a poco, pero la lluvia seguía cayendo y de vez en cuando se filtraba por las paredes de lona, aunque eso no me desanimaba. Habría sido imposible quedar más mojado de lo que estaba.

VIII

INTENTÉ trabar amistad con mis compañeros de viaje, unos muchachos jóvenes recién salidos de un colegio técnico; pero ellos no querían hablar. Desconfiaban de mí porque era extranjero. Les hice algunas preguntas y sospecharon que yo intentaba averiguar cosas que debían mantenerse en secreto, aunque me di cuenta de que ellos no sabían ningún secreto. Eran increíblemente ingenuos. Comprendí que yo pertenecía a otra dimensión y guardé silencio. Poco a poco fueron olvidando mi presencia y empezaron a conversar entre ellos. Hablaban de su trabajo, de las dificultades de montar el transmisor. Falta de materiales; falta de personal capacitado; falta de fondos; mala fabricación; incontables errores. Los oí murmurar una y otra vez la palabra sabotaje. El trabajo estaba muy atrasado. El transmisor tendría que estar funcionando a finales de ese mes. Nadie sabía cuándo estaría terminado. Agotado, cerré los ojos y dejé de escuchar.

De vez en cuando me llegaba alguna frase extraña. Me di cuenta de que yo era el tema de conversación; creían que estaba dormido.

—Lo han enviado para que nos espíe —decía uno de ellos—. Para averiguar si pueden confiar en nosotros. No debemos decirle nada, ni contestar a sus preguntas —sus voces se apagaban, hablaban casi en un susurro—. Oí que el profesor decía… Ellos no explican… ¿Por qué nos envían a la zona de peligro cuando otros…? —estaban insatisfechos e intranquilos y no podían proporcionarme ninguna información. No valía la pena que perdiera el tiempo con ellos.

A altas horas de la noche nos detuvimos en una pequeña ciudad.

Desperté al dueño de una tienda y, por segunda vez, me aprovisioné de algunas cosas esenciales: jabón, una maquinilla de afeitar y una muda de ropa. El lugar sólo contaba con una estación de servicio: por la mañana, antes de partir, el conductor insistió en comprar todas las existencias de combustible. El propietario se quejó, indignado; dadas las restricciones en el suministro, tal vez no conseguiría nada más. Nuestro hombre ignoró las protestas y le dijo que vaciara los surtidores; en respuesta a los airados argumentos del propietario, gritó:

—¡Cierre el pico y ponga manos a la obra! Es una orden —yo me encontraba junto a él y comenté que la persona que viniera detrás con la intención de repostar podría tener problemas. Me dedicó una mirada de desprecio—. Él tiene más escondido en alguna parte. Siempre lo hacen —los bidones de combustible fueron cargados en la parte de atrás, dejando escaso espacio para nosotros. Yo tenía el lugar más incómodo, sobre el eje trasero.

Las solapas quedaron levantadas y pudimos mirar hacia fuera. Nos dirigíamos hacia un bosque lejano detrás del cual había una cadena de montañas. A pocos kilómetros de la ciudad, la carretera de grava se interrumpió. Ahora sólo había dos estrechas franjas alquitranadas, separadas entre sí por una distancia equivalente a la anchura del chasis. A medida que avanzábamos, el frío se hacía más intenso; el clima cambiaba, igual que el paisaje. El borde del bosque seguía a la vista, y se acercaba poco a poco: cada vez había menos tierra cultivada, menos gente y menos pueblos. Empecé a comprender que almacenar combustible tenía una explicación. La carretera se ponía cada vez peor, llena de baches y agujeros. El avance era dificultoso, lento, y el conductor no hacía más que soltar palabrotas. Cuando las franjas alquitranadas se terminaron, me incliné hacia delante, le toqué el hombro y le ofrecí turnarme con él en el volante. Con gran asombro mío, aceptó.

Sentado a su lado iba más cómodo, pero conducir el camión fue para mí un verdadero esfuerzo. Nunca había conducido uno y, hasta que me acostumbré, tuve que concentrarme en la tarea. De vez en cuando era necesario detenerse para quitar las rocas caídas o los troncos que bloqueaban el camino. La primera vez que ocurrió, me dispuse a bajar para ayudar a los demás, que ya habían saltado de la parte de atrás y se esforzaban en quitar los obstáculos.

Sentí un ligero golpecito y me giré. Con un movimiento apenas perceptible de la cabeza, el conductor me indicó que no lo hiciera. Al parecer, mi habilidad en la conducción del camión me colocaba, según él, por encima de tales tareas.

Le ofrecí un cigarrillo. Lo aceptó. Aventuré un comentario sobre el estado de la carretera. Dado que el transmisor era tan importante y suponía tanto tránsito, no entendía por qué no se había construido una carretera decente. Él respondió:

—No podemos permitimos el lujo de hacer nuevas carreteras. Les pedimos a las demás naciones asociadas con nosotros en esta empresa que contribuyeran, pero se negaron —frunció el ceño y me dedicó una mirada de reojo para comprobar de qué lado se inclinaban mis simpatías. En un tono no comprometido le respondí que eso me parecía injusto—. Nos han tratado siempre tan mal porque somos un país pequeño y empobrecido —el hombre no podía disimular su resentimiento—. El transmisor jamás se habría instalado aquí si nosotros no hubiéramos donado el emplazamiento. Deberían recordar que nosotros hicimos que la cosa fuera posible. Sacrificamos un trozo de nuestra tierra por el bien de todos, pero no recibimos nada a cambio. Ni siquiera envían tropas terrestres para proteger la posición. Es su actitud indiferente lo que crea sentimientos negativos —su tono era amargo. Pude percibir su rencor contra las grandes potencias—. Usted es extranjero… no debería decirle estas cosas —me miró angustiado. Le aseguré que yo no era un confidente.

Ahora que había empezado, quería continuar hablando. Lo estimulé a que me hablara de sí mismo; era el modo de lograr que hablara de las cosas que a mí me interesaban. En los comienzos del proyecto, él había trasladado a varias cuadrillas de trabajadores por esta carretera; solían cantar por el camino.

—Recordará la vieja fórmula… «todos los hombres de buena voluntad unidos en la tarea de la recuperación mundial y contra las fuerzas de la destrucción». Convirtieron la frase en una especie de marcha y los hombres y las mujeres se unían para cantarla. Era estimulante oírla. En aquellos días todos estábamos llenos de entusiasmo. Ahora todo es distinto —le pregunté cuál había sido el error—. Demasiados contratiempos, demoras, decepciones. El trabajo tendría que haber estado terminado hace tiempo, si

hubiéramos contado con los materiales. Pero todo tenía que venir del extranjero; de países con diferentes patrones de medición. A veces las piezas no encajaban y había que devolver todo el envío. Puede imaginar las consecuencias de tales incidentes sobre los jóvenes entusiastas, ansiosos por ver el trabajo terminado —era la habitual historia de errores y confusiones debida a las diferentes ideologías y a la falta de contacto directo. Le di las gracias por hablarme sinceramente sobre estos temas. La pelota elegantemente lanzada rebotó contra el tópico—: El contacto entre los individuos es el primer paso hacia una mejor comprensión entre los pueblos.

Parecía haberme ganado su confianza. Se volvió más amistoso, me habló de su chica y me mostró algunas instantáneas de ella jugando con un perro. Yo consideraba que no era prudente dejar que la gente supiera que llevaba bastante dinero, así que desvié su atención hacia un costado de la carretera mientras sacaba rápidamente de mi cartera la foto que aún conservaba de la chica junto al lago. Se la mostré y le dije que había desaparecido y que la estaba buscando. Sin expresar ningún sentimiento especial, comentó:

—Bonito pelo. Es un tipo afortunado.

Le pregunté en un tono bastante brusco si se consideraría afortunado si su chica hubiera desaparecido de la faz de la tierra y tuvo la cortesía de parecer ligeramente perturbado.

Guardé la foto y le pregunté si alguna vez había visto una cabellera como ésa.

—No, nunca —sacudió la cabeza enfáticamente—. La mayoría de nuestras mujeres son morenas.

No tenía sentido hablarle de ella.

Nos cambiamos de asiento. Después de mi tumo frente al volante estaba cansado, y cerré los ojos. Cuando volví a abrirlos, él tenía un arma sobre las rodillas. Le pregunté a qué pretendía dispararle.

—Nos estamos acercando a la frontera. Es peligroso. Hay enemigos por todas partes.

—Pero este país es neutral.

—¿Neutral? Eso no es más que una palabra —y añadió en tono misterioso—: Además, existen varios tipos de enemigos.

—¿Por ejemplo?

—Saboteadores. Espías. Pistoleros. Toda la clase de canalla que prolifera en épocas de disturbios —le pregunté si pensaba que el camión sería atacado—. Ha ocurrido. La mercancía que llevamos es de primera necesidad. Si se han enterado de que la llevamos, puede que intenten detenemos.

Saqué mi automática y vi que él la observaba con interés, evidentemente impresionado por el arma extranjera. Acabábamos de entrar en el bosque. Él parecía nervioso.

—Aquí es donde empieza el peligro —los árboles altos tenían largas barbas grises de musgo que colgaban de sus ramas, formando cortinas opacas. Parecía un lugar ideal para ocultarse. La luz empezaba a desvanecerse y lo que quedaba de ella caía sobre la carretera, de modo que resultaba fácil imaginar que unos ojos invisibles nos observaban. Yo estaba al acecho de hombres armados, pero tenía otras cosas en la mente.

Le hablé al conductor sobre el magistrado. Él sólo sabía lo que había leído en los periódicos. La distancia desde el transmisor hasta su cuartel general era de aproximadamente treinta kilómetros.

—¿Se puede llegar allí?

—¿Llegar allí? —me observó con una mirada vacía—. Claro que no. Es un país enemigo. Y han destruido la carretera y bloqueado el paso. De todos modos, no debe de quedar mucho de la ciudad. Por la noche se oyen los bombardeos —estaba más interesado en llegar a destino con luz del día—. Tenemos que salir del bosque antes de que anochezca. Con suerte tendremos el tiempo justo —conducía frenéticamente y el camión se sacudía y hacía saltar las piedras sueltas.

Yo estaba demasiado deprimido para seguir hablando. La situación era desesperada. Necesitaba a la muchacha, no podía vivir sin ella. Pero jamás podría encontrarla. No había carretera para ir a la ciudad, nunca llegaría hasta allí, era imposible. En cualquier caso, el lugar estaba sometido a un bombardeo constante y debía de estar destruido. No tenía sentido ir allí. Ella se habría ido hacía tiempo, o habría sido asesinada. Perdí todas las esperanzas. Me pareció que había recorrido todo este camino inútilmente.

El emplazamiento para el transmisor había sido cuidadosamente

escogido, rodeado de bosque, dominado por montañas, un lugar fácil de defender de un ataque terrestre. Habían limpiado la zona próxima a la instalación, pero los árboles no estaban muy lejos. Vivíamos en construcciones prefabricadas por las que se filtraba la lluvia. La humedad lo impregnaba todo. Los suelos, de hormigón, siempre estaban cubiertos de barro. Todo lo que pisábamos se convertía en un verdadero pantano. Los hombres se quejaban de las incomodidades y de la mala calidad de los alimentos.

Algo raro pasaba con el tiempo. Tendría que haber sido caluroso, seco y soleado; en cambio, llovía todo el tiempo y el ambiente era húmedo y malsano. Una espesa niebla blanca se enredaba en la copas de los árboles; el cielo era una caldera constantemente humeante de nubes. Las criaturas del bosque estaban agitadas y apartadas de sus hábitos normales. Los felinos perdieron el miedo al hombre, se acercaban a las construcciones y se paseaban cerca del transmisor; unos pájaros extraños y enormes aleteaban por encima de nuestras cabezas. Tuve la impresión de que los pájaros y los animales nos buscaban para protegerse del peligro desconocido que nosotros habíamos desatado. La anormalidad de su conducta resultaba inquietante.

Para pasar el tiempo, y a falta de algo mejor que hacer, organicé el trabajo en el transmisor. No faltaba mucho para terminarlo, pero los trabajadores se mostraban desanimados y apáticos. Los reuní y les hablé del futuro. Los beligerantes escucharían y quedarían impresionados por la precisión e imparcialidad de nuestros informes. La sensatez de nuestros argumentos los convencería. Se restauraría la paz. Se alejaría el peligro de un conflicto universal. Ésta sería la recompensa final a sus esfuerzos. Entretanto los dividí en equipos, organicé competiciones, otorgué premios a los que habían trabajado mejor. Pronto estuvimos preparados para empezar a transmitir. Grabé los acontecimientos de ambas partes con igual respeto por la verdad, difundí programas sobre la paz en el mundo, propugné un cese inmediato del El ministro me escribió felicitándome por mi

No lograba decidir si cruzar la frontera o quedarme donde estaba. No creía que la muchacha estuviera viva en la ciudad en ruinas. Si había sido asesinada, entonces era inútil ir hasta allí. Si estaba a salvo en algún otro sitio, tampoco tenía sentido

trasladarme. Eso suponía un considerable riesgo personal: aunque yo no era un combatiente, me exponía a que me fusilaran por espía, o a que me encarcelaran por tiempo indefinido.

Pero empezaba a aburrirme del trabajo, ahora que todo iba sobre ruedas. Estaba cansado de intentar mantenerme seco bajo la lluvia constante, cansado de esperar que el hielo me alcanzara. Día tras día, el hielo se deslizaba por la curva de la tierra sin que lo detuvieran los mares ni las montañas. Sin prisa pero sin pausa, se acercaba cada vez más, a ritmo constante, invadiendo y aplastando ciudades, llenando cráteres de los que la lava hirviente había salido a borbotones. No había modo de detener los batallones de gigantes helados que marchaban por el mundo en despiadado orden aplastando, arrasando y destruyendo todo lo que encontraban a su paso.

Decidí irme. Sin decirle nada a nadie, me encaminé hacia el paso bloqueado, y desde allí logré llegar a las montañas cubiertas de árboles. Para guiarme sólo tenía una brújula de bolsillo. Llegar al puesto fronterizo me llevó varias horas de trepar y esforzarme entre la húmeda vegetación; una vez allí, fui detenido por el guardia.

IX

PEDÍ que me llevaran hasta donde estaba el magistrado. Últimamente había trasladado su cuartel general a otra ciudad. Me llevaron hasta allí en un coche blindado; también me acompañaban dos soldados armados con metralletas «para protegerme». Aún llovía, caía un fuerte chaparrón y caminamos bajo unas nubes espesas y negras que ponían punto final al día. Cuando entramos en la ciudad, empezó a anochecer. Los faros mostraban la escena ya conocida de estragos, escombros, ruinas y lugares vacíos, todo se veía brillante bajo la lluvia. Las calles estaban ocupadas por las tropas. Los edificios menos dañados se utilizaban como cuarteles.

Me llevaron hasta el interior de un lugar fuertemente custodiado y me dejaron en una pequeña habitación en la que dos hombres esperaban. Los tres estábamos solos: ellos me miraban, pero no dijeron nada. Esperamos en silencio. Sólo se oía el golpeteo de la lluvia. Ellos estaban sentados en un banco; yo, envuelto en mi abrigo, en el otro. Ése era el mobiliario de la habitación, que nadie se había molestado en limpiar; todo estaba cubierto por una gruesa capa de polvo.

Un rato después, empezaron a hablar en susurros. Deduje que el motivo de su visita era un puesto que estaba vacante. Me puse de pie y empecé a pasearme. Estaba impaciente, pero sabía que tendría que esperar. No prestaba atención a lo que los otros decían, pero uno de ellos levantó la voz y lo oí. Estaba

seguro de que conseguiría el trabajo. En tono jactancioso, comentaba:

—He sido entrenado para matar con las manos. Puedo matar al

más fuerte de los hombres con tres dedos. He aprendido cuáles son los puntos del cuerpo a través de los cuales se puede matar sin problemas. Puedo partir un bloque de madera con el canto de la mano.

Sus palabras me deprimieron. Éste era el tipo de hombre que ahora buscaban. Ambos fueron llamados para mantener una entrevista y yo me quedé solo, esperando. Me dispuse a esperar durante un buen rato.

Poco después entró un guardia para conducirme hasta el cubículo del oficial. El magistrado estaba sentado ante la cabecera de la mesa principal. Había otras mesas largas, llenas de gente. Me senté a su mesa, pero no junto a él sino en el otro extremo. Estábamos demasiado alejados uno del otro para hablar cómodamente. Antes de tomar asiento, me acerqué a él para saludarlo. Pareció sorprendido, pero no me devolvió el saludo. Noté que todos los hombres que estaban sentados allí se reunían en seguida y empezaban a hablar en voz baja mientras me lanzaban miradas furtivas. Parecía haberles causado una impresión desfavorable. Yo había imaginado que él me recordaría, pero tuve la sensación de que no me conocía. Recordarle nuestro primer contacto podría haber empeorado las cosas, así que me senté en mi sitio.

Logré oír que hablaba amistosamente con los oficiales que estaban cerca de él. La conversación trataba sobre arrestos y fugas. No me interesó hasta que contó la historia de su propia huida y mencionó un coche grande, una tormenta de nieve, los destrozos en las barreras de una frontera, las balas y una chica. En ningún momento miró hacia donde yo estaba ni me prestó atención.

De vez en cuando se oían las tropas, que pasaban

por la calle marcando el paso. Súbitamente se produjo una explosión. Se derrumbó parte del cielorraso y se apagaron las luces. Trajeron faroles y los pusieron sobre la mesa. La luz de éstos dejaba ver fragmentos de yeso desparramados entre los platos. La comida estaba estropeada, incomible, cubierta de polvo y escombros. La retiraron. Se sucedió una larga y tediosa espera; finalmente nos trajeron unos cuencos con huevos duros. Las explosiones intermitentes seguían sacudiendo el edificio, en el aire flotaba una neblina de polvo blanco, todo lo que tocaba parecía arenoso.

El magistrado jugaba a sorprenderme. Cuando terminó de comer, me hizo una seña.

—Me gustaban tus programas. Tienes un don para ese tipo de cosas —me asombró que conociera el trabajo que había estado haciendo. Su voz era amable, me hablaba como a un igual y, por un instante, me sentí identificado con él en una especie de extraña intimidad. Prosiguió, diciendo que había llegado en el momento oportuno—. Nuestro transmisor pronto empezará a funcionar, y el vuestro quedará fuera de circulación —yo ya les había notificado a las autoridades que necesitábamos una instalación más potente; el hecho de que el aparato existente fuera interferido por uno más poderoso sólo era una cuestión de tiempo. Él suponía que yo me había enterado de que estaba a punto de suceder y que, en consecuencia, había renunciado. Quería que transmitiera propaganda para él; estuve de acuerdo, si él hacía algo por mí—. ¿Aún sigues con lo mismo?

—Sí —repuse.

Me miró con regocijo, pero en sus ojos brillaba la suspicacia. Sin embargo, comentó en tono desenfadado:

—La habitación de ella está en el piso de arriba; más vale que le hagamos una visita —y me enseñó el camino.

No respondió cuando le dije:

—Tengo que entregarle un mensaje personal. ¿Podría verla a solas?

Bajamos por un pasillo, subimos por unas escaleras y entramos en otro pasillo. El haz de luz de su poderosa linterna iluminaba el suelo cubierto de escombros. Se veían unas huellas en el polvo; las observé, buscando las pisadas más pequeñas de la muchacha. Él abrió la puerta de una habitación tenuemente iluminada. Ella se incorporó de un salto. Su rostro blanco mostraba una expresión de asombro y me clavó sus enormes ojos.

—¡Otra vez tú! —se quedó rígida, sosteniendo la silla frente a ella como para protegerse, aferrándose con tanta fuerza al respaldo que los nudillos le quedaron blancos—. ¿Qué quieres?

—Sólo hablar contigo.

Nos miró a ambos y afirmó:

—Os habéis aliado —lo negué; aunque, extrañamente, parecía

existir algo de verdad en la acusación—. Por supuesto que sí. De lo contrario, él no te habría traído hasta aquí.

El magistrado se acercó a ella, sonriendo. Nunca había visto en él una expresión tan benevolente.

—Vamos, no es una manera muy amable de recibir a un viejo amigo. ¿No podemos mantener una conversación amistosa? Nunca me has contado cómo os conocisteis —era evidente que no tenía intención de dejarnos a solas. Contemplé a la chica en silencio, no podía hablarle en presencia de él. Su personalidad era demasiado dominante, su influencia demasiado poderosa. En presencia de él, ella parecía asustada, enemistada. Entre nosotros se había instalado una barrera. Yo estaba confundido. No me extrañó que él sonriera. Yo podría no haberla encontrado. Una lejana explosión sacudió las paredes; ella observó el polvo blanco que caía desde el cielorraso. Por decir algo, le pregunté si los bombardeos la perturbaban. Su rostro permaneció inexpresivo, su pelo seguía brillando; movió silenciosamente la cabeza en una respuesta que significaba cualquier cosa y que no significaba nada.

El magistrado comentó:

—He intentado convencerla de que se vaya a un sitio más seguro, pero se niega a marcharse —sonrió satisfecho de sí mismo, demostrándome que tenía poder sobre ella.

Me resultaba difícil aceptarlo. Eché un vistazo a la habitación: la silla, un espejo pequeño, una cama, algunos libros en rústica sobre la mesa, polvo por todas partes, gruesos trozos de yeso en el suelo. El abrigo gris de loden de la chica estaba colgado de un gancho. No vi ningún otro objeto personal, salvo un cepillo y una barra de chocolate en un papel de plata roto. Le volví la espalda al hombre y me dirigí a ella, intentando hablarle como si él no estuviera.

—No pareces muy contenta aquí. ¿Por qué no te vas a un hotel, a algún lugar alejado de los disturbios?

Ella no respondió, se limitó a encoger levemente los hombros. Se produjo un silencio.

Las tropas pasaban por debajo de la ventana, marcando el paso. Él atravesó la habitación, abrió ligeramente los postigos y miró hacia abajo. Me apresuré a murmurar:

—Sólo quiero ayudarte —moví mi mano hacia las de ella, pero

las tenía a la espalda.

—No me fío de ti. No creo ni una palabra de lo que dices —su mirada era desorbitada y desafiante. Supe que jamás lograría entrar en contacto con ella mientras él estuviera en la habitación. No ganaba nada quedándome allí. Me marché.

Una vez fuera, oí la risa de él, sus pasos sobre las tablas del suelo, su voz:

—¿Qué tienes contra ese tipo?

Entonces oí la voz de ella, esta vez dominada por las lágrimas, aguda, histérica.

—Es un mentiroso. Sé que trabaja contigo. Sois los dos iguales, egoístas, traidores, crueles. Ojalá no os hubiera conocido a ninguno de los dos. ¡Os odio! ¡Algún día me iré… y no volveréis a verme… nunca más!

Avancé pasillo abajo, tropezando con los escombros y apartándolos a patadas. No había pensado en agenciarme una linterna.

Durante los días que siguieron, consideré la idea de separarla de él y llevarla a un país neutral. Teóricamente era posible. Por el puerto local aún pasaban algunos barcos. Era una cuestión de velocidad, discreción y sincronización. El éxito dependía de que pudiéramos llegar al mar antes de que nos siguieran. Empecé a hacer prudentes averiguaciones. Podía comprar las respuestas. La dificultad consistía en que no podía confiar en nadie. La persona a la que le pagara para que me proporcionara información podía vender mis preguntas a alguien que estuviera al servicio del magistrado. Esto lo volvía todo extremadamente peligroso. Estaba nervioso; no podía darme el lujo de correr tantos riesgos; de todos modos, tendría que correrlos.

Las voces susurraban secretos: nombres, direcciones, destinos, salidas. «Vaya a… pregunte por… esté preparado para… documentos… pruebas… amplios recursos…» Necesitaba hablar con ella antes de dar un paso adelante en mis planes. Fui a su habitación, oí un disparo, pero no presté atención: en la calle se oían disparos todo el tiempo. Apareció el hombre y cerró la puerta a sus espaldas. Le dije que quería ver a la muchacha.

—No puede —hizo girar la llave, la dejó caer en su bolsillo y tiró una pistola encima de la mesa—. Está muerta —fue como si me

apuñalaran. Todas las otras muertes del mundo ocurrían fuera de mí; ésta la sentí en mi cuerpo, como una bayoneta, como mi propia muerte.

—¿Quién la mató? —sólo yo podía hacerlo.

Respondió:

—Yo lo hice.

Entonces moví la mano y toqué la pistola; el cilindro estaba caliente. Podría haberla cogido y haberle disparado. Habría sido fácil. Él no hizo ningún movimiento para impedírmelo, se quedó inmóvil, mirándome fijamente. Yo le devolví la mirada y observé su rostro huesudo y arrogante; nuestras miradas se cruzaron.

Nuestras miradas se entrelazaron de una manera indescriptible. Tuve la impresión de estar mirando mi propia imagen. Súbitamente quedé atrapado en una enorme confusión, no estaba seguro de cuál de los dos era cuál. Éramos como las mitades de un mismo ser, unidas por una misteriosa simbiosis. Luché por retener mi identidad, pero todos mis esfuerzos por separarnos fracasaron. Comprobaba constantemente que no era yo mismo sino él. En un momento realmente sentí que llevaba puestas sus ropas. Huí de la habitación totalmente confundido; más tarde, no supe lo que había ocurrido, ni si en verdad había ocurrido algo.

En otra ocasión me encontró en la puerta de la habitación y me anunció:

—Llegas tarde. El pájaro ha volado —sonreía burlonamente y su rostro lucía una expresión de total malicia—. Se ha ido. Ha huido. Desaparecido.

Apreté los puños.

—Tú te la llevaste de aquí para que yo no pudiera verla. Nos has separado deliberadamente —me lancé contra él, furioso. Pero entonces nuestras miradas volvieron a entrelazarse y la confusión volvió a apoderarse de mí; pero era una confusión más intensa, no sólo de identidad sino también de tiempo y de espacio. El destello de sus fríos ojos azules, el destello azul de un anillo, los dedos curvados y fríos de un estrangulados Él había luchado contra osos y los había estrangulado con sus propias manos. Físicamente yo no podía competir con él… Mientras me marchaba, oí que decía en tono burlón:

—Eso es más sensato.

Entré en una habitación vacía. Necesitaba tiempo para recuperar el dominio de mí mismo. Estaba alterado, ardía en deseos de ver a la chica, no podía soportar haberla perdido. Pensé en el viaje que había estado planificando con ella a mi lado, y que ya no tendría lugar. Tenía la cara mojada, como si me hubiera empapado con la lluvia; las gotas se deslizaron hasta mi boca, sabían a sal. Me tapé los ojos con el pañuelo e hice un violento esfuerzo por controlarme.

Tendría que empezar nuevamente a buscarla. La repetición era como una maldición. Pensé en los plácidos mares azules, en las tranquilas islas tan alejadas de la guerra. Pensé en los Indris, esas felices criaturas, símbolos de una vida pacífica y más elevada. Podía largarme, irme con ellas. No, era imposible. Estaba atado a ella. Pensé en el hielo que avanzaba en todo el mundo, proyectando su sombra de muerte. Los desfiladeros de hielo se cernían sobre mis sueños, indescriptibles explosiones tronaban y retumbaban, los témpanos se desmoronaban, lanzaban al cielo enormes cantos rodados como cohetes. Deslumbrantes estrellas de hielo bombardeaban el mundo con sus rayos, que rasgaban y penetraban la tierra llenando su centro de una frialdad mortal, acentuando el frío del hielo que avanzaba. Y sobre la superficie se deslizaba la indestructible masa de hielo, destruyendo implacablemente todo signo de vida. Experimenté una horrible sensación de apremio y tensión; no podía perder ni un minuto, estaba malgastando el tiempo; se trataba de una carrera entre el hielo y yo. Su cabellera albina iluminaba mis sueños con sus reflejos aún más brillantes que la luz de la luna. Vi la luna opaca que danzaba sobre los icebergs, como lo haría el día del fin del mundo, mientras ella vigilaba desde la bóveda de su resplandeciente cabellera.

Soñaba con ella, dormido y despierto. La oía gritar:

—Algún día me iré… y no volveréis a verme…

Ya se había ido de mi lado. Había huido. Corría por una calle de una ciudad desconocida. Parecía distinta, menos angustiada, más confiada. Sabía exactamente a dónde iba, no dudó ni una sola vez. Entró en un enorme edificio oficial y se encaminó directamente a una habitación tan atestada que apenas pudo abrir la puerta. Gracias a su delgadez extrema fue capaz de deslizarse entre las diferentes figuras altas y silenciosas, extrañamente silenciosas,

fantásticamente altas, cuyos rostros se apartaban de ella. Su ansiedad empezó a renacer cuando vio que se cernían sobre ella, rodeándola como árboles negros. Se sintió pequeña y perdida, y tuvo miedo. Su seguridad en sí misma se había desvanecido, nunca había sido real. Ahora sólo quería escapar de ese lugar; su mirada saltaba de un lado a otro sin ver ninguna puerta, ninguna salida. Estaba atrapada. Las negras figuras arbóreas sin rostro la acosaban y extendían sus brazos de ramas, aprisionándola. Ella bajó la mirada, pero siguió prisionera. A su alrededor se alzaban piernas de pantalones rellenas, sólidos troncos de árboles. El suelo había pasado a ser de tierra, lleno de raíces y troncos. Levantó la vista rápidamente hasta la ventana y sólo vio ondulantes redes blancas de nieve que anulaban el mundo. Una vez excluido el mundo conocido, la realidad quedaba suprimida y ella estaba a solas con las siluetas de árboles o fantasmas de pesadilla, amenazantes, altos como abetos que crecían en la nieve.

La situación general empeoraba. No existían indicios de que la destrucción fuera a cesar, y su progreso inexorable inducía a la desmoralización general. Resultaba más imposible que nunca descubrir lo que realmente ocurría, imposible saber en qué creer. No existía ninguna fuente de información fidedigna. Llegaban muy pocas noticias del extranjero, y absolutamente ninguna de estados alguna vez destacados que simplemente habían dejado de existir. Más que cualquier otro factor aislado, lo que socavaba la moral del pueblo era la propagación implacable de estas desconcertantes áreas de silencio total.

En ciertos países, el malestar de la población civil había dado como resultado la toma del poder por parte del ejército. Durante los últimos meses había tenido lugar un viraje a nivel mundial hacia el militarismo, con consecuencias lamentables y embrutecedoras. Entre los civiles y las fuerzas armadas se producían frecuentes enfrentamientos. El asesinato de policías y soldados, con ejecuciones justicieras, se habían convertido en algo común.

Como era de esperar, ante la falta de noticias auténticas, seguían circulando rumores fantásticos. Se decía que en algunos distritos alejados habían estallado epidemias monstruosas, que el hambre era horrorosa, que se habían producido espantosas

desviaciones de las pautas genéticas. Periódicamente se denunciaba la posesión, por parte de este o aquel poder, de reservas de armas termonucleares. Corrían insistentes rumores con respecto a la existencia de una bomba de cobalto autodetonante, cronometrada para un momento predeterminado y desconocido, que destruiría todo ser viviente dejando intactos los objetos inanimados. Proliferaban el espionaje y el contraespionaje. En todos los países se agudizaba la escasez, seguida naturalmente de actos de pillaje para conseguir alimentos. Los elementos ilegales de la población resultaban evidentes, y la gente decente estaba aterrorizada. La pena de muerte impuesta para el delito de saqueo tenía muy poco o ningún efecto disuasorio.

Indirectamente recibí noticias sobre la muchacha. Estaba viva, en cierta ciudad de otro país. Yo casi tenía la certeza de que el lugar se encontraba en la zona de peligro inminente, aunque no existía manera de comprobarlo, ya que cualquier referencia al avance del hielo estaba prohibida. Gracias a una intensa persistencia y al soborno, logré embarcar en un barco que viajaba en esa dirección. El capitán quería ganar dinero fácilmente, y por una buena suma accedió a atracar en el puerto que le indiqué.

Llegamos. Fue por la mañana temprano, hacía un frío increíble y, aunque tenía que haber luz, estaba oscuro. No se veía el cielo ni las nubes, quedaban ocultos por la nevada. No era una mañana como las otras: la anormal congelación convertía el día en noche, la primavera en invierno ártico. Fui a despedirme del capitán, que me preguntó si había cambiado de idea con respecto a desembarcar. Le respondí que no.

—Entonces, por Dios, póngase en marcha. No nos haga perder el tiempo —su actitud era airada y hostil. Nos despedimos sin más palabras.

Salí a la cubierta con el primer piloto. El aire parecía picante, como si fuera ácido. Era el aire gélido de las regiones polares, casi irrespirable. Escarificaba la piel, abrasaba los pulmones; pero el cuerpo se adaptaba rápidamente a estos rigores. La densidad de la nieve formaba en las capas superiores de la atmósfera una curiosa penumbra brumosa. Todo quedaba oscurecido por los pequeños copos que caían incesantemente del cielo encapotado. El frío me escaldó las manos cuando tropecé con las partes heladas de la

superestructura del barco, que sólo alcancé a ver cuando ya era demasiado tarde para evitarlas. En el silencio reinante noté una vibración rítmica, y le dije a mi escolta:

—Los motores; no se han detenido —por alguna razón, parecía sorprendente.

—Por supuesto que no. El capitán no puede esperar para girar el barco. Le ha estado maldiciendo a usted durante días por obligarnos a hacer escala aquí —el hombre mostró una actitud tan hostil como la del capitán, además de una desagradable curiosidad —. De todos modos, ¿por qué demonios *ha* venido?

—Eso es asunto mío.

Llegamos a la barandilla guardando un silencio poco amistoso. Aquélla estaba cubierta por una gruesa capa de hielo, la escala de cuerda se balanceaba desde la barandilla hacia el sonido de un motor que funcionaba más abajo.

Antes de que yo pudiera mirar, él puso la pierna encima.

—El puerto empieza a congelarse. Tendremos que llevarlo a tierra en una lancha.

Mientras descendía rápidamente con la facilidad de un experto, lo seguí con movimientos torpes, aferrándome con ambas manos, enceguecido por la nieve. No logré ver quién me tiraba hasta la oscilante lancha, ni quién me empujaba hacia un asiento, mientras aquélla arrancaba precipitadamente. Avanzó a toda velocidad, levantándose como un caballo corcoveante, salpicando ráfagas de agua sobre el techo del pequeño camarote. El ruido era demasiado fuerte como para oír las voces; pero pude percibir la hostilidad casi asesina de los que iban a bordo, y que me odiaban por hacerles correr peligro cuando deberían estar en camino hacia un lugar seguro. Para ellos, mi comportamiento debía de parecer perverso y totalmente insensato. Acurrucado bajo mi abrigo en el frío brutal y paralizante, empecé a preguntarme si tenía algún sentido.

Me sorprendió un grito súbito y prolongado; en realidad fue más que un aullido. El piloto se levantó de un salto y contestó por el megáfono; luego volvió a sentarse mientras decía:

—Dirección única —al ver que yo no comprendía, añadió—: Hay muchos que van en la otra dirección —y señaló hacia delante.

Una desconcertante y confusa agitación se reveló en la forma de un barco, inmóvil en medio de la febril actividad de los pequeños

botes que hormigueaban a su alrededor. En frenética competición, luchaban por acercarse al barco lo suficiente para que sus ocupantes subieran a bordo. No había sitio para todos. Los espectadores se apiñaban junto a las barandillas del barco como si se tratara de las de una pista de carreras, observando los choques y las caídas que tenían lugar abajo. Los que iban en los botes probablemente habían vivido sin problemas y no estaban acostumbrados al peligro, porque batallaban torpemente por salvar sus vidas, con una especie de precipitación aterrorizada, malgastando sus fuerzas en inútiles empujones. Uno de los botes flotaba boca abajo, rodeado de manos y brazos frenéticos que luchaban por salir del agua. El bote de al lado era un hervidero de gente que lanzaba golpes, pateaba y pisoteaba las manos de los que se aferraban intentando no ahogarse. Ni siquiera el más poderoso nadador podría sobrevivir mucho tiempo en ese mar glacial. Varios de esos botes, atestados y torpemente dirigidos, volcaban y se hundían. Algunos, después de chocar, se rompían. En los que quedaban a flote, los pasajeros se aplastaban y se pisoteaban mutuamente, dominados por un pánico insensato, y apartaban a los nadadores con los remos. La gente que ya estaba muerta era golpeada y sacudida. El alboroto amortiguado de gritos, ruidos sordos y chapoteos continuó mucho después de que la escena quedara oculta detrás de la nieve. Recordé unas voces amables que anunciaban que la gente estaba desesperada, luchando por alejarse de los países amenazados y por dirigirse a regiones más seguras.

El puerto congelado era una extensión gris blancuzca, salpicada por los negros cascos de los botes abandonados, inflexiblemente clavados en el hielo. Los bancos de hielo sólido bordeaban el estrecho canal de agua negruzca, orlado con las sonrisas burlonas de los carámbanos. Desembarqué de un salto; la nieve caía formando un abanico; la lancha desapareció de la vista. No hubo despedidas.

X

PODRÍA haber sido una ciudad cualquiera, de un país cualquiera. No reconocí nada. La nieve cubría todas las señales con el mismo acolchado blanco. Los edificios se habían convertido en anónimos acantilados blancos.

Desde una de las calles en las que se estaba produciendo un saqueo llegaba el alboroto, los gritos y el ruido de madera astillada y vidrios rotos. La multitud había irrumpido en las tiendas. No tenían cabecilla ni objetivo fijo. Simplemente eran una turbamulta desaforada, asustada, furiosa, histérica y violenta en busca de excitación y de un botín. Luchaban entre ellos, valiéndose de cualquier cosa que pudiera usarse como arma, se arrebataban el botín unos a otros, apoderándose de todo lo que tenían al alcance de la mano, incluso de los objetos más inservibles, y luego los arrojaban y se lanzaban sobre algún otro botín. Rompían todo lo que no podían llevarse. Tenían una insensata manía destructiva, la manía de romperlo todo, de hacerlo añicos, de aplastarlo bajo sus pies.

Un oficial del ejército apareció en la calle y tocó el silbato para llamar a la policía. Se acercó a los saqueadores dando grandes zancadas, les gritó varias órdenes en un furioso tono de voz y volvió a tocar varias veces el silbato. Su rostro, enmarcado por el cuello de astracán de su abrigo, estaba enrojecido de ira. El grueso de la multitud huyó al verlo. Pero algunos, más audaces que el resto, se ocultaron entre las ruinas. Furioso, él avanzó hacia ellos, los amenazó

con su vara, les gritó que se largaran, los insultó. Al principio

ellos no hicieron caso; luego formaron un círculo y se lanzaron contra él desde diversos puntos al mismo tiempo, en grupos de tres o cuatro. El sacó el revólver y disparó al aire. Fue un error: tendría que haberles disparado a ellos. Se arremolinaron a su alrededor, intentando arrebatarle el arma. La policía tardaría en llegar. Se produjo una riña. En el curso de ésta, ya fuera por accidente o por la acción de uno de los saqueadores, el arma cayó por una reja. Su propietario era un hombre cercano a la sesentena, alto y vigoroso. Pero lo oí jadear. Ellos eran jóvenes rudos de rostros siniestramente inexpresivos. Lo atacaron de manera taimada, con trozos de metal y cristales rotos, trozos de muebles destrozados, lo que tenían a mano. Él los rechazó con su vara, pegando la espalda contra la pared. Eran muchos, y la persistencia con que actuaban lo agotaba cada vez más; sus movimientos empezaron a ser más lentos. Alguien lanzó una piedra, que fue seguida por una lluvia de piedras. Una de ellas le abrió la cabeza. La visión de su cráneo sin pelo levantó gritos obscenos y por un instante él pareció desconcertado. Ellos se aprovecharon y lo rodearon, atacándolo como una manada de lobos. Con el rostro ensangrentado y la espalda contra la pared, aún se las arreglaba para repelerlos. Entonces vi un destello: alguien había sacado un cuchillo. Los otros siguieron el ejemplo. Él se apretó el pecho y se tambaleó ciegamente hacia adelante. En el momento en que se separó de la pared, fue hombre muerto: se abalanzaron sobre él de un lado y otro. Lo derribaron, le saltaron encima, le arrancaron el abrigo, le golpearon la cabeza sobre el suelo helado, lo pisotearon, lo patearon y le cortaron la cara con cadenas. Finalmente, él se quedó inmóvil sobre la nieve. No había tenido la más mínima posibilidad. Esto se llamaba asesinato.

No era asunto mío, pero no podía presenciarlo y quedarme cruzado de brazos. Ellos eran la hez de la sociedad, en tiempos normales jamás se habrían atrevido a acercarse a él, y mucho menos a tocarlo. Un sujeto menudo y burlón se había envuelto en el elegante abrigo y estaba bailando, tropezando con el dobladillo que arrastraba. Me sentí disgustado, furioso. Con ira incontrolable cargué contra él, le quité el abrigo, le retorcí los brazos, le di un puñetazo y lo golpeé; lo arrojé sobre el pavimento y oí un satisfactorio crujido cuando su gracioso rostro chocó contra la

pared. Al girarme me enfrenté con un hombre que lo doblaba en tamaño y vi a medias una bota que se movía. El terrible dolor en la pierna hizo que me tambaleara; me recuperé justo a tiempo para ver su brazo, que se balanceaba en una experta curva, y reaccioné tal como me habían enseñado. Un libro de texto cayó al suelo. Con la espalda apoyada contra el suelo y trabándole el tobillo con un pie, percibí el destello del cuchillo que caía, mientras con la otra pierna le golpeaba la rótula bloqueada hasta rompérsela. En un momento toda la banda se lanzaría sobre mí. No tenía más posibilidades que las que había tenido el oficial contra todos ellos y sus cuchillos; pero mi intención era hacerles daño antes de que me liquidaran. De pronto se oyeron disparos, gritos y el ruido de gente que corría; por fin había llegado la policía. Observé cómo perseguían a los saqueadores y giraban en una esquina; entonces me acerqué cojeando al hombre que yacía en el suelo.

Estaba tendido de espaldas, y tenía varias heridas sangrantes. Apenas había pasado la flor de la vida; había tenido un aspecto imponente, un hombre alto, vital, impresionante, aún apetecible físicamente. Ahora tenía la nariz aplastada, las comisuras de la boca desgarradas, un ojo casi fuera de la cuenca, toda la cara y la cabeza manchadas de sangre, sucias, deformadas y retorcidas. Sangraba por todas partes. Casi le habían arrancado el brazo derecho. No se movía, no logré percibir su respiración. Me arrodillé, le abrí la guerrera y la camisa y le puse la mano en el pecho. No se sentía latir su corazón; saqué mi mano llena de sangre. Me la limpié con el pañuelo y fui a buscar su abrigo; lo extendí sobre él, tapando los despojos. Quería restituirle cierta dignidad. Era un extraño con el que jamás había hablado; pero era el tipo de hombre que me gustaba; no éramos como esa chusma. El hecho de que ellos lo hubieran asesinado era un ultraje. Deberían haberse acobardado ante su fortaleza y su poder. Pero así era como trataban a un hombre que ya no era joven cuando lo sorprendían solo y en desventaja. Era indignante. Me arrepentí de no haberlos castigado aún más.

Recordé el revólver y me detuve sobre la reja. Tenía el espacio justo para meter los dedos entre los barrotes, pero lo cogí, me lo guardé en el bolsillo y seguí caminando. Aún cojeaba bastante y me dolía la pierna. Repentinamente alguien gritó y un disparo pasó

silbando. Me detuve y esperé hasta que la policía me alcanzó.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? ¿Por qué ha tocado el cadáver? No está permitido.

Antes de que pudiera responder, se oyó un chirrido y de repente se abrió una ventana de la planta baja arrojando montones de nieve del alféizar; una mujer asomó la cabeza exactamente junto a mí.

—Este hombre es un valiente. Se merece una medalla. Yo vi lo que ocurrió. Apareció repentinamente y los cogió a todos él solo, a pesar de que llevaban cuchillos y él iba desarmado. Lo vi todo desde esta ventana —un policía apuntó el nombre y la dirección de la mujer en su libreta.

Los policías se mostraron más amables, pero insistieron en que tenía que ir a la comisaría para declarar. Uno de ellos me cogió del brazo.

—Es en la próxima esquina. Parece que tendrá bastante con los primeros auxilios.

Tuve que acompañarlos. Era lamentable. No quería dar cuenta de mis movimientos y mis motivaciones. Además, el hecho de que vieran el revólver podía empeorar las cosas; seguramente lo reconocerían. Cuando me quité el abrigo, lo acomodé cuidadosamente para que no se notara el bulto. Me curaron y me vendaron la pierna. Me lavé y bebí un café cargado, con ron. El jefe de policía me entrevistó a solas. Echó un vistazo a mis papeles, pero daba la impresión de estar preocupado por alguna otra cosa: no podía preguntarle si tenía alguna información precisa acerca del avance del hielo. Nos intercambiamos unos cigarrillos y discutimos el problema de la comida. Dijo que los víveres eran escasos, y que se distribuían según el valor del trabajo que cada individuo aportaba a la comunidad.

—Si no hay trabajo, no hay comida —cuando hablaba, su rostro mostraba signos de tensión; la crisis debía de estar más próxima de lo que yo había imaginado. Planeé mis preguntas deliberadamente, y le pregunté por los refugios. Los contingentes de personas hambrientas que huían del hielo representaban un problema para cualquier país superviviente—. Si están en condiciones de trabajar, les permitimos que se queden. Necesitamos todos los trabajadores que sea posible conseguir.

Le pregunté:

—¿Y eso no les crea dificultades? ¿Cómo se las arreglan para alojarlos a todos?

—Tenemos campamentos para los hombres. A las mujeres las ponemos en albergues.

Ése era el punto al que yo quería llegar. Fingiendo que me interesaba profesionalmente, le pregunté:

—¿Podría echar un vistazo a uno de esos lugares?

—¿Por qué no? —su sonrisa revelaba cansancio. No logré discernir si se trataba de un hombre excepcionalmente civilizado, o meramente indiferente. Antes de que me marchara, me dio una dirección. Las cosas habían salido mucho mejor de lo que me había imaginado. Había conseguido la información que me interesaba, y un revólver del ejército.

Fui a buscar a la chica. Volvía a nevar, y el viento era más frío y más fuerte. Las calles estaban desiertas, no encontré a nadie para que me orientara. Me pareció que había encontrado la casa, pero no vi ningún letrero. Quizás había llegado demasiado tarde: a causa de mis inexplicables fracasos, había perdido demasiado tiempo… Probé todas las puertas de la calle: estaban cerradas con llave.

Encontré una puerta abierta y entré sin vacilar. El interior de la casa estaba vacío y en un estado lamentable; tenía el aspecto de un hospicio. Las habitaciones no tenían calefacción. Ella estaba sentada con el abrigo gris puesto y las piernas envueltas en algo que parecía una cortina. En cuanto me vio, la apartó y se levantó de un salto.

—¡Tú! Supongo que te ha enviado él… ¿no recibiste mi mensaje?

—No me envía nadie. ¿Qué mensaje?

—Te dejé un mensaje en el que te decía que no me siguieras.

Le respondí que no lo había recibido, pero que aunque así fuera no tendría ninguna importancia porque igualmente la habría seguido.

Me miró con sus enormes ojos llenos de recelo, de indignación y temor.

—No quiero tener nada que ver con ninguno de los dos.

Hice caso omiso de su afirmación.

—No puedes quedarte aquí sola.

—¿Por qué no? Aquí me las arreglo muy bien —le pregunté qué hacía—. Trabajo.

—¿Cuánto te pagan?

—Nos dan comida.

—¿Y dinero no?

—A veces, el que ha trabajado muy duramente, recibe dinero —poniéndose a la defensiva, continuó—: Yo soy demasiado delgada para los trabajos realmente duros. Dicen que no tengo mucha resistencia.

Yo la había estado observando: se la veía hambrienta, como si durante algún tiempo no hubiera podido comer lo suficiente. Sus delgadas muñecas siempre me habían fascinado; en ese momento casi no pude quitarles los ojos de encima, salían como palitos por debajo de las pesadas mangas. En lugar de preguntarle por el tipo de trabajo que hacía, la interrogué sobre sus planes para el futuro. Me respondió bruscamente:

—¿Y por qué iba a decírtelo? —entonces supe que no tenía ningún plan.

Le expliqué que deseaba ardientemente que me considerara su amigo.

—¿Por qué? No tengo motivos para hacerlo. De todos modos, no necesito amigos. Puedo apañármelas sola.

Le dije que había ido con la esperanza de llevarla conmigo a un lugar en el que la vida fuera más fácil, algún lugar con un clima mejor. Noté que empezaba a flaquear y moví la mano hacia la ventana cubierta de una gruesa capa de hielo y en cuyo alféizar la nieve se amontonaba, cubriendo el cristal hasta la mitad.

—¿No estás harta del frío? —ella ya no podía ocultar su nerviosismo y se retorcía las manos. Añadí—: Además, aquí estás en la zona de peligro.

Su rostro empezaba a adoptar una expresión lamentable, y perdía poco a poco el dominio de sí misma.

—¿Qué peligro? —las pupilas de sus ojos se dilataban.

—El hielo… —quise continuar, pero esas dos palabras bastaron. Su expresión revelaba el pánico que sentía; empezó a temblar.

Me acerqué a ella y le toqué la mano. Ella me apartó bruscamente.

—¡No lo hagas! —cogí un pliegue de su abrigo y observé su rostro furioso y asustado de criatura defraudada, el leve color morado alrededor de sus ojos, como los de un niño que ha llorado durante mucho tiempo—. ¡Déjame en paz! —intentó quitar la pesada tela de mi mano—. ¡Vete! —no me moví—. ¡Entonces me iré yo! —se apartó bruscamente y se lanzó hacia la puerta, arrojando todo su cuerpo contra ésta y haciendo que se abriera tan violentamente que perdió el equilibrio y se cayó. Su pelo brillante se desparramó sobre el suelo, resplandeciente como el mercurio, brillante, revuelto, vivo, sobre el suelo oscuro, apagado, gastado y sucio. La levanté. Ella forcejeó y jadeó—. ¡Suéltame! ¡Te odio, te odio! —pero no tenía fuerza. Era como sujetar a un gatito que se revuelca. Cerré la puerta y le eché llave.

Esperé algunos días, pero la espera fue difícil. Era hora de irse. Sólo faltaban unas horas para que se desencadenara un desastre de gran magnitud. A pesar del secreto con que se rodeaba el tema, tenía que haberse filtrado alguna noticia. En la ciudad se desplegó repentinamente una agitada actividad. Desde mi ventana vi que un joven corría de casa en casa comunicando un mensaje de terror. En un tiempo increíblemente breve, sólo en cuestión de segundos, la calle se llenó de gente que arrastraba bolsas y bultos. De manera desorganizada y mostrando síntomas de pánico agudo, salían a toda prisa, algunos en una dirección y otros en otra. No parecían tener un destino ni un plan fijo, sólo la abrumadora urgencia de huir de la ciudad. Me sorprendió que las autoridades no tomaran medidas. Tal vez habían fracasado en el desarrollo de un proyecto viable para una evacuación, y simplemente habían decidido dejar que las cosas siguieran su curso. Resultaba perturbador observar el caótico éxodo. Todo el mundo parecía estar al borde del pánico. Al verme sentado en un bar, en lugar de estar preparando mi huida, la gente pensaba que yo estaba loco. El miedo de ellos era contagioso; el clima de una catástrofe inminente me perturbaba, y me alegré al recibir el mensaje que estaba esperando. Un barco estaba a punto de anclar fuera del puerto, en algún lugar alejado del hielo. Era el último que pasaba, y estaría anclado sólo durante una hora.

Fui a ver a la muchacha y le dije que era nuestra última oportunidad, que tenía que irse conmigo. Se negó a ponerse de pie.

—No voy a ir a ninguna parte contigo. No te creo. Me quedaré

aquí, donde soy libre.

—¿Libre para qué? ¿Para morirte de hambre? ¿Para morir congelada? —la saqué de la silla y la hice ponerse de pie.

—No quiero ir… no puedes obligarme —retrocedió, me miró con ojos desorbitados y se apoyó contra la pared, esperando que algo o alguien la rescatara. Perdí la paciencia, la arrastré hasta fuera del edificio y le solté el brazo; tuve que seguir arrastrándola.

Nevaba tan intensamente que apenas lograba ver el otro lado de la calle; la escena era desolada, blanca, mortal, prepolar. El viento ártico arrastraba torrentes de nieve que pasaban junto a nosotros como si fueran plumas. Resultaba difícil caminar, el viento hacía que la nieve nos golpeara la cara y la lanzaba sobre nosotros desde diferentes ángulos, arremolinándola a nuestro alrededor en locas espirales. Todo estaba cubierto, borroso, confuso, y no se veía ni una sola persona. Súbitamente, seis policías montados surgieron entre la ventisca; los cascos de sus caballos avanzando mudamente, las bridas tintineando. Al verlos, la muchacha gritó:

—¡Socorro! —creyó que la salvarían e intentó liberarse mientras hacía un gesto implorante con la mano que le quedaba libre. Yo la sujeté fuertemente y la retuve a mi lado. Los hombres rieron y silbaron al pasar junto a nosotros, desapareciendo bajo una ráfaga blanca. Ella rompió a llorar.

Oí el sonido de una campana que se acercaba lentamente. Un anciano sacerdote giraba en una esquina, arrastrándose; llevaba puesta una capucha negra e iba encorvado para resistir la tormenta, encabezando un numeroso grupo de gente. La campana era como las que se usaban para hacer salir a los escolares del patio de recreo; mientras caminaba, la hacía sonar débilmente. Cuando se le cansaba el brazo, descansaba un momento y decía en voz temblorosa:

—Sauve qui peut!

Algunos de sus seguidores repetían el grito, cantándolo como si se tratara de una endecha, mientras otros se detenían para golpear las puertas junto a las cuales pasaban. De algunas de las casas salían silenciosamente figuras enfundadas que se unían a ellos. Me pregunté a dónde irían; daba la impresión de que no llegarían demasiado lejos. Todos ellos eran ancianos y enfermizos, decrépitos. Los jóvenes y fuertes los habían dejado atrás. Se movían

con pasos débiles y vacilantes en lenta procesión, arrastrándose con movimientos no coordinados; sus apagados rostros estaban enrojecidos por el frío.

La muchacha avanzaba a tropezones sobre la nieve. Aunque yo apenas podía respirar, tenía que sostenerla. La escarcha me dejaba sin aliento y me impedía respirar; mi aliento se congelaba formando carámbanos sobre mi cuello. Las membranas mucosas escarchadas me taponaban la nariz. Cada vez que aspiraba una bocanada de aire polar, tosía y jadeaba. Pareció que habían pasado horas antes de llegar al puerto. Al ver el bote, ella reanudó sus débiles forcejeos y gritó:

—No puedes hacerme esto… —la empujé para que subiera, subí de un salto tras ella, cogí los remos, desatraqué el bote y empecé a remar con todas mis fuerzas.

Varias voces nos gritaron, pero las ignoré; ella era mi única preocupación. El canal abierto se había estrechado considerablemente, sus bordes se habían congelado; pronto estarían cubiertos por hielo sólido. Del hielo cada vez más espeso del puerto surgían unos chasquidos extraordinariamente ruidosos y prolongados, como disparos, como truenos. Sentía la cara en carne viva, tenía las manos azules y abrasadas de frío, pero seguí remando hacia el barco, a través de la blanca ventisca, de las ráfagas de agua, del hielo que avanzaba, de los gritos, los chasquidos, la sangre. Un pequeño bote se hundió junto a nosotros, y varios brazos agitaron el agua frenéticamente. Unos dedos desesperados arañaron la borda, pero los rechacé. Pasó flotando una pareja de amantes unidos en un abrazo congelado, balanceándose y rodando delirantemente entre las olas. De repente el bote se sacudió violentamente; di media vuelta y saqué el revólver. Sabía lo que había ocurrido. Detrás de mí, un hombre había trepado por la borda. Disparé y lo arrojé otra vez al agua, que quedó teñida de rojo. El costado del barco emergió como un acantilado por encima de nosotros; la escala de toldilla apenas me llegaba al hombro.

Como pude, mediante un esfuerzo colosal, logré subir a la chica hasta los escalones de madera, trepé tras ella y la empujé encima de la cubierta. Nos permitieron quedarnos. No había nadie más a bordo. El barco empezó a moverse en seguida. Era todo un éxito.

Seguimos viajando, cambiando de un barco a otro. Ella no podía soportar el intenso frío, temblaba constantemente, rompiéndose en pedazos como un cristal de Venecia. Era posible observar su desintegración. Estaba cada vez más pálida, más débil, más transparente, parecía un espectro. Valía la pena verlo. No se movía más de lo estrictamente imprescindible. Sus miembros parecían demasiado quebradizos para usarlos. Las estaciones habían dejado de existir y habían sido reemplazadas por el frío perpetuo. Las paredes de hielo se alzaban tronando, lisas, brillantes, fantásticas, como una pesadilla glacial; la luz del día se hundía en el misterioso resplandor del iceberg, espejismo de luz. Con un brazo abrigaba y sostenía a la muchacha; el otro brazo era el del verdugo.

El frío disminuyó ligeramente. Desembarcamos para esperar otro barco. El país había estado en guerra, la ciudad había sufrido serios daños. No había alojamiento disponible; tan sólo un hotel estaba siendo reconstruido y sólo se había terminado una planta en la que las dependencias habitables estaban ocupadas. No pude convencer ni sobornar a nadie para que nos alojara. Todos tenían aversión a los viajeros, y los desalentaban: bajo tales circunstancias, era normal. Nos dijeron que podíamos quedarnos en una especie de centro situado en las afueras de la ciudad; nos llevaron hasta allí a través de los suburbios en ruinas, donde todo había quedado aplastado, no quedaban rastros de árboles ni de jardines, no había nada en pie. El campo había sido un campo de batalla y ahora estaba desierto, cubierto de escombros.

Nos depositaron en un lugar que había sido una granja. A nuestro alrededor se extendía un increíble caos. Trozos de carros rotos, tractores, coches, herramientas, trozos de neumáticos viejos, trozos de utensilios irreconocibles, todo mezclado con los restos de armas destrozadas y material bélico. Nuestro escolta caminaba cautelosamente y nos dijo que tuviéramos cuidado con las minas y las bombas que aún no habían explotado. En el interior, las habitaciones estaban cubiertas de fragmentos de escombros de todo tipo, demasiado despedazados como para identificarlos. Nos llevaron a una habitación con suelo de tierra y desprovista de muebles, con agujeros en las paredes y el techo toscamente cubierto de tablas, en la que había tres personas sentadas en el suelo, apoyadas contra la pared. Estaban calladas, inmóviles,

apenas parecían vivas, y cuando les hablé no prestaron atención. Más tarde me enteré de que se habían quedado sordos: se les habían reventado los tímpanos. Había muchos en la misma situación en todo el país, con la cara desgarrada y los labios partidos por el mismo viento devastador. Un hombre gravemente enfermo estaba tendido en el suelo, tapado con una delgada manta. Se le habían caído varios mechones de pelo, de sus manos y de su rostro colgaban tiras de piel, su boca desdentada se sacudía y cada vez que tosía lanzaba negras mucosidades sanguinolentas; no paraba de toser y gemir y escupir sangre. Unos gatos flacos se paseaban de un lado a otro, chupando la sangre con sus delicadas y puntiagudas lenguas rosadas.

Teníamos que quedamos allí hasta que llegara el barco. Yo ansiaba encontrar un punto en el cual fijar mi mirada, pero no había nada, ni dentro ni fuera; ni campos, ni casas, ni carreteras; sólo grandes cantidades de piedras, escombros y huesos de animales muertos. Piedras de todas las formas y tamaños cubrían el suelo formando una capa de medio metro o un metro de espesor, muchas veces apiladas en enormes montículos, que sustituían a las colinas de un paisaje normal. Me las arreglé para conseguir un caballo y cabalgué quince kilómetros tierra adentro; pero el horrible y monótono paisaje no cambiaba, el mismo yermo abandonado y pedregoso se extendía hasta el horizonte y en todas las direcciones, sin señales de vida ni de agua. Todo el país parecía inerte, gris, sin colinas salvo las colinas de piedras, incluso sus contornos naturales habían quedado destruidos por la guerra.

La muchacha estaba exhausta, agotada por el viaje, y no quería continuar. No cesaba de repetir que tenía que descansar, y me suplicaba que la dejara y continuara el viaje yo solo.

—¡Basta de arrastrarme! —decía en tono quejumbroso—. Sólo lo haces para torturarme —yo le explicaba que intentaba salvarla. Sus ojos ardían de ira—. Eso es lo que tú dices. Fui una estúpida al creerte la primera vez —a pesar de todos mis esfuerzos por complacerla, insistía en tratarme como a un enemigo traidor. Hasta ese momento había intentado reconfortarla y comprenderla. Ahora su prolongado antagonismo surtía efecto; la seguí hasta el interior del pequeño camarote. Ella luchó, no había sitio, el bote se balanceó, ella se cayó de la litera, se golpeó el hombro contra el

suelo y se lastimó la delicada piel. Gritó: —¡Eres un bruto! ¡Una bestia! ¡Te detesto! —intentó golpearme e hizo un esfuerzo por levantarse; pero yo la obligué a bajar, la obligué a quedarse en el suelo duro y frío. Gritó: —¡Ojalá pudiera matarte! —y empezó a sollozar y a forcejear como una histérica. La abofeteé.

Ella me tenía miedo, pero su actitud hostil no cambió. Su rostro blanco, terco, asustado e infantil me crispaba los nervios. Aunque los días se volvían poco a poco más cálidos, ella siempre estaba aterida de frío. Rechazaba mi abrigo. Estaba obligado a verla temblar incesantemente.

Empezó a adelgazar, parecía que la carne se le fundía con los huesos. Su pelo perdió brillo, se había vuelto demasiado pesado y el peso la obligaba a bajar la cabeza. Ella la dejaba inclinada, intentando no mirarme. Indiferente, se ocultaba en los rincones o me evitaba paseándose por el barco, tambaleándose porque sus débiles piernas no le permitían mantener el equilibrio. Yo ya no sentía ningún deseo, había renunciado a hablarle, había hecho míos los silencios del magistrado. Era totalmente consciente de lo siniestras que debían de ser mis mudas entradas y salidas, y obtenía de ello cierta satisfacción.

Nos acercábamos al final del viaje.

XI

LA ciudad alegre e intacta, llena de luz y de color, la libertad, la ausencia de peligro, el cálido sol. Los rostros irradiaban felicidad. La sensación de despreocupación producía euforia. El pasado quedó olvidado y, con él, el largo, penoso y peligroso viaje y la pesadilla anterior. Salvo la pesadilla, nada había parecido real mientras ocurría, como si el mundo perdido hubiera sido imaginado o soñado. Ahora ese mundo, que ya no estaba perdido, era la única realidad sólida. Había teatros, cines, restaurantes y hoteles, tiendas que vendían toda clase de artículos libremente, sin cupones. El contraste era asombroso; el alivio, arrollador; la reacción, demasiado fantástica. Se producía una especie de delirio, de alegría demente. La gente cantaba y bailaba por las calles, los desconocidos se abrazaban. Toda la ciudad estaba decorada como para un festival: flores por todas partes, farolillos de papel y bombillas de colores colgados de los árboles, edificios iluminados con focos, elaborados adornos con luces de colores en los parques y jardines. La vibración de la música no cesaba nunca. Todas las noches había una exhibición de fuegos artificiales. Todas las noches estallaban en el cielo largas y llameantes estrellas y cohetes, que se hundían reflejándose en el oscuro puerto. Los festejos se sucedían uno tras otro: verbenas, batallas de flores, bailes, regatas, conciertos, procesiones. Nadie quería que le recordaran lo que estaba ocurriendo en otras partes del mundo. Los rumores que llegaban de afuera eran

suprimidos por orden del cónsul, que había asumido la responsabilidad de mantener la ley y el orden, «hasta el

restablecimiento del *statu quo*». Según las nuevas normas, hablar de la catástrofe era delito. La norma era no saber.

Al recordar cómo yo mismo había deseado olvidar en otra ocasión, comprendí la eufórica ceguera y no la condené. Pero no participaba del regocijo general; no me sentía feliz. No tenía intención de perder el tiempo bailando o mirando los fuegos artificiales. Pronto quedé absolutamente harto de las orquestas y de la gente vestida con disfraces. La muchacha adoraba toda aquella alegría, gracias a ésta se había transformado por completo, su vida se había renovado milagrosamente. Su debilidad y su cansancio desaparecieron, entraba corriendo en las tiendas, se compraba ropa y cosméticos extravagantes, iba a las peluquerías y a los salones de belleza. Parecía otra persona. Ya no era tímida, trababa amistad con personas que yo no conocía, ganaba confianza ante la aprobación de éstas y se convertía en una persona independiente y alegre. Yo apenas la veía; la mayor parte del tiempo no tenía idea de dónde estaba. Se acercaba a mí sólo cuando necesitaba dinero, y yo siempre se lo daba. Para mí era una situación insatisfactoria. Quería ponerle fin.

No podía quedar aislado del resto del mundo. El destino del planeta me afectaba, y tenía que tomar parte activa en lo que ocurría, fuera lo que fuese. Las interminables celebraciones me parecían aburridas y siniestras, reminiscencias de las orgías de la época de la plaga. Ahora, como entonces, la gente se engañaba; alcanzaban una falsa sensación de seguridad mediante la autoindulgencia y la ilusión. Ni por un momento creí que se habían librado realmente.

Estudié atentamente el clima; era agradable y cálido, pero no lo suficientemente caluroso. Noté sobre todo cómo caía la temperatura al anochecer, produciendo un auténtico escalofrío. Era una mala señal. Si lo mencionaba, me decían que ésta era la estación fría. De todos modos, el sol tendría que haber sido más fuerte. Al echar un vistazo a mi alrededor, encontré otros indicios de que el clima estaba cambiando. Las plantas de los jardines tropicales empezaban a tener aspecto enfermizo y le pregunté por qué a un hombre que trabajaba allí. Me dedicó una mirada suspicaz, y masculló una respuesta evasiva; cuando insistí, fingió oír que lo llamaba su jefe, y se marchó. Hablé de las noches frías

con la gente de la ciudad y comprobé que iban especialmente abrigados. Era obvio que no estaban acostumbrados ni siquiera a este frío benigno, y que no tenían ropa adecuada. Ellos también me respondieron con evasivas y me miraron alarmados. Teniendo en cuenta las nuevas disposiciones, probablemente me tomaban por un *agent provocateur*.

Un conocido mío, empleado por su gobierno en calidad de oficial, se detuvo a poner combustible en su avión. Me puse en contacto con él y le pregunté qué ocurría en otros países. No se mostró comunicativo. Comprendí los motivos y no lo presioné. Él no podía estar seguro de cuáles eran mis simpatías. No se toleraban errores. Se exigía una lealtad absoluta. El que pronunciara una frase imprudente, podía ser eliminado sin que se le concediera la posibilidad de corregir un error de juicio. Aunque con cierta reticencia, estuvo de acuerdo en llevarme como pasajero cuando se marchara, pero sólo hasta otra isla del archipiélago. En el mapa vi que la isla habitada por los Indris no estaba muy lejos y, aunque había decidido retomar mi antigua profesión, me prometí una corta visita a los lémures antes de pasar al escenario de las operaciones militares.

Fui a informar de mis planes a la muchacha. Por la mañana temprano, mientras esperaba para cruzar una calle, había sido detenido por una procesión. Era ella quien la encabezaba, de pie junto al conductor de un enorme coche abierto y decorado con violetas. Ella no me vio, ni miró hacia donde yo estaba. Su pelo brillaba como un tenue fuego bajo el sol, sonreía y arrojaba violetas a la multitud. Resultó difícil reconocerla como la muchacha que había viajado conmigo. Cuando entré en su habitación, aún llevaba el mismo vestido violeta; el delicado color combinaba bien con su frágil palidez, y estaba terriblemente atractiva. Su pelo reluciente, rociado de plata y violetas, había sido retocado con una tintura del mismo tono; el ligero toque de fantasía resultaba especialmente encantador.

Luego de advertirle que lo abriera más tarde, le entregué un pequeño paquete que contenía un brazalete que a ella le gustaba, y un cheque de mi cuenta personal.

—También te traigo buenas noticias. He venido a decirte adiós —pareció desconcertada y me preguntó qué quería decir—. Me

marcho esta noche. En avión. ¿No estás contenta? —como se quedó callada, proseguí—: Siempre quisiste librarte de mí. Debes alegrarte de que por fin me vaya.

Hubo una pausa y entonces dijo en tono frío y de resentimiento:

—¿Qué esperas que diga? —quedé sorprendido ante su reacción. Siguió contemplándome fríamente y con repentina amargura me preguntó—: ¿Qué clase de hombre te crees que eres? —usaba un tono mordaz—. Ahora tal vez comprendas por qué nunca te creí. Siempre supe que volverías a traicionarme… a irte, dejándome, igual que antes.

Protesté:

—¡Eso es absolutamente injusto! No puedes culparme porque me vaya después de que tú me has dicho que lo haga y has dejado totalmente claro que no tienes tiempo para mí… Apenas te he visto desde que llegamos aquí.

—¡Oh…! —exclamó disgustada, me volvió la espalda y se separó un poco de mí.

Su amplia falda formó un remolino, un brillo plateado como la luz de la luna sobre las violetas; su pelo, pesado y brillante, titilaba con toques de luz violeta. La seguí y le toqué el pelo con la punta de los dedos; parecía lleno de vida. Sus brazos tenían un suave brillo satinado, la piel se veía tersa y perfumada por la cadena de violetas que rodeaban su delgada muñeca. La rodeé con mis brazos y le besé el cuello. Su cuerpo se tensó instantáneamente en una violenta resistencia y se apartó.

—¡No me toques! No sé cómo tienes el coraje de… —su voz, que parecía quebrada y al borde de las lágrimas, volvió a elevarse débilmente—: ¿Y bien? ¿Qué esperas? ¿Por qué no te vas? Y esta vez no vuelvas. No quiero volver a verte más, ni acordarme de ti.

Se arrancó el reloj y un anillo que yo le había regalado y los arrojó con gesto furioso hacia donde yo estaba. Empezó a desabrocharse el collar; con las manos en la nuca y los brazos levantados, su delgado cuerpo adoptó un aire voluptuoso que en realidad no poseía. Tuve que hacer un esfuerzo para no volver a abrazarla, y en cambio le supliqué:

—No te pongas tan furiosa. No nos despidamos así. Deberías saber lo que he sentido por ti durante todo este tiempo. Sabes cómo te seguí, y que te obligué a venir conmigo. Pero dijiste tan

insistentemente que me odiabas, que no querías tener nada que ver conmigo, que finalmente tuve que creerte —era honesto sólo a medias, y lo sabía. Con gesto indeciso, le cogí la mano; parecía rígida, insensible, pero no la apartó, me dejó que se la sostuviera mientras me miraba fijamente. Llenos de duda, crítica y acusación, sus ojos se posaron… sus serios, inocentes y ensombrecidos ojos; aún tenía la otra mano en el cuello, ocupada con el collar; su pelo resplandeciente, la fragancia de las violentas tan cerca de mi mano… y luego su voz severa:

—¿Y si yo no hubiera dicho todo eso, te habrías quedado conmigo?

Me pareció que en ese momento era importante decir toda la verdad; pero no estaba seguro de cuál era y, en fin de cuentas, las únicas palabras verdaderas parecían ser:

—No lo sé.

Se puso furiosa y apartó su mano de la mía; con la otra mano dio un tirón a la cadena que rodeaba su cuello y la rompió: las cuentas se desparramaron por toda la habitación.

—¿Cómo puedes ser tan terriblemente despiadado… y tan descarado? Cualquier otra persona se sentiría avergonzada… pero tú… ni siquiera finges tener sentimientos… es demasiado horrible, odioso… ¡Eres inhumano! —me sentí apenado, no había tenido la intención de hacerle daño; en cierto modo, podía comprender su indignación. Me pareció que no tenía nada que decir. Mi silencio la enfureció aún más—. ¡Oh, vamos! ¡Márchate! ¡Vete! —se giró repentinamente hacia mí y me empujó con tanta fuerza que me cogió desprevenido; me tambaleé hacia atrás y me golpeé el codo contra la puerta. Dolorido y molesto, le pregunté:

—¿Por qué estás tan ansiosa de que salga de la habitación? ¿Esperas a alguien? ¿Tal vez al dueño del coche en el que te paseabas?

—¡Oh, cómo te aborrezco y te desprecio! ¡No te imaginas cuánto! —volvió a empujarme—. Márchate, ¿quieres? ¡Vete, vete, vete!

Respiró profundamente, me embistió y empezó a golpearme el pecho con los puños. Pero el esfuerzo resultó excesivo y lo abandonó de inmediato; se apoyó contra la pared y dejó caer la cabeza. Vi que su rostro sombrío estaba congestionado por la

emoción; luego un mechón de su brillante pelo le quedó colgando delante de los ojos, ocultándolos. Hubo una breve pausa, lo suficientemente larga para sentir que un escalofrío me recorría el cuerpo, el presagio de un vacío, de una pérdida… de lo que sería la vida sin ella.

Para librarme de esta sensación desagradable necesitaba ponerme en acción. Puse la mano en el pomo de la puerta y dije:

—De acuerdo; ahora me voy —en cierto modo, esperaba ser detenido en el último momento. Pero ella no hizo ningún movimiento ni dijo nada, no emitió ninguna señal. Sólo que, cuando abrí la puerta, de su garganta salió un extraño y leve sonido: un sollozo, un ahogo, tos, no pude descifrarlo. Salí al pasillo y pasé rápidamente junto a todas las puertas cerradas, rumbo a mi habitación.

Aún me quedaba un poco de tiempo. Telefoneé pidiendo una botella de whisky y me senté a beber. Me sentía inseguro, dividido interiormente. Mi maleta ya estaba cerrada y la habían llevado a la planta baja. Pocos minutos después tendría que seguir… a menos que cambiara mis planes y me quedara aquí… Recordé que aún no me había despedido, me pregunté si podía retroceder, no lograba decidirme. Aún no me había decidido cuando llegó la hora de partir.

Para bajar tenía que volver a pasar junto a su puerta. Vacilé un momento junto a la puerta y finalmente subí a toda prisa al ascensor. Me estaba marchando, naturalmente. Sólo un demente habría desperdiciado esta posibilidad casi milagrosa de alejarse. No podía abrigar la esperanza de que se presentara otra.

XII

LAS noticias que oí durante el vuelo confirmaron mis temores más graves. La situación mundial parecía entrar en su última fase fatal. La eliminación de muchos países, incluido el mío, no dejaba dudas acerca del militarismo de las restantes grandes potencias, que se enfrentaban entre sí, mientras las naciones más pequeñas dividían sus lealtades entre ellas. Las dos potencias más importantes tenían una reserva de armas nucleares muchas veces superior a la capacidad de destrucción del enemigo, de modo que el equilibrio del terror parecía perfectamente regulado. Pero algunos de los países más pequeños —aunque no se sabía cuáles— también poseían ingenios termonucleares; esta incertidumbre, y la tensión resultante, producían el agravamiento de las crisis, cada una de las cuales acercaba cada vez más la crisis final. Una enfermiza impaciencia con respecto a la muerte estaba conduciendo a la humanidad a un segundo suicidio, incluso antes de que se hubieran sentido todos los efectos del primero. Yo me encontraba profundamente deprimido, vivía esperando que ocurriera algo espantoso, una especie de ejecución en masa.

Contemplé la naturaleza y ésta parecía compartir mis sentimientos y tratar inútilmente de escapar a su ruina inminente. Las olas del mar se agitaban en desordenado vuelo rumbo al horizonte; las aves marinas, los delfines y los peces voladores se lanzaban frenéticamente al aire; las islas temblaban y se volvían transparentes, esforzándose por separarse, por

levantarse como el vapor y esfumarse en el espacio. Pero no había escapatoria posible. La indefensa tierra sólo podía limitarse a

aguardar su propia destrucción, que ocurriría mediante avalanchas de hielo o por explosiones en cadena que se producirían sin cesar, transformándola poco a poco en una nebulosa cuya sustancia misma quedaría desintegrada.

Me interné solo en la selva, en busca de los Indris, con la convicción de que su mágica influencia podría disipar el peso mortal de la depresión que me abatía. No me importaba si los veía o los soñaba. Hacía calor, el aire estaba húmedo; con furiosa intensidad, el sol vertía toda su fuerza sobre el ecuador por última vez. Me dolía la cabeza, estaba agotado; incapaz de seguir soportando el sol abrasador, me tendí a la sombra y cerré los ojos.

De pronto sentí que los lémures estaban cerca de mí. ¿O era su proximidad lo que anulaba la desesperación y el pavor? Era como si recibiera un mensaje de esperanza de otro mundo, un mundo sin violencia ni crueldad, en el que la desesperación no se conocía. Había soñado muchas veces con ese lugar, en el que la vida era mil veces más excitante y espléndida que la vida en la tierra. Ahora uno de sus habitantes parecía estar de pie junto a mí. Me sonrió, me tocó la mano y pronunció mi nombre. Su rostro era sereno e imparcial, intemporalmente inteligente, rebosante de buena voluntad, era imposible asociarlo con alguna forma de simulación.

Me habló de la alucinación del espacio-tiempo y de la unión de pasado y el futuro, de modo que cualquiera de los dos podía ser el presente, y todas las edades accesibles. Me dijo que si yo quería, me llevaría a su mundo. Él y sus semejantes habían visto el fin de nuestro planeta, el fin de la raza humana. La raza se estaba extinguiendo, igual que el deseo-muerte colectivo, el fatal impulso hacia la autodestrucción, aunque tal vez la vida humana podría sobrevivir. La vida aquí había terminado. Pero la vida continuaba y se expandía en un lugar distinto. Si queríamos, podíamos ser incorporados a esta vida más amplia.

Intenté comprender. Él era un hombre, pero parecía algo más; no era lo que yo era. Tenía acceso al conocimiento superior, a alguna verdad fundamental. Me estaba ofreciendo la libertad de su mundo privilegiado, un mundo que en lo más profundo de mi ser ansiaba conocer. Sentí la excitación de una experiencia inimaginable. Desde el mundo condenado y en extinción que el hombre había destrozado, me pareció vislumbrar este otro, nuevo,

infinitamente vivo y poseedor de un potencial sin límites. Por un instante me creí capaz de existir en ese mundo maravilloso en un nivel más elevado; pero cuando pensé en la muchacha, en el magistrado, en el hielo que se expandía, en las luchas y en los asesinatos, comprendí qué lejos estaba de mis posibilidades. Yo era parte de todo eso, estaba definitivamente comprometido con los acontecimientos y las personas de este planeta. Resultaba desgarrador rechazar lo que una parte de mi ser más deseaba. Pero sabía que mi lugar estaba aquí, en nuestro mundo sentenciado a muerte, y que tendría que quedarme y presenciarlo hasta el final.

Posteriormente, el sueño, la alucinación, o lo que fuere, tuvo sobre mí un efecto poderoso. No podía olvidarlo, no podía olvidar la inteligencia suprema y la integridad de ese rostro de ensueño. Quedé con una sensación de vacío, de pérdida, como si realmente hubiera tenido en mis manos algo precioso y lo hubiera desaprovechado.

Ahora no parecía importante lo que yo hiciera. Estaba inmerso en la violencia y debía ajustarme a esa pauta. Logré llegar al continente, donde se desarrollaba la lucha guerrillera, e, indiferente a todo, me uní a una compañía de mercenarios al servicio del oeste. Luchamos en los pantanos, en el delta de un río caudaloso con muchas desembocaduras, la mayor parte del tiempo cubiertos de barro hasta los muslos. Se habían perdido más hombres en el barro que por culpa de la acción enemiga hasta que, por fin, emprendimos la retirada. Me daba la impresión de que luchábamos contra el hielo, que se iba acercando a ritmo uniforme, cubriendo la mayor parte del mundo con su silencio sepulcral y su espantosa paz blanca. Haciendo la guerra confirmábamos el hecho de que estábamos vivos y nos oponíamos a la muerte glacial que invadía el globo terráqueo.

Yo aún tenía la sensación de estar esperando que ocurriera algo terrible, pero en una extraña especie de estado de suspensión. Existía un bloqueo emocional. Lo observé en mí mismo y también en los demás. En la represión de los disturbios producidos a causa de los alimentos, nuestras metralletas derribaban indiscriminadamente a los alborotadores y a los peatones inocentes. Yo no experimentaba ningún sentimiento con respecto a ello y noté la misma indiferencia en todos los demás. La gente se quedaba

mirando como si se tratara de una representación, y ni siquiera atendían a los heridos. Durante algún tiempo tuve que compartir una tienda de campaña con otros cinco. Tenían un valor increíble, pero ni la más mínima idea del peligro, de la vida, de la muerte, de nada; mientras tuvieran una comida caliente todos los días con carne y patatas, estaban satisfechos. Yo no podía establecer ninguna relación con ellos; colgaba mi abrigo como si fuera un biombo y me acostaba tras él, pero no dormía. Pronto empecé a oír que mencionaban al magistrado. Había sido destinado al cuartel general occidental, en el que desempeñaba un puesto importante. Recordé su deseo de cooperar con las grandes potencias y me admiró el modo en que lo había conseguido. Al pensar en él me sentí intranquilo. Parecía una idiotez pasar mis últimos días en una unidad de combatientes mercenarios, y decidí pedirle que me encontrara un trabajo en el cual pudiera tener más competencia. El problema era cómo llegar a él. Nuestro jefe era la única persona que de vez en cuando tenía trato directo con el comando supremo, pero no le interesaba nada más que su propio ascenso, y se negó a ayudarme. Habíamos pasado varios días atacando un edificio fuertemente defendido en el que, según se decía, había documentos secretos. Decidido a atribuirse el mérito de tomar el lugar sin ayuda, no quiso pedir refuerzos. Mediante una simple artimaña, le facilité las cosas para que asaltara el edificio y enviara los documentos al cuartel general, por lo que fue enormemente elogiado.

Impresionado por mi ingenio, me invitó a tomar una copa con él y me ofreció un ascenso. Al día siguiente tenía que enviar un informe privado, y le dije que la única recompensa que quería era ir al cuartel general con él. Me respondió que no podía concedérmelo, y que debía darle más consejos de ese tipo. Estaba medio borracho. Lo incité deliberadamente a que siguiera bebiendo, hasta que se desmayó. Por la mañana, cuando estaba a punto de arrancar, me metí en su coche, fingiendo que había prometido llevarme; confiaba en que la noche anterior estaba demasiado borracho y no recordaría lo que habíamos hablado. Fue un momento desagradable. Era evidente que sospechaba algo. Pero no me echó del coche. Viajé con él hasta el cuartel general; ninguno de los dos dijo una sola palabra en todo el camino.

XIII

HABÍAN instalado el cuartel general lejos del campo de batalla; era un edificio enorme y flamante, en el que ondeaba una bandera enorme y flamante. De aspecto sólido, macizo, costoso, indestructible, construido en piedra y hormigón, se alzaba entre las casas de madera viejas, bajas y desvencijadas. Aparte de los centinelas de la entrada principal, parecía no tener nada que ver con la guerra. No se veían otros guardias. En el interior parecía no haber absolutamente ningún dispositivo de seguridad. Recordé la observación que el comandante había hecho la noche de la borrachera: tal vez esta gente era realmente demasiado blanda para luchar; confiando en su supremacía tecnológica, en el gigantesco tamaño y riqueza de su país, creían que no necesitaban ensuciarse las manos en esta lucha y pagaban a sus inferiores para que ellos lo hicieran.

Me llevaron a las habitaciones del magistrado. El lugar poseía aire acondicionado. Los ascensores se elevaban suave, silenciosa y rápidamente. Los anchos pasillos estaban cubiertos de pared a pared por gruesas alfombras. Después de la miserable incomodidad en la que había vivido, esto me pareció un hotel de lujo. A pesar de que afuera brillaba el sol, había luces encendidas por todas partes. Las ventanas estaban herméticamente cerradas, y no se podían abrir. La atmósfera resultante era ligeramente irreal.

Una secretaria vestida con uniforme me dijo que el magistrado no podía ver a nadie. Tenía que partir

inmediatamente en viaje de inspección y estaría fuera varios días.

Le expliqué:

—Tengo que verlo antes de que se vaya. Es urgente. He venido expresamente para eso. No lo entretendré más de un minuto.

Ella apretó los labios y sacudió la cabeza.

—Es absolutamente imposible. Tiene que firmar documentos importantes y dio orden de que nadie lo moleste.

Su rostro bien maquillado era inflexible, impenetrable. Me molestó.

—¡Al diablo con eso! ¡Le digo que tengo que verlo! Es un asunto personal. ¿No lo comprende? —sentí deseos de zamarrearla para ver si lograba que su rostro mostrara una expresión humana. En cambio, proseguí con tono sereno—: Al menos avísele que estoy aquí y pregúntele si va a recibirme —me metí las manos en los bolsillos buscando algo que me identificara, y escribí mi nombre en un papel. Mientras lo hacía, entró un coronel. La secretaria se le acercó y le habló. Cuando terminaron la confabulación, el hombre dijo que él mismo entregaría el mensaje; cogió el papel donde estaba escrito mi nombre y salió de la habitación por la misma puerta por la que acababa de entrar. Supe que él no tenía intención de hablarle de mí al magistrado. Sólo mediante una acción decidida lograría una entrevista. Un minuto después sería demasiado tarde —. ¿A dónde conduce esa puerta? —le pregunté a la secretaria señalando una puerta que había en el otro extremo de la habitación.

—Oh, es estrictamente privado. No puede entrar allí. Está prohibido.

Por primera vez empezó a perder su inquebrantable serenidad y se puso nerviosa. No había sido entrenada para enfrentarse a un planteamiento directo. Afirmé:

—Bien, voy a entrar —y caminé hacia la puerta.

—¡No! —corrió y se colocó delante de mí, interceptándome el paso. El país del cual ella provenía estaba tan firmemente convencido de su poderío mundial, que sus ciudadanos no podían concebir una verdadera oposición por parte de nadie, ni siquiera con respecto a las cosas más insignificantes. Sonreí y la aparté. Ella me cogió de la ropa para retenerme. Forcejeamos. Al otro lado de la puerta se oyó una voz que reconocí.

—¿Qué pasa ahí? —entré—. Oh, ¿eres tú? —por alguna extraña

razón, no se sorprendió. La secretaria estaba en la entrada; hablaba a toda velocidad, disculpándose. Él le hizo una señal para que se retirara.

La puerta se cerró. Anuncié:

—Debo hablar contigo.

Estábamos solos en la lujosa habitación: alfombras persas sobre el suelo de parqué, muebles de época y, en la pared, un retrato de él hecho por un pintor famoso. Mi uniforme raído, andrajoso y arrugado enfatizaba, por contraste, la elegante grandiosidad del suyo, que lucía emblemas de oro en los puños y en los hombros y, en el pecho, los galones de varias órdenes. Se levantó; no me acordaba de que fuera tan alto. El habitual estilo grandioso de sus modales se había acentuado desde la última vez que lo había visto. Me sentí incómodo. Su presencia me afectaba como de costumbre; pero, con unas diferencias tan obvias entre ambos, la idea de un contacto, en cierto modo oscuro, parecía inapropiada y embarazosa.

Él dijo en tono frío:

—Es inútil que entres, aunque sea por la fuerza. Me marcho ahora mismo.

Me sentí confundido, y sólo pude repetir:

—Antes tengo que hablar contigo.

—Imposible. Ya se me ha hecho tarde —miró el reloj y empezó a caminar hacia la puerta.

—¡Seguro que puedes esperar sólo un momento! —llevado por la ansiedad, me coloqué a toda prisa delante de él. Habría sido mejor no hacerlo. Sus ojos centellearon; estaba furioso. Yo había desperdiciado mi única oportunidad. Me maldije a mí mismo por actuar como un estúpido. Quizá mi expresión abatida lo divirtió. En todo caso, su actitud pareció cambiar repentinamente y sonrió a medias.

—No puedo interrumpir toda la guerra sólo para hablar contigo. Si hay algo que *debes* decirme, tendrás que venir conmigo.

Yo estaba encantado. Esto era mejor que lo que había imaginado.

—¿De veras? ¡Es fantástico! —le agradecí con gran entusiasmo. Él se echó a reír.

La carretera que conducía al aeródromo estaba bordeada de gente que esperaba para verlo pasar. Formaban filas de a seis a los costados de la carretera, observaban desde los jardines, las ventanas, los balcones, los techos, los árboles, las vallas, los postes de telégrafo. Algunos de ellos debían de llevar mucho tiempo esperando. Quedé impresionado por el poder de su impacto inmediato sobre la multitud.

Sentado junto a él en el avión, fui consciente de las miradas de curiosidad de los demás ocupantes. Resultaba extraño mirar hacia abajo y ver la tierra, no chata o suavemente curvada, sino como un segmento de una bola redonda, el mar de color azul claro, el suelo amarillo verdoso. Por encima de nuestras cabezas, sólo el azul oscuro de la noche. Trajeron bebidas y me entregaron un vaso tintineante.

—¡Hielo! ¡Qué lujo!

Él echó una mirada a mi estropeado uniforme e hizo una mueca.

—No puedes pretender lujos si insistes en ser un héroe —sus palabras tenían tono de mofa, pero su sonrisa revelaba cierto encanto. Incluso parecía mostrar un interés amistoso—. ¿Puedo preguntarte por qué repentinamente te has convertido en uno de nuestros heroicos guerreros? —supe que tendría que haberle hablado de un trabajo. En cambio, por alguna razón, le respondí que había tenido que hacer algo drástico para curarme la depresión —. Qué remedio tan extraño. Habría sido más fácil que te mataras.

Tal vez eso era lo que quería.

—No, no eres de los que se suicidan. Además, ¿para qué molestarse, si todos estaremos muertos la semana que viene?

—¿Tan pronto?

—Bueno, quizá no exactamente. Pero seguro que muy pronto — reconocí el parpadeo de sus ojos, que hacía que sus pupilas azules y brillantes resplandecieran como si reflejaran una deslumbrante luz azul. Era el signo de que quedaba algo sin mencionar. Por supuesto, él tenía información secreta. Siempre lo sabía todo antes que los demás.

Nos sirvieron una comida pantagruélica. Parecía tan abundante que no pude comer ni la mitad. Había perdido la costumbre de comer tan copiosamente. Más tarde traté nuevamente de decir lo que había venido a decir, pero las frases no lograban formarse en

mi mente. Me sorprendí pensando en él, e hice un comentario sobre lo poco asombrado que se había mostrado ante mi llegada.

—Casi te esperaba —su expresión era extraña—. Tienes la costumbre de presentarte justamente antes de que ocurra algo —parecía hablar seriamente.

—¿Realmente esperas la catástrofe dentro de semanas, o días?

—Eso parece.

Las persianas se cerraron, tapando el cielo. Iban a proyectar una película. Él me susurró al oído:

—Espera hasta que fijen su atención en la pantalla. Luego te mostraré algo más interesante. Se supone que debe mantenerse en secreto —esperé, muerto de curiosidad. Dejamos nuestros asientos silenciosamente, atravesamos una puerta y quedamos frente a una ventanilla que no estaba tapada. Yo tenía una confusión con respecto al tiempo. Durante todo el viaje, por encima de nuestras cabezas sólo se veía la oscuridad de la noche, pero abajo aún brillaba la luz del día. No había nubes. Vi algunas islas dispersas en el mar, una vista aérea normal. Y luego algo fantástico, algo nunca visto: una pared de hielo irisado que sobresalía del mar y lo dividía completamente, empujando una cresta de agua a medida que se movía, como si la superficie plana y pálida del mar fuera una alfombra que estuvieran enrollando. Era una visión siniestra y fascinante, que no parecía destinada a la mirada humana. La observé fijamente y al mismo tiempo vi otras cosas. El mundo del hielo esparciéndose sobre nuestro mundo. Monumentales paredes de hielo rodeando a la muchacha. Su piel blanca como la luz de la luna, su pelo centelleando con prismas de diamante bajo la luna. El ojo muerto de la luna contemplando la muerte de nuestro mundo.

Cuando bajamos del avión, estábamos en un país lejano, en una ciudad que yo no conocía. El magistrado había venido para asistir a una importante conferencia, la gente lo estaba esperando por varios asuntos urgentes. Me sentí halagado, porque él no parecía tener prisa por abandonarme. Me dijo:

—Podrías echar un vistazo, es un sitio interesante —la ciudad había cambiado de gobernantes hacía poco; pregunté si las tropas habían producido muchos daños y recibí la respuesta—. No olvides que algunos de nosotros somos civilizados.

Vestido con su espléndido uniforme, se paseó junto a mí por

jardines maravillosamente cuidados, acompañado por guardias armados, vestidos de negro y dorado. Yo me sentía orgulloso de estar con él. Era un hombre de buena presencia, que siempre se mantenía en buena forma, con todos sus músculos ejercitados como los de un atleta, su inteligencia y sus sentidos deliberadamente aguzados. Irradiaba un dominio absoluto, además de una intensa vitalidad física y un entusiasmo por la vida. Su aureola de poder y éxito parecía impregnar la atmósfera que lo rodeaba y abarcarme incluso a mí. Pasamos junto a cascadas artificiales y llegamos a un estanque con nenúfares donde la corriente se ensanchaba. Gigantescos sauces llorones arrastraban grandes mechones de pelo verde sobre el agua, formando una tentadora gruta de fresca sombra verdosa. Nos sentamos sobre una piedra y contemplamos un martín pescador que trazaba parábolas multicolores. Como inmóviles sombras grises, las garzas permanecían en la parte menos profunda. Era una escena íntima, pacífica, idílica; la violencia estaba a varios mundos de distancia. Pensé, pero no lo dije, que era una pena que la gente no pudiera disfrutar de esta serena belleza. Como si hubiera leído mis pensamientos, él dijo:

—En otros tiempos, al pueblo se le permitía venir. Pero tuvimos que prohibirlo a causa del vandalismo. Los gamberros hacían que los ejércitos dañados se abstuvieran de actuar. Hay gente a la que no se le puede enseñar a apreciar la belleza. No parecen humanos.

Un grupo de pequeñas criaturas semejantes a gacelas se había acercado al otro extremo del río a beber, y levantaban y bajaban sus graciosas cabezas provistas de cuernos. Los guardias se encontraban a cierta distancia. A solas con mi acompañante, me sentí más unido a él que nunca; éramos como hermanos, como gemelos idénticos. Atraído por él más intensamente que en cualquier otro momento, tuve que dar alguna expresión a mis sentimientos y le comenté cuánto valoraba su amabilidad, y qué honrado me sentía de ser su amigo. Pero algo fallaba. Él no sonrió ni se inmutó ante mi cumplido, sino que se levantó repentinamente. Yo también me puse de pie, mientras al otro lado del río, las aves alzaban el vuelo asustadas por nuestros movimientos. La atmósfera que me rodeaba empezaba a cambiar; de pronto empezó a hacer frío, como si el aire cálido hubiese sido atravesado por el hielo. Súbitamente quedé sobrecogido por un

terror inexplicable, semejante a la sensación que se produce durante una pesadilla, justo antes de que uno empiece a caer.

Se volvió hacia mí inesperadamente; sus ojos destellaban de ira.

—¿Dónde está ella? —su voz tenía un tono feroz, seco y glacial. Era como si de repente hubiera sacado una pistola y me estuviera apuntando. Yo estaba aterrorizado; confundido por el cambio súbito de una emoción a otra totalmente diferente, sólo pude tartamudear estúpidamente:

—Supongo que donde la dejé…

Me lanzó una mirada gélida.

—¿Estás diciendo que no lo sabes? —su tono acusador me paralizó. Me sentía demasiado horrorizado para contestar.

Los guardias se acercaron y formaron un círculo a nuestro alrededor. Con el fin de evitar que los reconocieran, o para inspirar temor, ocultaban sus ojos bajo unos visores de plástico negro que les cubrían la parte superior de la cara, dando la impresión de que iban enmascarados. Recordé vagamente haber oído comentarios sobre su crueldad y acerca de que eran criminales y asesinos convictos cuyas condenas habían sido perdonadas a cambio de una absoluta lealtad hacia él.

—Entonces la has abandonado —como flechas de hielo azul atravesando la ventisca, sus ojos se empequeñecieron y me atravesaron—. Ni siquiera de ti esperaba una cosa así.

El infinito desprecio de su voz me produjo una mueca de dolor, y susurré:

—Ya sabes que ella siempre se mostró hostil. Me echó de su lado.

—Tú no sabes tratarla —afirmó en tono frío—. Yo la habría modelado. Hay que enseñarle lo que es la brutalidad, en la vida y en la cama —yo no podía hablar, no lograba recuperar el dominio de mí mismo: estaba conmocionado. Me preguntó—: ¿Qué te propones hacer con ella? —pero no encontré respuesta. Él seguía mirándome con frío desdén y con expresión tan distante que resultaba demasiado doloroso, demasiado humillante. El resplandor azul de sus ojos parecía anular mis pensamientos—. Entonces volveré a buscarla —en menos de media docena de palabras, había dispuesto del futuro de la muchacha; la opinión de ella no contaba.

En ese momento me sentí más comprometido y más estrechamente ligado a él, como si compartiéramos la misma sangre. No soportaba separarme de él.

—¿Por qué estás tan furioso? —me acerqué a él, intenté tocarle la manga, pero se apartó—. ¿Es sólo a causa de ella? —yo no podía creerlo, el vínculo entre él y yo era demasiado fuerte. En comparación, en ese momento ella no significaba nada para mí, ni siquiera era real. Podríamos haberla compartido. Pude haber dicho algo por el estilo. Su rostro parecía tallado en piedra, su fría voz era tan dura que podía cortar el acero, él estaba a miles de kilómetros de distancia.

—En cuanto tenga un momento iré a buscarla. Entonces no permitiré que se aparte de mi lado. Y no volverás a verla nunca más.

No había ningún vínculo, nunca había existido, salvo en mi imaginación. Él no era mi amigo, nunca había estado unido a mí, la identificación no era más que una ilusión. Me trataba como a alguien que ni siquiera es digno de desprecio. En un débil intento por recuperarme, le dije que había intentado salvarla. Los ojos del magistrado eran duros y azules, apenas pude mirarlos. Su rostro era como el de una estatua, pétreo, inalterable. Me obligué a seguir mirándolo a la cara. Finalmente, moviendo tan sólo la boca, dijo:

—Ella será salvada, si es posible. Pero no por ti —luego se volvió y se alejó a paso lento haciendo gala de su uniforme adornado con charreteras doradas. A pocos pasos de distancia se detuvo, encendió un cigarrillo sin dejar de darme la espalda y siguió alejándose sin siquiera mirarme. Vi que levantaba una mano y hacía una señal a los guardias.

Ellos se acercaron; con sus negras máscaras parecían inhumanos. Me golpearon con sus porras de goma, me patearon en la ingle y, al caer, mi cabeza debió de chocar contra el asiento de piedra; me desmayé. Fue una suerte para mí. Aparentemente, no les divertía golpear a alguien que se encontraba inconsciente. Cuando me recuperé, no había ni rastro de ellos. Me latía la cabeza y me zumbaban los oídos; incluso para abrir los ojos tuve que hacer un esfuerzo horrible, me dolía todo el cuerpo pero no tenía nada roto. El dolor me perturbaba y me confundía con respecto a lo que había

ocurrido, al tiempo que había transcurrido, a la sucesión de los acontecimientos. En mi confusión, no logré comprender por qué razón salía tan bien librado, hasta que se me ocurrió que los guardias tenían la intención de regresar y concluir su tarea. Si me encontraban aquí, yo era hombre muerto. Apenas podía moverme, pero mediante un esfuerzo sobrehumano me arrastré hasta el río; todo me daba vueltas; caí entre los juncos y me quedé un rato tendido con la cara sobre el fango.

Un ruido distante me despertó; ya era casi de noche. A lo lejos, un semicírculo de figuras oscuras avanzaba lentamente, como si buscaran algo. Me asusté, pensé que me buscaban a mí y me quedé casi inmóvil. Pero debían de ser animales pastando, porque cuando volví a mirar habían desaparecido. El sobresalto me hizo comprender que tenía que ponerme en marcha. Me arrastré por la orilla del río, dejé que el agua corriera por la herida de mi cabeza, me lavé un corte que tenía en la mejilla y me quité la sangre y el barro.

El agua fría me reanimó. Me las arreglé para llegar a la entrada del parque, incluso empecé a caminar por una calle, pero unos metros más adelante me caí. Un grupo de jóvenes ruidosos que volvían de una fiesta me vieron tendido en el suelo y se detuvieron para averiguar qué me ocurría. Creían que era uno de su grupo, que se había caído a causa de la borrachera. Los convencí de que me llevaran al hospital, donde me atendió un médico. Me inventé alguna historia para explicar mis heridas y me asignaron una cama en la sala de accidentados. Dormí durante dos o tres horas. Me despertó el sonido de la sirena de una ambulancia; entraron unos camilleros. Me resultaba horriblemente difícil moverme, lo único que quería era quedarme quieto y seguir durmiendo. Pero sabía que era muy peligroso, no me atrevía a quedarme más tiempo.

Mientras el personal del tumo de la noche estaba ocupado con el recién llegado, me deslicé por una puerta lateral hasta el oscuro pasillo, y abandoné el edificio.

XIV

ME dolía la cabeza y estaba totalmente confundido. Lo único que sabía era que tenía que salir de la ciudad antes de que se hiciera de día. No podía pensar. La alucinación de un momento no encajaba en la realidad del siguiente. En un estrecho callejón, un coche se lanzó precipitadamente hacia mí para atropellarme, llenando todo el espacio que separaba una casa de otra. Con los nudillos ensangrentados, me tambaleé de una puerta cerrada a otra, y en el último momento me aplasté contra una de ellas. Vestido de uniforme, inmensamente grandioso, el magistrado pasó conduciendo su enorme coche negro. La muchacha iba con él, su pelo lanzaba resplandores violeta, como las sombras de los árboles sobre la nieve. Iban juntos por la nieve, debajo de una piel blanca tan grande como una habitación, espesa como un montículo de nieve y bordeada de rubíes.

Iluminados por el frío fuego deslumbrante de la aurora boreal, caminaban entre los relucientes icebergs; soplaba una blanca ventisca helada, la frente de él y sus ojos de carámbanos, el pelo de ella plateado de escarcha y brillante de flores de hielo bajo la estrella polar. Un trueno retumbó en el hielo. Él luchó contra un oso polar, lo estranguló con sus manos, y para entrenarla a ella en la crueldad le enseñó a quitarle la piel con su horrible cuchillo. Cuando la tarea estuvo concluida, ella se acercó gateando en busca de calor. La enorme piel los cubría a los dos,

sus largos pelos blancos estaban salpicados de sangre. La nívea espesura ocultaba los cuerpos de ambos; la sangre que goteaba de las puntas de la densa piel teñía la nieve de rojo.

La vi de pie bajo la luz de la antorcha, con ojos soñadores. La contemplé, la quise, quise llevarla conmigo. Pero el otro la había reclamado; su blanco cuerpo de niña cayó, a través del humo de las antorchas que ardían sin llama, sobre las rodillas de él. Yo estaba afuera, buscándola; los merodeadores saqueaban la ciudad. Buscaba por todas partes, no lograba encontrarla, tropecé con ella entre los escombros, tenía la cabeza torcida. Entre el humo y el polvo que impregnaban el aire, vi su piel blanca contra la suciedad y los cascotes, la sangre primero roja y después negra, su cabeza torcida hacia un lado por el increíble pelo, su esbelto cuello quebrado. La persecución de que había sido objeto durante su infancia la llevaban a aceptar su destino de víctima y, al margen de lo que yo hiciera o dejara de hacer, finalmente este destino se cristalizaría. Abandonarla a él era una cosa. Pero abandonarla a este hombre era algo totalmente diferente. Eso era algo que yo no podía hacer.

Tenía que llegar a ella antes que él. Pero las dificultades eran abrumadoras. La ausencia total de transportes suponía recurrir al soborno, peor aún, a todo tipo de engaño. En mi imaginación, yo seguía viendo el avance del hielo por el océano, en dirección a las islas, a esa isla en particular que no había identificado en el mapa. Pensaba que ella estaba en el centro, sin saber que quedaba cercada, mientras avanzábamos hacia ella desde distintos puntos, yo por un lado, él por el otro, y luego el hielo… Mis posibilidades de llegar primero parecían casi inexistentes. Para mí, cada kilómetro sería difícil y penoso. Él podría llegar hasta ella en avión, sólo en unas horas y cuando quisiera. Yo sólo podía abrigar la esperanza de que la importante conferencia a la que asistía y otros asuntos militares lo retuvieran el mayor tiempo posible. Pero no era optimista.

La herida de mi cabeza y el tajo de mi cara cicatrizaban normalmente, pero yo no me encontraba bien. Me dolía la cabeza constantemente y me atormentaban horrorosas visiones, catástrofes que acababan en muerte violenta, la destrucción universal. En todo momento era consciente de que iba camino de la ejecución. No es que me importara mi propia muerte. Había vivido, había hecho cosas, había visto mundo. No quería envejecer, deteriorarme, perder mi inteligencia y mis facultades físicas. Pero sentía la

compulsiva urgencia de ver a la chica una vez más, de ser el primero en llegar a su lado.

Tenía que recorrer una enorme distancia. Como no podía arriesgarme a cruzar la frontera abiertamente, caminé durante dos días por el campo, sin abrigo, sin comida ni bebida. Más tarde tuve la suerte de que me llevaran algunos kilómetros en helicóptero. En un costado había pintada una mujer desnuda, de tamaño natural y vivos colores: arte pop en medio de la guerra. Una persona que viajaba en el aparato tenía que ser eliminada; yo no iba a desperdiciar la oportunidad de que me llevaran. La suerte no duró. En un arrebato registré los escombros en busca del hombre al que le habían disparado. Sólo un rostro pintado me sonrió entre los escombros, círculos rosados en lugar de mejillas, ojos negros y serenos, de mirada vacía, como los de una muñeca pintada.

En un país en guerra intenté mantenerme al margen de las luchas; llegué a una ciudad inesperadamente tranquila, salvo por los camiones que avanzaban estruendosamente, atestados de soldados o de trabajadores. Un día gris y triste, una ciudad gris y triste, pálidas mujeres que azotaban lánguidamente su sucia colada sobre las piedras planas del río. Yo estaba agotado y empezaba a desanimarme. Sin algún tipo de transporte jamás llegaría al final del viaje. Y aquí no veía nada alentador. Los transeúntes apartaban la mirada cuando yo los observaba; se mostraban suspicaces con los extraños y, con la cara marcada y mi viejo uniforme de guerrillero, roto y lleno de barro, mi aspecto no podía resultar tranquilizador. Vagabundeé en busca de alguien que pareciera accesible, pero no encontré a nadie. Hablé con el propietario de un garaje, le ofrecí dinero y un flamante fusil extranjero con mira telescópica; me amenazó con llamar a la policía, no hizo nada para ayudarme.

Al atardecer empezó a llover y a medida que anochecía llovía cada vez más fuerte. Había entrado en vigor el toque de queda: en las casas no se veía ni una luz, y las calles estaban desiertas. Corría un gran riesgo quedándome afuera, pero estaba tan desalentado que no me importaba. Se oyó el ulular de una sirena y varios estrépitos que se acercaban poco a poco, seguidos de vez en cuando y alternándose con ráfagas de armas de fuego. Llovía a cántaros, la calle se había convertido en un río. Me cobijé bajo una arcada; tiritaba y no podía pensar en lo que debía hacer; mi cerebro parecía

paralizado por el malestar. Estaba desesperado.

Un enorme coche militar pasó zumbando y se detuvo al otro lado de la calzada. Invulnerable bajo su casco de acero, su abrigo y sus botas altas, el conductor bajó y entró en una de las casas. El desordenado bombardeo aún continuaba. No era necesario hacer silencio. Haciendo palanca logré levantar uno de los adoquines de granito, lo arrojé contra una ventana de la planta baja, metí la mano, levanté el cristal y me deslicé por el alféizar. Antes de que pusiera los pies en el suelo, la puerta de la habitación se abrió y quedé frente al hombre del coche. Una repentina explosión, mucho más fuerte, lo sacudió todo y llenó la habitación a oscuras con un terrible resplandor que se reflejó sobre las mejillas y los ojos. La sangre empezó a brotar de la herida, manaba en oscuros ríos que intenté detener mientras le quitaba el uniforme, me lo ponía y lograba vestirlo con mis ropas andrajosas. Afortunadamente, teníamos más o menos la misma talla. Revolví todo rápidamente, destrocé la habitación, derribé los muebles, rompí los espejos, abrí los cajones y rasgué los cuadros con mi cuchillo para dar la impresión de que había entrado un saqueador y había resultado muerto a tiros por el dueño de casa. No podía soportar el peso del casco de metal sobre mi cabeza. Me lo llevé en la mano y salí vestido como el otro hombre, subí al coche blindado y me alejé. No había logrado quitar la sangre del uniforme, pero con el abrigo forrado en piel bien cerrado, las manchas no se notaban.

Al llegar a un puesto de control de las afueras, me detuvieron. Tuve la suerte de que cerca de allí cayó una bomba. Se produjo una situación caótica y los guardias no tuvieron tiempo de interrogarme. Les conté una mentira y seguí mi camino. Sabía que no se quedaban satisfechos, que sospechaban algo; pero pensé que estaban demasiado ocupados para preocuparse por mí. Sin embargo, me equivocaba. Sólo había recorrido unos pocos kilómetros cuando unos reflectores iluminaron el coche, y oí a mis espaldas el zumbido de unas motocicletas supercomprimidas. Uno de los motoristas pasó junto a mí como un rayo y me ordenó que me detuviera. Frenó repentinamente delante de mí y se quedó montado sobre la moto en medio de la carretera, como un suicida, mientras me apuntaba con su arma y ésta escupía balas que rebotaban como el granizo. Aumenté la velocidad y lo atropellé de

frente; al mirar hacia atrás, vi un bulto negro que volaba por encima del manillar, y otra estrepitosa caída mientras las dos motos siguientes patinaban y chocaban contra los restos de la primera. Los disparos prosiguieron, pero nadie me persiguió. Abrigué la esperanza de que los supervivientes se quedaran a ordenar el revoltijo y me dieran tiempo para alejarme. Dejó de llover, los ruidos de la guerra se extinguieron y empecé a relajarme. Entonces los faros de mi coche iluminaron unas figuras uniformadas que entraban a toda prisa en la carretera, unos coches patrulla que aparcaban atravesados para bloquearla. Alguien debía de haber telefoneado con anticipación. Me pregunté por qué me consideraban lo suficientemente importante para enviar a toda esta gente; deduje que ya debían de haber encontrado al hombre que debería conducir el coche, y que el importante era él. Empezaron a disparar. Aceleré, recordando vagamente la historia del magistrado en la que el coche hacía pedazos la barrera del puesto fronterizo, y mi coche atravesó el obstáculo como si se tratara de papel de seda. Hubo más disparos, pero no dieron en el blanco. De pronto todo se cubrió de silencio, la carretera era mía, y no vi más señales de persecución. Media hora después, cuando crucé la frontera, supe que por fin estaba a salvo.

La persecución tuvo sobre mí un efecto alentador. Sin ningún tipo de ayuda había vencido la fuerza organizada que habían utilizado contra mí. Me sentía estimulado, como si hubiera ganado un juego difícil y excitante. Por fin volvía a sentirme normal, volvía a ser el mismo de siempre, ya no era un viajero desesperado que necesitaba ayuda, sino un hombre fuerte, independiente y poderoso. El ingenio mecánico que conducía había pasado a ser de mi propiedad. Me detuve para examinar el coche. Salvo unas pocas abolladuras y rayaduras, estaba perfectamente bien. El depósito aún estaba lleno hasta las tres cuartas partes y atrás había montones de latas con combustible, muchas más de las que necesitaba para llegar a destino. Descubrí un enorme paquete con comida: bizcochos, queso, huevos, chocolate, manzanas y una botella de ron. No tendría que molestarme en parar para comprar provisiones.

Ya estaba en la última etapa del viaje. A pesar de las dificultades, que habían parecido insuperables, mi objetivo estaba

casi a la vista. Me sentía contento con mis logros, y conmigo mismo. No pensaba en las muertes que esto había supuesto. Si hubiera actuado de otro modo, jamás habría llegado al punto en el que me encontraba. En cualquier caso, la hora de la muerte sólo se había anticipado ligeramente ya que muy pronto perecería todo ser viviente. El mundo entero iba camino de la muerte. El hielo ya había enterrado a millones; los supervivientes se distraían luchando y corriendo de un lado a otro, pero en todo momento sabían que el invencible enemigo avanzaba y que, fueran donde fuesen, encontrarían el hielo, en última instancia el conquistador. Lo único que tenía sentido era obtener la mayor satisfacción posible de cada momento. Yo disfrutaba corriendo en la noche con un coche de gran potencia, estimulado por la velocidad y por mi propia habilidad ante el volante, por la sensación de excitación y de peligro. Cuando me cansé, me detuve a un costado de la carretera y dormí aproximadamente durante una hora.

Al amanecer me despertó el frío. Durante toda la noche las estrellas glaciales habían bombardeado la tierra con rayos helados que penetraban su superficie y quedaban almacenados debajo, dejando sólo una delgada corteza sobre el depósito de hielo. En esta región subtropical, ver el suelo blanco de escarcha y sentirlo duro bajo los pies daba la impresión de que uno se había apartado de la vida cotidiana y había entrado en un ámbito extraño en el que no operaban leyes conocidas. Tomé un desayuno rápido, puse el motor en marcha y aceleré en dirección al horizonte, en dirección al mar. La carretera estaba en buenas condiciones, así que conduje a toda velocidad, a ciento veinte kilómetros por hora, sobrevolando la desolada tierra y pasando a largos intervalos junto a los restos de una casa o una población. Aunque en ningún momento vi a nadie, sentía que unos ojos me observaban desde las ruinas. La gente veía el coche del ejército y se quedaba escondida e inmóvil; habían aprendido que lo más seguro era permanecer ocultos.

A medida que pasaba el día y el cielo se oscurecía, el frío se acentuaba aún más. A mis espaldas, más allá de las montañas, se alzaban siniestras masas de nubes negras que convergían sobre el mar. Las observé y comprendí lo que significaban. Sentí con creciente aprensión el frío que se intensificaba. Sabía que eso sólo significaba una cosa: los glaciares se estaban aproximando. En

lugar de mi mundo, pronto sólo habría hielo, nieve, quietud, muerte; no más violencia, ni guerra, ni víctimas; nada, salvo el silencio congelado, la ausencia de vida. El máximo logro de la humanidad sería no sólo la autodestrucción sino la destrucción de todo signo de vida, la transformación del mundo viviente en un planeta muerto.

En un cielo que debería de haber sido límpido y ardientemente azul, las sombrías y enormes estructuras de nubes tormentosas parecían inexpresivamente siniestras, amenazantes, como monstruosas ruinas a punto de derrumbarse, insoportablemente suspendidas sobre nuestras cabezas. En el parabrisas empezaban a florecer formas glaciales y cristalinas. Me sentí oprimido por una sensación de extrañeza universal, por el escalofrío de la catástrofe inminente, la amenaza de las ruinas que se cernía sobre nosotros; y también por la atrocidad de lo que se había hecho, por el peso de la culpa colectiva. Se había cometido un crimen horrible, un crimen contra la naturaleza, contra el universo, contra la vida. Al rechazar la vida, el hombre había destruido el orden inmemorial, el mundo; ahora todo estaba a punto de derrumbarse y quedar convertido en una ruina.

Cerca de allí pasó una gaviota gritando: me estaba acercando al mar. Percibí el olor de la sal; miré el horizonte por encima de las oscuras olas, y no vi ningún muro de hielo. Pero el aire estaba impregnado de la mortal frialdad del hielo, éste no podía encontrarse muy lejos. Atravesé a toda prisa los ochenta kilómetros de campo desierto que me separaban de la ciudad. Sobre ésta, las nubes se veían más bajas, más negras, más siniestras, aguardando mi llegada. El frío me hizo estremecer: tal vez *él* ya había estado allí. Cuando aminoré la marcha y entré en las calles donde la gente había bailado toda la noche, apenas pude creer que éste fuera el mismo lugar alegre. Todas las calles estaban desiertas y silenciosas; no había transeúntes, ni tránsito, ni flores, ni música ni luces. En el puerto vi algunos barcos hundidos; edificios destruidos, tiendas y hoteles cerrados; una fría luz gris que correspondía a otro clima, a otra región del mundo; por todas partes la amenaza inminente de una nueva era glacial.

Vi lo que tenía delante de los ojos, y al mismo tiempo vi a la chica. Su retrato me acompañaba constantemente, en mi cartera y

en mi mente. Ahora su imagen flotaba en el aire, mirara donde mirase. Su rostro blanco y ensimismado aparecía en todas partes, con sus enormes ojos; su palidez albina resplandecía como una antorcha bajo las nubes malévolas y atraía mis ojos como si fuera un imán. Ella era una luz trémula entre las ruinas, su pelo un reflejo en el oscuro día. Sus grandes ojos de criatura maltratada y aterrorizada me acusaban desde los agujeros negros de las ventanas rotas. Como una criatura perversa, pasó a mi lado corriendo, buscándome con ojos desorbitados, tentándome con el placer de observar su dolor, elaborando las peores fantasías de mi deseo. El brillo fantasmal de su rostro me arrastraba a las sombras, su pelo era una nube de luz; pero a medida que me acercaba, ella se giraba y huía, sus hombros repentinamente cubiertos de plata, una cascada que resplandecía bajo la luz de la luna.

La entrada al hotel en el que nos habíamos alojado estaba bloqueada por los restos de una barricada. Tuve que aparcar el coche y subir el camino a pie. Un viento fuerte y cruelmente helado soplaba directamente desde el hielo, cortándome la respiración. Seguí mirando el mar del color de la antracita para asegurarme de que el hielo aún no estaba a la vista. La planta baja del hotel no había cambiado, pero en las plantas superiores, las paredes se veían llenas de enormes agujeros, y el techo, hundido. Entré. Estaba frío y oscuro, sin calefacción, sin luz, y había varias sillas y mesas desvencijadas, dispuestas como en un café. A pesar de los fragmentos de decoración recargada que sobrevivían en medio de la destrucción, no reconocí la destrozada sala.

Oí pasos irregulares y el ruido sordo de un bastón: el que se acercaba conocía mi nombre. El aspecto del joven me resultaba vagamente familiar, pero al principio, bajo la tenue luz, no logré identificarlo. Mientras nos dábamos la mano, súbitamente me vino a la memoria.

—Claro, usted es el hijo del propietario.

Su cojera era reciente, y me había despistado. Él asintió.

—Mis padres están muertos. Murieron en el bombardeo. Oficialmente, yo también estoy muerto —le pregunté qué había ocurrido. Hizo una mueca y se tocó la pierna—. Fue durante la retirada. Dejaron atrás a todos los heridos. Cuando me enteré de que me habían declarado muerto, no me molesté en

contradecirles… —se interrumpió y me dedicó una mirada nerviosa —. ¿Pero por qué demonios ha vuelto? Ya sabe que aquí no puede quedarse. Estamos en la zona de peligro inminente. Nos han dicho que nos vayamos. Quedamos sólo unos pocos vecinos antiguos.

Le miré; no comprendí por qué estaba incómodo en mi presencia. Me dijo que la gran cantidad de personas que había visto aquí, se habían ido hacía mucho tiempo.

—Casi todos se fueron antes de que estallara la guerra.

Le dije que había venido con la esperanza de encontrar a la chica.

—Pero debería haberme dado cuenta de que lo más probable era que se hubiera ido.

Supuse que diría algo acerca del magistrado. Sin embargo, pareció incómodo y vaciló antes de responder.

—En realidad, ella es uno de los poquísimos que *no* se marcharon —me sentí perturbado durante algunos segundos; para disimularlo y al mismo tiempo para asegurarme de que mi actual alivio estaba justificado, le pregunté si alguien había hecho preguntas sobre la chica—. No —no pareció inmutarse; daba la impresión de estar diciendo la verdad.

—¿Todavía vive aquí?

—No —volvió a ser su respuesta. Prosiguió—: Hemos estado usando esta parte del edificio como restaurante, pero el resto es inhabitable. No queda nadie para repararlo. Además, ¿qué sentido tendría?

Estuve de acuerdo en que la proximidad del hielo volvía inútil cualquier actividad. Pero a mí sólo me interesaba la chica.

—¿Dónde vive ahora?

Su vacilación fue más prolongada, más acentuada. Estaba evidentemente perturbado por la pregunta y, cuando por fin respondió, vi que la vergüenza asomaba en su rostro.

—Bastante cerca. En la casa de la playa.

Le miré fijamente.

—Comprendo.

Ahora todo estaba claro. Recordaba muy bien la casa, era la suya, la casa donde había vivido con sus padres.

Continuó, inquieto:

—Es lo que a ella le conviene. Está trabajando aquí.

—¿De veras? ¿En qué clase de trabajo? —sentí curiosidad.

—Oh, ayuda en el restaurante —su respuesta sonó evasiva, vaga.

—¿Quiere decir que atiende a la gente?

—Bueno, a veces baila… —como si quisiera evitar el tema, añadió—: Es una verdadera pena que no se fuera a un lugar seguro, como todos los demás, mientras era posible. Tenía amigos que la habrían llevado.

Respondí:

—Evidentemente, aquí tenía amigos con los que prefería quedarse —le observé atentamente, pero su rostro estaba en las sombras, de espaldas a la luz tenue, y no pude distinguir su expresión.

De pronto me sentí impaciente. Ya había perdido demasiado tiempo con él. Era con ella con quien yo tenía que hablar. Mientras caminaba hacia la puerta, le pregunté:

—¿Tiene alguna idea de dónde puedo encontrarla?

—Diría que está en su habitación. No tiene que venir aquí hasta más tarde.

Me siguió, cojeando y apoyándose en el bastón.

—Le enseñaré un atajo a través del jardín.

Tuve la sensación de que intentaba entretenerme.

—Muchas gracias, pero puedo encontrar el camino yo solo —abrí la puerta y salí; la cerré a mis espaldas, antes de que tuviera tiempo de decir algo más.

XV

AFUERA, la corriente de aire gélido me sacudió. Estaba anocheciendo y el viento arrastraba trozos de nieve congelada. No busqué el atajo, sino que cogí el camino que ya conocía y que bajaba hasta la playa. Las heladas habían aniquilado las plantas exóticas que, según recordaba, crecían a la vera del camino: las hojas de las palmeras estaban marchitas, moribundas, ennegrecidas, completamente aplastadas, como si fueran sombrillas cerradas. Debería de haberme habituado a los cambios de clima; pero volví a sentir que me separaba de la vida normal e ingresaba en una zona de extrañeza total. Todo esto era real, estaba ocurriendo realmente, pero con una cualidad irreal; era la realidad desarrollándose de un modo totalmente diferente.

La nieve empezó a caer con regularidad; el aire helado hacía que me golpeara la cara. El frío me quemaba la piel y me congelaba el aliento. Para evitar que la nieve me entrara en los ojos, me puse el pesado casco. Cuando logré ver la playa, en el borde de éste se había formado una gruesa capa de hielo que lo hacía más pesado aún. A través de la movediza cortina blanca, la casa se veía borrosa; pero no pude distinguir si más allá se extendían las olas o un enorme e irregular bloque de hielo. Resultaba difícil avanzar contra el viento. La nieve era cada vez más espesa, caía inagotablemente, incesantemente, como si pasara a través de un tamiz, esparciendo una lámina de estéril blancura sobre la faz del mundo agonizante, enterrando la violencia y a sus víctimas en una tumba colectiva, borrando el último rastro del hombre y sus obras.

Repentinamente, a través de la arremolinada blancura, vi a la

chica, que se alejaba de mí corriendo, en dirección al hielo. Hice un esfuerzo y grité:

—¡Detente! ¡Regresa! —pero el aire polar me corroía la garganta y mi voz se perdió en el viento. La nieve en polvo revoloteaba a mi alrededor como si fuera niebla; corrí tras ella. Apenas podía verla, apenas lograba ver más allá de mis narices: antes de continuar, tuve que hacer una pausa y quitar penosamente los cristales de hielo que empezaban a formarse en mis ojos. El viento asesino seguía empujándome hacia atrás; la nieve se amontonaba en blancas colinas que humeaban como volcanes, encegueciéndome una y otra vez con su humo blanco. Avancé tambaleándome bajo el frío atroz, trastabillé, tropecé, resbalé, caí, me levanté con dificultad, por fin la alcancé y la cogí con manos entumecidas.

Era demasiado tarde, de pronto vi que no teníamos alternativa. Un gélido resplandor semejante a un espejismo se cernía sobre nosotros, una sobrenatural y fantástica arquitectura de hielo. Gigantescas almenas de hielo, torreones y pináculos irisados cubrían el cielo, iluminados desde dentro por frígidos fuegos minerales. Estábamos atrapados en esos muros envolventes, un círculo de verdugos fantasmales que avanzaban lenta, inexorablemente, para destruirnos. No podía moverme, no podía pensar. El aliento del verdugo me paralizaba y me embotaba el cerebro. Sentí que el hielo me tocaba con su frío mortal, oí su estruendo y lo vi rasgarse en deslumbrantes fisuras de color esmeralda. A mucha distancia, por encima de nuestras cabezas, las cumbres relucientes del iceberg retumbaban y vibraban, a punto de caer. La escarcha resplandecía en los hombros de la chica, su rostro estaba blanco como el hielo, las largas pestañas le rozaban las mejillas. La estreché entre mis brazos y la apreté fuertemente contra mi pecho para que no viera las monumentales masas de hielo que caían.

Estaba de pie en la galería que rodeaba la casa de la playa, cubierta con su abrigo de loden gris, esperando a alguien. Al principio pensé que me había visto llegar, pero me di cuenta de que tenía la mirada fija en otro sendero. Me detuve y me quedé observando. Quería estar seguro de quién era la persona a la que esperaba, aunque pensé que era poco probable que el joven del

hotel viniera ahora, sabiendo que yo estaría allí. Ella pareció sentir que ya no estaba sola, empezó a mirar a su alrededor, y finalmente me vio. Yo no me encontraba lo suficientemente cerca para distinguir las pupilas dilatadas que hacían que sus ojos parecieran tan grandes y negros sobre su rostro blanco. Pero oí su aguda exclamación y vi su pelo que se arremolinaba y centelleaba mientras ella se volvía, se tapaba la cabeza con la capucha y empezaba a caminar hacia la playa. Cuando abandonó la galería, apenas logré verla. Intentaba pasar inadvertida entre la nieve. Un pánico súbito se había apoderado de ella: la idea del hombre cuyos fríos ojos azules tenían un poder magnético que podían privarla de su voluntad y hundirla en la alucinación y el horror. El temor con el que vivía, siempre tan cerca de ella, detrás de la fachada normal del mundo, se había concentrado en él. Y había otro relacionado con él, estaban aliados, o tal vez eran la misma persona.

Ambos la perseguían y ella no entendía el por qué. Pero lo aceptaba, al igual que aceptaba todo lo que le ocurría, y esperaba ser maltratada, quedar convertida en víctima y finalmente destruida, ya fuera por fuerzas desconocidas o por seres humanos. Éste era el destino que siempre parecía esperarla, desde el comienzo de los tiempos. Sólo el amor podría haberla salvado. Pero ella nunca lo había buscado. Su deber era sufrir; era algo sabido y aceptado. La desgracia comportaba resignación. No tenía sentido luchar contra su suerte. Sabía que había sido vencida antes de empezar.

Se había alejado tan sólo unos pocos pasos cuando la alcancé y la hice regresar al abrigo de la galería. Mientras se limpiaba la nieve de la cara, exclamó:

—¡Oh, eres *tú*\ —y me miró sorprendida.

—¿Quién creías que era? —entonces recordé que llevaba puesto el uniforme—. A propósito, estas ropas no son mías. Las tomé prestadas.

Su aprensión se desvaneció, se mostró aliviada, sus modales empezaron a ser totalmente diferentes, súbitamente pareció dueña de sí misma. Yo estaba familiarizado con el aire de confianza e independencia que ella solía adoptar cuando las personas o las circunstancias la hacían sentirse segura. Esto debía de ser obra del joven del hotel.

—Entremos en seguida. ¿Por qué estamos aquí de pie? —hablaba en tono casual, actuaba como si mi regreso hubiera sido planeado y esperado, fingiendo que no había nada extraño en la situación. Me resultó molesto, al fin y al cabo yo lo había pasado muy mal. Sabía que lo hacía con la intención de hacerme sentir insignificante.

Me guió hasta su puerta y, con un gesto muy sociable, me invitó a entrar. La pequeña habitación estaba desnuda y fría; tenía un anticuado calentador de aceite que apenas quitaba el frío. Pero todo estaba limpio y arreglado, noté que le había dedicado cariñosos cuidados y que estaba decorada con maderas y conchas marinas.

—No es muy cómoda, no está a tu nivel —intentaba burlarse de mí. No respondí. Se desabrochó el abrigo, se quitó la capucha y se sacudió el pelo. Le había crecido y lo tenía brillante y lleno de vida. Debajo del abrigo llevaba un traje gris de aspecto costoso que yo no le conocía y que, evidentemente, había sido hecho a medida. Entonces no le había faltado dinero. Por alguna razón, al verla tan atractiva y bien vestida, me sentí más molesto. Como una anfitriona convencional que intenta entablar conversación, comentó—: Después de tanto viajar, es agradable tener un lugar y saber que es de uno.

La miré fijamente. Había venido desde muy lejos a buscarla, había atravesado muchos peligros y dificultades, me había enfrentado a la muerte, y por fin había llegado a su lado; y ella me hablaba como a un extraño. Era demasiado. Me sentí herido y resentido. Exasperado por su pose improvisada y por su propósito de restar importancia a mi llegada, le dije en tono indignado:

—¿Por qué estás montando esta escena? No he venido hasta aquí sólo para que me trates como a un visitante casual.

—¿Pretendías que te recibiera con bombos y platillos? —la débil e impertinente respuesta sonó ofensiva.

Empezaba a ponerme furioso, sabía que no podría controlarme mucho tiempo más. Cuando, continuando con la farsa, me preguntó en el mismo tono artificial qué había estado haciendo, le respondí fríamente:

—He estado con alguien que conoces —y al mismo tiempo le dediqué una mirada prolongada, severa y significativa.

Ella comprendió de inmediato, abandonó su afectación y empezó a mostrar señales de ansiedad.

—Al principio, cuando te vi… creí que tú… que él… Tuve miedo de que él hubiera venido.

—Llegará en cualquier momento. He venido para decírtelo. Para advertirte, por si has hecho otros planes, que él tiene la intención de llevarte consigo…

Me interrumpió.

—¡No… no, jamás! —sacudió la cabeza tan vigorosamente, que su pelo se agitó lanzando un remolino de destellos.

Proseguí:

—Entonces debes irte de inmediato. Antes de que él llegue.

—¿Y dejar esto? —era una crueldad. Miró con expresión desesperada el hogar que se había construido. Las conchas marinas resultaban reconfortantes, la pequeña habitación era tan tranquilizadora, tan segura, el único lugar del mundo que podía decir que era suyo—. ¿Pero por qué? Nunca me encontrará…

Su voz melancólica y suplicante no me conmovió; la mía seguía siendo inflexible y fría.

—¿Por qué no? *Yo* te encontré.

—Sí, pero tú sabías… —me miró con suspicacia, no podía confiar en mí—. Tú no se lo dijiste, ¿no?

—Claro que no. Quiero que vengas *conmigo*.

De repente recuperó la confianza, volvió a adoptar su anterior actitud despectiva y me lanzó una mirada burlona.

—¿Contigo? ¡Oh, no! ¡No pretenderás que pasemos por todo *eso* otra vez!

En un intento por ser sarcástica, puso los ojos en blanco y miró el techo. Me sentí deliberadamente insultado. Me había agraviado. Su tono despreciativo minimizaba mis desesperados esfuerzos por alcanzarla, ridiculizaba todo lo que yo había soportado. En un súbito arranque de cólera, la cogí bruscamente y la sacudí con violencia.

—Termina de una vez, ¿quieres? ¡No lo soporto más! ¡Deja de ser tan endemoniadamente insultante! He atravesado un infierno por ti, he viajado cientos de kilómetros en condiciones espantosas, he corrido riesgos increíbles, estuve a punto de ser asesinado. Y no

obtengo de ti ni la más leve muestra de aprecio… ni una palabra de agradecimiento… ni siquiera me tratas con cortesía formal… Sólo recibo burlas baratas… ¡Vaya gratitud! ¡Una hermosa manera de comportarse! —ella me miraba fijamente, en silencio, con las negras pupilas desorbitadas. Mi ira no disminuyó—. ¡Y ahora ni siquiera tienes la decencia de disculparte! —aún furioso, seguí insultándola, la califiqué de insufrible, impertinente, insolente, vulgar—. ¡En el futuro al menos deberías ser lo suficientemente civilizada para dar las gracias a las personas que hacen algo por ti, en lugar de mostrar tu estúpida y vanidosa rudeza riéndote de ellas!

Pareció perturbada y se quedó sin habla; estaba de pie frente a mí, muda, con la cabeza inclinada, había perdido toda su seguridad. En los últimos minutos se había convertido en una criatura introvertida, asustada, desgraciada, herida por las perversiones de los adultos.

Vislumbré el latido de la base de su cuello, un latido acelerado, como si debajo de su piel algo intentara escapar. Lo había notado en otras ocasiones, cuando estaba asustada. En ese momento tuvo sobre mí el efecto de costumbre. Dije en voz alta:

—Qué estúpido fui al preocuparme por ti. Supongo que te instalaste con tu amigo en cuanto yo me fui.

Levantó la vista rápidamente y tartamudeó:

—¿Qué quieres decir?

—¡No te hagas la que no entiende… es demasiado repugnante! —mi voz era agresiva y cada vez más alta—. Me refiero al dueño de esta casa, naturalmente. El tipo con el que estás viviendo. El que esperabas en la galería cuando yo llegué —podía oír mis propios gritos. El ruido la aterrorizaba. Había empezado a estremecerse, y le temblaba la boca.

—*No* lo esperaba a él… —vio lo que yo estaba haciendo y se interrumpió—. No cierres la puerta con llave —pero ya la había cerrado. Todo se había convertido en hierro, en hielo, en frialdad y en ardiente impaciencia. La cogí de los hombros y la atraje hacia mí. Ella se resistió y gritó—: ¡Apártate de mí! —pateó y luchó, y de un manotazo derribó un cuenco con delicadas conchas en forma de alas, que se estrellaron contra el suelo; nuestros pies terminaron por convertirlas en polvo irisado. La obligué a agacharse, la aplasté

debajo de la túnica manchada de sangre y con la hebilla puntiaguda del cinturón del uniforme le enganché el brazo. La sangre brotó en la suave carne blanca… el sabor metálico de la sangre en mi boca…

Ella se quedó tendida, muda e inmóvil, de cara a la pared para eludir mi mirada. Quizá porque no le veía la cara, me parecía que no la conocía. No sentía absolutamente nada por ella, todos los sentimientos me habían abandonado. Había dicho que no podía soportar más, y era verdad. No podía continuar; todo era demasiado humillante, demasiado doloroso. En el pasado había querido terminar con ella, pero había sido incapaz de hacerlo. Ahora había llegado el momento. Era hora de levantarme e irme, de acabar con todo este lamentable asunto. Había dejado que esto llegara demasiado lejos, siempre había sido demasiado doloroso e ingrato. Cuando me levanté, ella no se movió. Ninguno de los dos pronunció una sola palabra. Parecíamos dos desconocidos que por casualidad se encontraban en la misma habitación. Yo ya no pensaba. Lo único que quería era subir al coche y conducir sin parar, hasta llegar a algún lugar alejado en el que pudiera olvidar todo esto. Abandoné la habitación sin mirarla ni hablarle, y salí al frío glacial.

Afuera estaba bastante oscuro. Me detuve en la galería para que mis ojos se acostumbraran a la negrura de la noche. Poco a poco, a medida que caía, la nieve se iba haciendo visible, una especie de débil brillo, como una fosforescencia. El rugido hueco del viento llegaba en ráfagas irregulares, los copos de nieve se arremolinaban enloquecidamente en todas direcciones, llenando la noche con su caos espectral. Me pareció sentir ese mismo desorden febril en mi interior, en todas mis inútiles carreras de un lado a otro. Los copos de nieve danzando locamente representaban la totalidad de la vida. La imagen de ella pasó volando, el torrente de pelo plateado, y quedó instantáneamente borrada en la salvaje confusión. En el delirio de la danza, resultaba imposible distinguir entre los agresores y las víctimas. De cualquier manera, no importaban las distinciones en esta danza mortal en la que los bailarines daban vueltas en el borde de la nada.

Me había acostumbrado al sentimiento de que iba camino de la ejecución. Era algo que estaba en la distancia, una idea con la que

me había familiarizado. Ahora, súbitamente, me sobresaltaba, permanecía junto a mí, ya no era una idea sino una realidad que estaba a punto de ocurrir. Esto me produjo una conmoción, una sensación física en la boca del estómago. El pasado se había desvanecido y se había convertido en la nada; el futuro era la nada inconcebible de la aniquilación. Todo lo que quedaba era ese fragmento de tiempo, que se reducía incesantemente, llamado «ahora».

Recordé el cielo azul oscuro del mediodía y de la medianoche, tal como lo había visto desde arriba, mientras abajo un muro de hielo irisado se movía en el océano, y por todo el planeta. Pálidos acantilados que surgían emitiendo un frío mortal, vengadores fantasmales que llegaban para acabar con la humanidad. Sabía que el hielo nos cercaba, había visto con mis propios ojos el siniestro muro que se desplazaba. Sabía que se acercaba cada vez más, y que seguiría avanzando hasta que quedara extinguido todo indicio de vida.

Pensé en la muchacha que había dejado en la habitación, una criatura inmadura, una niña de cristal. Ella no había visto nada, no comprendía. Sabía que estaba condenada, pero no conocía la naturaleza de su destino, ni la forma de enfrentarse a él. Jamás le habían enseñado a valerse por sí sola. El hijo del propietario del hotel no me había dado la impresión de ser confiado ni protector, sino más bien un sujeto débil y poco satisfactorio y, además, imposibilitado. No confiaba en que él la cuidara cuando se produjera la catástrofe. La vi, indefensa y aterrorizada, entre las montañas de hielo que se desmoronaban; por encima del estrépito y los truenos oí sus débiles y patéticos gritos. Sabiendo todo lo que yo sabía, no podía dejarla sola y desamparada. Ella sufriría demasiado.

Volví a entrar. Al parecer, no se había movido y, aunque se giró cuando yo entré en la habitación, de repente volvió a darme la espalda. Lloraba y no quería que le viera la cara. Me acerqué a la cama y me quedé de pie, sin tocarla. Tenía un aspecto lamentable, estaba muerta de frío, temblaba, su piel tenía el mismo matiz de color malva pálido que algunas de las conchas. Era muy fácil hacerle daño. Le dije en tono sereno:

—Debo preguntarte algo. No me importa con cuántos hombres

te has acostado… no se trata de eso. Pero debo saber por qué fuiste tan ofensiva conmigo hace un momento. ¿Por qué has estado intentando humillarme desde que llegué?

No volvió la cabeza, pensé que no iba a contestarme.

Pero entonces, con la voz entrecortada por los sollozos, repuso:

—Quería… vengarme…

Protesté:

—¿Pero de qué? Yo sólo acababa de llegar. No te había hecho nada.

—Sabía… —tuve que inclinarme sobre ella para captar su voz acusadora mezclada con las lágrimas—. Cada vez que te veo, sé que me atormentarás… me martirizarás… me tratarás como a una especie de esclava… si no en seguida, una o dos horas después…

o al día siguiente… es seguro que lo harás… siempre lo haces…

Yo estaba asombrado, casi conmocionado. Sus palabras proporcionaban una visión de mí que yo prefería no ver. Me apresuré a hacerle otra pregunta.

—¿A quién estabas esperando en la galería, si no era al tipo del hotel?

Una vez más, la respuesta totalmente inesperada me desconcertó.

—A ti… oí el coche… pensé… me pregunté…

Esta vez estaba anonadado, era increíble.

—No puede ser verdad… después de lo que acabas de decir. Además, no sabías que yo iba a venir. No te creo.

Ella se volvió bruscamente, se incorporó y se echó la pálida cabellera hacia atrás, mostrando su rostro de víctima desolada, sus rasgos descompuestos por las lágrimas, sus ojos negros que parecían enmarcados por magulladuras.

—¡Te digo que *es* verdad, lo creas o no! No sé por qué… siempre eres tan malvado conmigo… Yo sólo sé que siempre he esperado… preguntándome si volverías. Nunca enviaste ningún mensaje… pero yo siempre te esperé… me quedé aquí cuando los otros se fueron, para que pudieras encontrarme… —parecía una criatura desesperada, que dice la verdad entre sollozos.

Pero lo que afirmaba era tan increíble, que volví a decir:

—No es posible… no puede ser verdad.

Con el rostro convulsionado, añadió con voz entrecortada y ahogada por las lágrimas:

—¿Aún no tienes suficiente? ¿Nunca dejarás de intimidarme?

De pronto me sentí avergonzado y murmuré:

—Lo siento… —sentí el deseo de poder borrar de algún modo las palabras y los actos del pasado. Ella había vuelto a tirarse sobre la cama, boca abajo. Yo me quedé mirándola, sin saber qué decir. La situación parecía haber excedido las palabras. Finalmente, no pude pensar nada mejor y afirmé—: No he vuelto sólo para hacerte esas preguntas —no obtuve ninguna respuesta. Ni siquiera estaba seguro de que me oyera. Esperé, mientras sus sollozos se apagaban lentamente. En medio del silencio, observé el latido de su cuello, aún acelerado; estiré la mano, le toqué suavemente el cuello con la punta de un dedo y la dejé caer. Su piel como el raso blanco, su pelo del color de la luz de la luna…

Lentamente, sin pronunciar una palabra, ella volvió la cabeza hacia mí; su boca surgió entre su pelo reluciente, luego sus ojos húmedos y brillantes, enmarcados por las largas pestañas. Había dejado de llorar; pero de vez en cuando un estremecimiento, un jadeo mudo, le cortaban la respiración como si fuera un sollozo interior. No dijo nada. Esperé. Los segundos pasaban. No pude seguir aguardando y le pregunté en tono suave:

—¿Vendrás conmigo? Prometo que no te intimidaré nunca más —no respondió, así que un momento después me vi obligado a agregar—: ¿O quieres que me vaya?

Se incorporó repentinamente e hizo un movimiento frenético, pero continuó callada. Seguí esperando; a modo de tanteo, le tendí las manos; soporté otro largo silencio, una tensión interminable. Finalmente me dio sus manos. Las besé, besé su pelo, y la levanté de la cama.

Mientras ella se preparaba, me quedé junto a la ventana, y miré fijamente la nieve. Me preguntaba si debía decirle que había visto el siniestro muro de hielo acercándose a través del mar, y que seguramente nos destruiría a nosotros y a todo lo que nos rodeaba. Pero mis ideas eran confusas y poco convincentes, y no pude tomar ninguna decisión.

Ella dijo que estaba lista, y fue hacia la puerta;

se detuvo y se giró para mirar la habitación. Vi su rostro

afligido por los daños psicológicos, su absoluta vulnerabilidad, sus temores no expresados. Esta pequeña habitación era el único lugar familiar y acogedor. Fuera de él, todo era aterradoramente extraño. La noche inmensa y desconocida, la nieve, el frío destructor, el futuro incierto y amenazador. Sus ojos buscaron mi rostro: su mirada era intensa, dubitativa, llena de reproches, acusadora e inquisitiva al mismo tiempo. Yo era otro factor muy perturbador; no tenía absolutamente ningún motivo para creerme. Le sonreí y le toqué la mano. Sus labios se curvaron levemente en lo que, en otras circunstancias, habría sido una sonrisa.

Salimos juntos a la violencia de la nieve, corrimos entre la turbulenta blancura como fantasmas que huyen.

Sin ninguna clase de luz, salvo el débil brillo fosforescente de la nieve, era difícil seguir el camino. Incluso con el viento a nuestro favor, caminar era una tarea penosa. La distancia que nos separaba del coche pareció mucho mayor de lo que había pensado. La cogí del brazo para guiarla y ayudarla a avanzar. En un momento trastabilló y la rodeé con un brazo, ayudándola a recuperar el equilibrio y a levantarse. A pesar del grueso abrigo de loden, estaba fría como el hielo, sentí sus manos congeladas a través de mis guantes. Intenté friccionarla para hacerla entrar en calor; durante un instante se apoyó en mí, su rostro parecía una piedra lunar, luminoso en medio de la oscuridad, y tenía las pestañas salpicadas de nieve. Estaba cansada, percibí el esfuerzo que hizo para reemprender la marcha. Yo la alenté, la elogié, dejé mi mano alrededor de su cintura, la levanté y la llevé así el último tramo del camino.

Cuando subimos al coche, lo primero que hice fue encender la calefacción. El interior se calentó en menos de un minuto, pero ella no se relajó, se quedó sentada junto a mí en silencio, tensa. Al captar su suspicaz mirada de soslayo, me sentí justamente acusado. Después del modo en que la había tratado, lo único que me merecía era su recelo. Ella no podía saber que yo acababa de descubrir un nuevo placer en la ternura. Le pregunté si tenía hambre: sacudió la cabeza. Saqué un poco de chocolate del paquete de comida y se lo ofrecí. Hacía mucho tiempo que no se conseguía chocolate. Recordé que a ella le gustaba esta marca en particular. Lo miró vacilante, pareció a punto de rechazarlo, pero repentinamente se relajó, lo

cogió y me dio las gracias con una tímida y conmovedora sonrisa. Me pregunté por qué había esperado tanto tiempo para ser amable con ella, tanto que casi era demasiado tarde. No dije nada acerca de nuestro destino final, ni acerca de que el muro de hilo se acercaba cada vez más. En lugar de eso, le expliqué que el hielo se detendría antes de llegar al ecuador, que encontraríamos un lugar en el que estaríamos a salvo. No creía que esto fuera ni remotamente posible, ni supe si ella lo creyó. En el momento en que llegara el fin, estaríamos juntos; al menos podía hacérselo fácil.

Mientras conducía el enorme coche a través de la gélida noche, me sentí casi feliz. No me lamenté por ese otro mundo que tanto había anhelado y había perdido. Ahora mi mundo sólo era la nieve y el hielo, y no quedaba nada más. La vida humana había terminado, los astronautas estaban bajo tierra, enterrados bajo toneladas de hielo; los científicos, aniquilados por su propia catástrofe. Me sentí regocijado porque nosotros dos estábamos vivos, corriendo juntos a través de la ventisca.

La visibilidad era cada vez peor. En cuanto quitaba las flores de escarcha que se dibujaban en el parabrisas, éstas volvían a formarse en dibujos más opacos, hasta que no pude ver nada más que la nieve que caía: una infinidad de copos de nieve semejantes a pájaros fantasmales abatiéndose incesantemente de ninguna parte a ninguna parte.

Daba la impresión de que el mundo ya había tocado a su fin. No importaba. El coche se había convertido en nuestro mundo, en una habitación pequeña, luminosa y cálida, nuestro hogar dentro del vasto, indiferente y congelado universo. Para conservar el calor generado por nuestros cuerpos, nos quedamos el uno muy cerca del otro. Ella ya no parecía tensa ni recelosa, y estaba apoyada contra mi hombro.

Un mundo terrible y frío de hielo y muerte había reemplazado el mundo viviente que conocíamos. Afuera, sólo existía el frío mortal, el vacío gélido de una era glacial, la vida reducida a cristales minerales; pero aquí, en nuestra habitación iluminada, estábamos a salvo y abrigados. La miré a la cara y vi que sonreía, sin preocupaciones; no percibí temor ni tristeza. Sonreía y se apretaba contra mí, satisfecha de estar conmigo en nuestro hogar.

Conduje a toda velocidad, como si huyéramos, fingiendo que

podíamos huir. Pero sabía que era imposible escapar del hielo, del cada vez más corto resto de tiempo que nos encapsulaba. Aproveché los minutos al máximo. Los kilómetros y los minutos volaban. El peso del arma que llevaba en el bolsillo resultaba tranquilizador.

Datos biográficos

ANNA KAVAN nació, de padres ingleses, en Francia en 1901. Pasó su infancia en Europa y en California y completó su educación en Inglaterra. Vivió un tiempo en Birmania, donde empezó a escribir. Adicta a la heroína durante la mayor parte de su vida, Anna Kavan continuó escribiendo incluso en sus períodos de enfermedad mental. Durante la década de los 40 vivió en Nueva York, donde trabajó como investigadora para un centro psiquiátrico militar. Fue hallada muerta en Londres en 1968, con una jeringuilla en la mano.